

Selecciones

Nº 50. Octubre 2026

TIEMPO DE FAMILIA

Los jóvenes quieren ser fontaneros,
electricistas o carpinteros

¿Podemos salvar la democracia liberal?

Protegiendo la infancia de la industria del
vicio digital



Diez años después de Amoris laetitia: Anunciar
el Evangelio a las familias de hoy

Selecciones

Selecciones es una publicación de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS).

En sus páginas se **recogen artículos, informaciones y documentos de la actualidad**, que pueden ser útiles y de interés para conocer el mundo en que vivimos y cuestiones que pueden facilitar la misión evangelizadora de la Iglesia.

Puede recibir ***Selecciones*** en su dispositivo móvil suscribiéndose a través de **Whatsapp** y en **Telegram**.

comunicaciones.conferenciaepiscopal.es

Introito

Ya muy de finales de octubre, pero a tiempo, este Selecciones que se une al dolor causado por una nueva tragedia en los trenes españoles y a la oración por todas las víctimas.

Cuando empezamos a pensar en este número quisimos que se dedicara a la familia por lo del aniversario de *Amoris Laetitia* pero luego la actualidad nos sobrepasó. De todas formas hemos añadido lo que dijo el Papa León XIV en ese encuentro. Empezamos este número con dos artículos sobre los jóvenes: el primero sobre soluciones y el segundo sobre problemas, los dos vinculados. Y luego una serie de miradas a la cuestión política con el deseo de ayudar a interpretar el presente. O mejor dicho, los presentes: el presente pequeño de las elecciones en España, y el presente grande del mar de fondo sobre el sentido y el rumbo de la democracia como hoy la entendemos.

Y después mucho mundo digital. El artículo sobre el vicio digital en clave de mercado y empresa es imprescindible. También la vigencia y poder del tecnocapitalismo que recogemos en otro artículo. Y luego algo un poco apocalíptico sobre la IA, porque este mes se ha hablado mucho de si la IA puede acabar con la humanidad. Quizá está detrás la propuesta de control de las grandes firmas con el deseo de limitar el acceso al mercado IA de nuevos competidores.

Entre la parte más esperanzadora traemos las palabras del Papa León XIV en Francia. No sé si lo haremos con todos los viajes que haga, pero como es

Francia y son vecinos y les pasan cosas parecidas, me pareció que nos podía servir leer lo que dijo allí como nos sirvió (y nos sirve) lo que dijo aquí.

Hay más cosas en este Selecciones pero ya las puedes ver en el índice al pasar página. Por si no hay tiempo para leer, un par de cosas para ver: [Las lecciones de la Carta Encíclica Magnifica Humanitas. Una IA centrada en las personas](#). Con la participación del cardenal Víctor Manuel Fernández, prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y organizada por el Observatorio Diego de Pantoja de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales (Comillas CIHS). También la ponencia de apertura del Congreso Internacional «[Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca: humanismo cristiano y dignidad humana](#)» que dio Mons. Luis Javier Argüello García, arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española.

Índice

[Por qué los jóvenes quieren ser fontaneros, electricistas o carpinteros: "Quiero trabajar en algo que le pueda explicar a mi abuela"](#)

Al ya incuestionable impacto de la inteligencia artificial hay que sumar la nueva cultura del trabajo de los jóvenes, cada vez más reacios a ser esclavos de un horario de oficina; el desengaño de las nuevas generaciones por tantas promesas de futuro que nunca se cumplieron y el fin del mito de la educación universitaria y la acumulación de carreras, títulos, cursos, doctorados, tesis y másteres como pasarela segura hacia el éxito. Por Rodrigo Terrasa en *El Mundo*

[Qué está pasando con los hijos de las clases altas españolas \(y por qué se parecen más a las bajas\)](#)

Quizá haya que ir más lejos que factores puntuales como las pantallas, los móviles, la IA o la bajada de exigencia. Quizá se pueda sintetizar en lo que el sociólogo educativo José Saturnino Martínez denomina “la proletarización de la clase media”, que se ha producido tras la crisis de 2008 y que constituye el movimiento contrario al “aburguesamiento de la clase obrera” de los años sesenta. Por Héctor García Barnés en *El Confidencial*

[¿Podemos salvar la democracia liberal?](#)

La democracia sigue siendo la forma de gobierno preferida en casi todas partes y casi nadie se define como partisano antes que como demócrata cuando le hacen una encuesta. Ocurre que esa adscripción de orden expresivo resulta

compatible con el éxito en las urnas de líderes y partidos iliberales —ya sean populistas, extremistas o nacionalistas— en medio mundo. Por Manuel Arias Maldonado en *Ethic*

Susan C. Stokes: «No hay que confundir los partidos que no nos gustan con los partidos que destruyen la democracia»

Susan C. Stokes aborda en su último ensayo, ‘Los regresores. Líderes que erosionan sus propias democracias’ (Galaxia Gutenberg, 2026), el deterioro del sistema democrático sufrido en los últimos años y propone algunas maneras de intentar reparar esa herida. Por Esther Peñas en *Ethic*

El miedo como programa de gobierno

El miedo, en política, es barato de producir y rentable de administrar, porque no exige explicar por qué suben los precios, ni por qué se acumulan los sumarios en los juzgados, ni por qué los socios de investidura cobran peajes crecientes. Exige, simplemente, mantener la atención fija en el enemigo exterior. Cuanto más oscuro se pinte ese enemigo, menos luz queda para el balance de gestión. Por Juan J. Gutiérrez Alonso en *ABC*

7 claves para entender por qué Pedro Sánchez adelanta las elecciones

Prácticamente desde que consiguiera formar gobierno, en noviembre de 2023, con una mayoría ecléctica y enclenque, la pregunta que más se le ha hecho al presidente español, Pedro Sánchez, ha sido si iba a adelantar las elecciones. Hasta ahora, Sánchez había jurado y perjurado que gobernaría hasta el 2027. Por Ana Sánchez de la Nieta en *Aceprensa*

Protegiendo a la infancia de la industria del vicio digital

En estos mercados viciosos, los individuos dejan de ejercer una elección racional en sus decisiones, si por ello entendemos maximizar genuinamente su utilidad (en contraposición a simplemente satisfacer cualquier antojo

momentáneo). Mientras que los consumidores racionales tienden a priorizar el corto plazo (descontando el valor de los bienes futuros en función del riesgo), el adicto sufre una adicción radical, a veces incapaz de planificar más allá del mañana o incluso de los próximos minutos. Por Brad Littlejohn en *National Affairs*

Tecnocapitalismo: así está cambiando la tecnología las estructuras de poder en el mundo

Mientras que la Cuarta Revolución Industrial aporta las tecnologías, el tecnocapitalismo desarrolla el sistema que permite que estas sean utilizadas para generar beneficios, organizar la producción, mejorar la productividad y, sobre todo, para establecer nuevos mecanismos de control social y una nueva estructura de poder. Por Víctor Climent Sanjuán en *The Conversation*

Si la IA tiene una posibilidad entre cinco de destruirnos, ¿qué hacemos con las otras cuatro?

Después de los incidentes relacionados con la IA de este verano, la autoevaluación no inspirará confianza pública. Expertos independientes, dotados de los recursos necesarios para verificar que los controles de acceso, la supervisión y los mecanismos de apagado funcionan, ofrecen una vía más creíble, del mismo modo que la aviación registra los incidentes que estuvieron a punto de convertirse en accidentes para detectar el peligro antes de que llegue el desastre. Por Nicolas Mialhe en *El Mundo*

La advertencia de Pérez-Reverte ante el apocalipsis digital

Este apocalipsis no implica una aniquilación física, sino una erosión de los cimientos culturales que permitían al individuo interpretar la realidad con cierto grado de autonomía. El riesgo fundamental reside en que la digitalización absoluta del ser ha comenzado a devorar la memoria histórica, dejando al sujeto desprovisto de los instrumentos críticos necesarios para

resistir a la manipulación de los algoritmos. Por Lisandro Prieto Femenía en *Elpensador.io*

No se resista

La inteligencia artificial da un paso más. Ya no externalizamos solo la memoria o el cálculo. Empezamos a externalizar partes del razonamiento. Y eso obliga a preguntarnos dónde queremos colocar la frontera. Que algo pueda delegarse no significa que debamos delegarlo. Por Pablo Artal en *Jot Dow*

Alzhéimer y familia

El hogar constituye el ámbito más seguro de control de la persona enferma, pero, por ello mismo, también el enclave por excelencia de las manifestaciones patológicas del alzhéimer y otras enfermedades neurodegenerativas. Como sociedad hemos de prepararnos ante un aumento de las personas con alzhéimer y, por tanto, ante varias décadas de sufrimiento. Por Elisa Chuliá en *El Mundo*

Refutando una interpretación «neoon» de la Doctrina Social de la Iglesia

Una corriente de pensamiento neoconservador hoy muy influyente sostiene que la Iglesia habría terminado reconciliándose con el liberalismo moderno: primero, en el ámbito político, mediante el Concilio Vaticano II y, después, en el económico, mediante Centesimus Annus. Frente a esta tesis, Schindler propone una lectura inspirada en la teología de la auténtica liberación humana integral que reconoce en la encíclica Centesimus annus de san Juan Pablo II. Por Marta Lobatón en *Aula DSI*

El «dichoso tránsito» de san Francisco

La familia franciscana ha celebrado los hechos más importantes de la vida de san Francisco de Asís ocurridos hace ocho siglos: en 2023, la invención del

pesebre en Greccio; en 2024, el prodigio de las llagas; en 2025, el Cántico de las criaturas y, finalmente, en 2026, el «dichoso tránsito». Por Giancarlo Pani en *La Civiltà Cattolica*

Qué ha dicho León XIV en Francia

Durante su viaje a Francia, del 25 al 28 de septiembre, el Papa ha prestado particular atención a algunos temas “clásicos” en el país, como la laicidad y el papel de la escuela católica. No han faltado alusiones a otros actuales, como la eutanasia, que este año ha sido aprobada por el Parlamento. En *Aceprensa*

Viaje apostólico del Santo Padre León XIV a Francia y visita a la sede de la UNESCO

Discursos y homilias pronunciadas por el papa León XIV en su viaje apostólico a Francia y a la sede de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. En *Vatican.va*

Diez años después de Amoris laetitia: Anunciar el Evangelio a las familias de hoy

Encuentro del Santo Padre León XIV con los jefes de las Iglesias orientales y los presidentes de las Conferencias Episcopales, del 7 al 14 de octubre de 2026. Discurso de apertura y homilía del Papa León XIV. En *Vatican.va*



Por qué los jóvenes quieren ser fontaneros, electricistas o carpinteros: "Quiero trabajar en algo que le pueda explicar a mi abuela"

Rodrigo Terrasa

El Mundo

El impacto de la IA en el mercado laboral, el auge de la Formación Profesional, el cambio cultural de las nuevas generaciones y el derrumbe del mito de la 'titulitis' universitaria provocan un renovado interés de los más jóvenes por los trabajos manuales y artesanales

Oibar podría estar ahora mismo escribiendo este reportaje y, sin embargo, está reconstruyendo con sus propias manos un atunero de 21 metros de eslora, el [Ozentziyo](#), último barco de pesca tradicional de madera del puerto de San

Sebastián y último representante del arte de la cacea. Oibar, de hecho, podría estar buscando en Google qué narices es esto de la cacea o preguntando a una IA por las medidas del atunero en cuestión para parecer que sabe de lo que escribe, pero **prefirió cargar sobre su lomo con tabloncillos gigantescos de madera de roble y haya, pasar su jornada laboral entre cuadernas, baos y durmientes, lijando cubiertas, regatas, cincherones, barandillas y mástiles, recalafateando el barco con las manos llenas de callos...**

-Por cierto, ¿qué significa recalafatear, ChatGPT?

Oibar Olano tiene 19 años, es de Asteasu, en Guipúzcoa, quería ser periodista, pero prefirió ser carpintero. En el verano de sus 16 se convirtió en el voluntario más joven de la **Fundación Albaola**, un centro cultural situado en Pasajes, dedicado a recuperar la tradición de la construcción naval artesanal del País Vasco. Se enamoró de su factoría marítima y, **una vez acabado el bachillerato, regresó para formarse como carpintero naval**. Ya lleva casi dos años contratado y ha participado en la [reconstrucción de la nao San Juan](#), el ballenero vasco que se hundió hace casi 500 años en las costas de Canadá.

"Algunas veces me imagino en la redacción de un periódico y pienso: 'Joder, qué suerte que no elegí ir por ahí...'".

-¿Y nunca te has arrepentido de no estudiar una carrera?

-Nunca. Creo que estar delante del ordenador no era lo mío. No me quiero imaginar ocho horas sentado en una oficina.

Precisamente una oficina, la BLS (la Oficina de Estadística de EEUU, por sus siglas en inglés) acaba de hacer público un macroestudio en el que pone cifras a unas de las grandes obsesiones de nuestro tiempo: [qué profesiones están más o menos expuestas a la omnipresente amenaza de la inteligencia artificial](#). Según su mapa de calor, el riesgo para los periodistas es "muy alto". Como los procesadores de texto, los programadores informáticos, los ingenieros o los

contables, parecemos condenados a un naufragio peor que el de la nao *San Juan* hace casi cinco siglos. Sin embargo, el peligro de los carpinteros es, con diferencia, uno de los más bajos. Muy cerca de los cerrajeros, los tapiceros o incluso los instaladores de alfombras.

"Creo que a la inteligencia artificial todavía le queda mucho para hacer lo que hacemos nosotros", presume Oibar. "Seguro que puede diseñar una pieza de barco, pero usar un formón, clavar tablas, lijar... No sé... Se me ocurren mil cosas que no podría hacer, así que a mí no me asusta demasiado. Lo que sí me da pena es que se esté perdiendo toda la sabiduría de antes: como la IA lo sabe todo, nosotros preferimos olvidarnos".

El caso de Oibar es cada vez más habitual. Aaron, por ejemplo, sueña con ser electricista. Noelia es artista fallera en Valencia. Y Lucía abandonó una prestigiosa empresa de *software* en Londres para trabajar en un taller de ebanistería en Madrid. Todos han optado por oficios manuales, una tendencia al alza como respuesta a un cambio drástico de paradigma en un mercado laboral zarandeado por la tormenta perfecta.

Apunten: al ya [incuestionable impacto de la inteligencia artificial](#) hay que sumar la [nueva cultura del trabajo de los jóvenes](#), cada vez más reacios a ser esclavos de un horario de oficina; el desengaño de las nuevas generaciones por tantas promesas de futuro que nunca se cumplieron y el fin del mito de la educación universitaria y la acumulación de carreras, títulos, cursos, doctorados, tesis y másteres como pasarela segura hacia el éxito.

ALBERTO VENTURAARABA PRESS

"Yo quería ser periodista, pero a veces me imagino en la redacción de un periódico y pienso: Joder, menos mal que no elegí ir por ahí..."

Oibar, 19 años. Es carpintero naval en la Fundación Albaola

Hace sólo unos días, *The Wall Street Journal* citaba un informe que revela que, pese a que en términos absolutos sigue siendo más fácil encontrar trabajo con un título universitario, **la tasa de desempleo para los estadounidenses de entre 22 y 34 años sin estudios superiores es ya una de las más bajas en las últimas dos décadas.** Por el contrario, los jóvenes graduados o con títulos avanzados en campos como la ciencia o la tecnología lo tienen ahora más difícil que nunca.

Las grandes empresas -recuerda el diario americano- siempre han recurrido a estudiantes universitarios o a recién graduados para realizar tareas rutinarias en sus oficinas que, a su vez, servían como formación práctica. Los becarios de toda la vida, vamos. **Ahora, ChatGPT puede encargarse de casi todas sus funciones.** Así que el desempleo entre quienes se acaban de licenciar está aumentando mucho más rápido que entre los jóvenes que sólo tienen el bachillerato o un título de técnico superior.

"Se ha roto ese paradigma de la Universidad como catalizador de ciertas aspiraciones vitales, como el camino más sencillo para tener una familia, una casa y dinero en el banco", diagnostica la periodista **Mar Manrique** (Barcelona, 27 años), autora de *Un trabajo soñado* (Península), un ensayo que radiografía el desencanto de la generación que creyó que podría vivir de internet. "En casa nos dijeron que había que estudiar una carrera: **'Haz un máster y verás lo bien que te viene'**. Y siempre asociamos la FP a una cosa más desdibujada, con menos prestigio, peor remunerada... Hoy estamos en un momento de sálvese quien pueda y, de repente, **hemos descubierto que en realidad dándole a la tecla no nos ganamos la vida mejor que un fontanero o que el técnico que viene a casa a cambiarnos el aire acondicionado**".

Sus horas de trabajo, las del fontanero o el técnico del aire acondicionado, están, además, cada vez más cotizadas. **"En España sobran algoritmos pero faltan electricistas"**, se podía leer hace unos días en las páginas del diario económico *Expansión*. Este mismo verano, el último informe del Observatorio de las Ocupaciones del SEPE confirmó la falta de candidatos para cubrir puestos

en construcción e industria y la necesidad cada vez más urgente de encontrar albañiles, electricistas, fontaneros, soldadores o mecánicos.

ÁNGEL NAVARRETE

"Sin nosotros, no funciona nada. Ni tu casa, ni las empresas, ni las oficinas... Ni siquiera la inteligencia artificial funciona sin un electricista"

Aaron, 19 años. Estudia bachillerato y acaba de aprobar su curso de electricista

Aaron, como Oibar, tiene 19 años. Él los acaba de cumplir. Nació en Lima y llegó hace dos años a España. Está estudiando segundo de bachillerato en Leganés, pero para ayudar a su familia decidió el año pasado compatibilizar las clases con un curso de electricista de baja tensión en Expertia, un centro especializado en la formación de oficios técnicos con alta demanda laboral.

"Jamás me había planteado hacer algo parecido, mi idea era estudiar Ingeniería de Sistemas porque me gustaban las computadoras, pero ahora me encanta esto, es mi pasión y me gustaría hacer una ingeniería eléctrica", cuenta en una de las aulas de una escuela que parece el decorado de una serie de ficción. Hay tuberías falsas, paneles eléctricos conectados a ninguna parte, váteres y sanitarios para que practiquen los aspirantes a fontaneros y aparatos de climatización desmontados como juguetes de Lego. Aaron parece un *playmobil*: lleva unas gafas de seguridad, guantes y un cinturón cargado de herramientas que va sacando como si cada destornillador fuera un Colt 45.

"Yo soy hiperactivo, tengo que estar moviéndome todo el rato y aquí puedo hacer conexiones, estar diseñando circuitos, controlando la electricidad y pensando caminos para cada aparato, sus funciones, las luces, las bombillas... Al final es un trabajo muy físico y eso es lo que más me gusta", explica.

-¿Alguna vez has sentido que ser fontanero o electricista tenía menos prestigio que ser, por ejemplo, programador informático?

-Seguro que hay gente que todavía lo piensa, pero al final todos, en algún momento de nuestras vidas, acabamos necesitando a un fontanero, a un electricista o a un soldador. **Sin nosotros, no funciona nada de lo que vemos ahí fuera. Ni tu casa, ni las industrias, ni las oficinas... Ni siquiera la inteligencia artificial funciona sin un electricista.**

La OCDE le da la razón a Aaron. Su último informe sobre "habilidades en la era de la IA" subraya también que los trabajos intelectuales son los que presentan hoy mayor exposición a los avances tecnológicos, mientras que los oficios que requieren "presencia física, manipulación de objetos y adaptación al entorno" parecen mucho menos vulnerables. La OCDE señala que entre las ocupaciones menos expuestas están trabajadores agrícolas, forestales y pesqueros, peones, trabajadores de limpieza... o electricistas.

"No es que la formación universitaria haya perdido prestigio, es que ha perdido valor", argumenta Daniel Arias Aranda, catedrático de Organización de Empresas en la Universidad de Granada y autor del controvertido ensayo [*Querido alumno, te estamos engañando*](#) (Temas de Hoy), un demoledor análisis del sistema educativo en nuestro país que ya vaticinó hace algunos años el panorama actual. "Ahora hay una tendencia clara hacia promocionar cursos de Formación Profesional en centros privados porque la demanda está superando a la oferta y la FP pública no puede cubrirlo todo. Y, por otro lado, **nos hemos dado cuenta de que el exceso de *titulitis* del pasado ya no genera ningún valor añadido en el mercado laboral actual**", argumenta el profesor madrileño. "Esta nueva generación, que ya no sé si es la alfa, la beta o la gamma, está reaccionando y buscando una nueva perspectiva porque ha visto cómo los chavales de la generación anterior, con un montón de títulos en la mochila, están compartiendo piso con otros cuatro, sobreviviendo como pueden y sin capacidad de ahorro ninguna".

"No es que la formación universitaria haya perdido prestigio, es que ha perdido valor en el mercado"

**Daniel Arias Aranda, catedrático de Organización de Empresas en la
Universidad de Granada**

El Gobierno ha anunciado esta misma semana una **"inversión histórica" de 236 millones de euros en Formación Profesional**. Desde 2018, el número de matriculados ha crecido un 46%, hasta superar los 1,2 millones, una cifra récord en nuestro país. Según los datos del Ministerio de Educación y -ojo- Formación Profesional, las disciplinas más vinculadas al mundo físico están entre las que mejor inserción laboral presentan hoy.

"Hace ocho años estudiar Formación Profesional en nuestro país era una suerte de rareza y España estaba muy lejos de las tasas de matriculación de los países de nuestro entorno", reconoció el presidente del Gobierno, [Pedro Sánchez](#), durante el acto en el que presentó los nuevos planes del Ejecutivo para el sector. **"Hoy la FP ya no es una segunda opción, no es un plan B. Es el plan A, la primera opción para muchos estudiantes"**.

La transformación se ha disparado en los últimos años. En 2010 había en España 568.962 alumnos en ciclos de FP y unos 1,6 millones en la Universidad. **Hoy la FP supera los 1,2 millones y la Universidad ronda los 1,8 millones**. La brecha ha pasado de tres universitarios por cada alumno de FP a 1,55 y las diferencias se acortan a toda velocidad.

"Los oficios manuales van a tener cada vez más demanda y, a lo mejor, ya no necesitamos tantísimos filólogos o licenciados en administración de empresas", insiste el profesor Arias Aranda, que alerta: "La Universidad española necesita una reforma profunda antes de que ocurra lo que ya está pasando en China".

Y lo que está pasando en China es que la Universidad de Comunicación de Pekín anunció hace unos meses la **eliminación de varias carreras de Humanidades y la transformación de distintos programas de estudio para adaptarlos al impacto de la inteligencia artificial**. "Todos suspiramos al

escuchar la noticia, pero tampoco hubo grandes emociones", reconocía un estudiante entonces. Al menos otros cinco centros del país han anunciado la supresión de diferentes disciplinas, la mayoría vinculadas al arte, la fotografía o el diseño, siguiendo un plan del Gobierno que permite a sus centros educativos cancelar titulaciones con baja demanda laboral para impulsar otras alineadas con los objetivos estratégicos del país, especialmente en el codiciado terreno de la IA.

ÁNGEL NAVARRETE

"Aprendí infinitas cosas en el mundo del 'software', pero no es comparable con la sensación de crear un banco de madera o una silla casi de la nada"

Lucía, 27 años. Abandonó una empresa tecnológica en Londres para formarse como ebanista

A 9.250 kilómetros de Pekín, justo en Alcorcón, está la escuela y taller de ebanistería Made de Madera. Allí se está formando [Lucía Reggiani](#), una mujer de 27 años, socióloga de formación, que hace sólo dos miraba el mundo desde una prometedora empresa de *software* en el distrito de Hammersmith, en Londres. Durante un viaje de negocios a Bangkok, como si todo fuera una comedia de Hollywood, descubrió que su vida no tenía demasiado sentido. "Ir a Tailandia era un sueño para mí y, de repente, me vi cinco semanas trabajando todos los días hasta la medianoche con el ordenador desde la habitación de un hotel", recuerda. "Ahí fue muy evidente que tenía unas ganas irremediables de... No sé... ¿De vivir?".

Unos meses después aprovechó la hora del almuerzo para enviar su mail de dimisión: "Sabía que ese trabajo no me estaba llenando y no me iba a hacer feliz nunca. Sentía la necesidad de salir de allí e intentar algo diferente".

Lucía se marchó de viaje por medio mundo sin un plan de vida y en busca de respuestas. A su regreso a España se apuntó a un taller de madera con una amiga que se estaba mudando de casa y pensó que podría fabricar ella misma

sus propios muebles. "Mi amiga me abandonó enseguida, pero yo me convertí en una adicta a la ebanistería", reconoce. "Después de tantos años en el mundo del *software*, **necesitaba sentir que los frutos de mi trabajo eran algo tangible y real**. Estar horas delante de una pantalla para que mi único output fuera una presentación de *Powerpoint* dejó de tener sentido. A veces en Londres pensaba: 'Si mañana todos los que trabajamos en esta empresa desapareciésemos por arte de magia, el mundo seguiría totalmente igual y nadie se daría cuenta'".

-¿Qué te enganchó de la carpintería?

-Es que no hay color... Yo aprendí infinitas cosas en el mundo del software, pero no hay comparación con la sensación de satisfacción y de orgullo que yo puedo sentir al terminar algo que **he creado casi de la nada, desde una pieza de madera a un banco, una silla, algo que se puede utilizar, que es bonito, que me da la sensación de haber aportado algo al mundo...** Es algo que no sentí nunca en mi anterior trabajo.

-¿Y si mañana te hicieran una oferta millonaria desde Silicon Valley para volver al sector de la tecnología?

-Espero no tener que hacer nunca ese cálculo, pero ahora mismo tengo claro que voy a hacer todo lo posible para que esto me vaya bien, para sentirme experta en mi oficio. Yo quiero tener un trabajo que le pueda explicar a mi abuela.

"Hemos descubierto que dándole a la tecla no nos ganamos la vida mejor que un fontanero o que el técnico del aire acondicionado"

Mar Manrique, periodista y autora de 'Un trabajo soñado'

Durante décadas, la fórmula del éxito parecía sencilla: obtener un título universitario, conseguir un trabajo de cuello blanco y ascender en la jerarquía corporativa lo más rápido posible. Como Lucía en Londres. El escenario ahora

ha cambiado por completo. "Esa cultura de calentar la silla para prosperar ha desaparecido", celebra ella. "Mi generación ya no la vio. **Se nos vendió un sueño que era mentira**, la desilusión absoluta tras la crisis económica fue tremenda para nosotros y eso ha contribuido a la desmotivación y a que la gente joven acepte que hay otras alternativas posibles".

Hace sólo tres años, el *Blue Collar Report*, un estudio anual publicado por la plataforma Jobber en Estados Unidos, reveló que casi cuatro de cada cinco encuestados de la Generación Z (79%) afirmaban que sus padres deseaban que ellos cursaran estudios universitarios. Sólo el 5% había sido animado en casa a hacer Formación Profesional. Hoy en día, sin embargo, los padres se han convertido en los mayores defensores de los oficios: el 92% asegura que animaría a sus hijos a estudiar uno especializado si estuvieran interesados.

"Esto no es sólo un cambio de actitudes, sino una transformación fundamental en la forma en que las familias definen el éxito", apunta el último informe. En estos tiempos de incertidumbre global, el nuevo símbolo de estatus no es el prestigio o los títulos académicos, es la estabilidad laboral a largo plazo. "El futuro del trabajo -sentencia el estudio- lo construirán las personas que sepan construir cosas".

DAVID GONZÁLEZARABA PRESS

"Igual algún día nos sustituye un robot, pero de momento el empapelado, el gotelé o el lijado lo hago todo yo con mis manos"

Noelia, 25 años. Estudió Diseño y es artista fallera en Valencia

Noelia sabe construir fallas. Tiene 25 años, estudió en la Escuela de Arte y Superior de Diseño de Valencia y planeó ser diseñadora de producto hasta que... "Empecé a darme cuenta de que no quería dedicarme toda la vida a estar en una oficina técnica o simplemente sentada cara a un ordenador", explica. "Y, sin embargo, había asignaturas como modelado y prototipado, todo lo que era el uso de herramientas, que me despertaban curiosidad. Me

convalidaron las prácticas en el taller fallero de un joven artista y me enamoré del oficio. Acabé la carrera, lógicamente, porque me quedaba un año y medio, pero ya no quise hacer otra cosa".

Ella se formó en un ciclo de **Artista Fallero y Construcción de Escenografías** que se imparte en Benicalap, junto a la Ciudad del Artista Fallero de Valencia. Hoy vive rodeada de moldes, botes de pintura, cola, taladros, espátulas, madera y cartón, poliestireno... Su trabajo arderá en sólo unos meses. **"Aquí no hay inteligencia artificial que valga, son tus manos. Tus manos y un sentimiento humano que no puede reproducir ninguna tecnología"**, reivindica. "Igual algún día nos sustituye un robot, pero de momento el empapelado, el gotelé o el lijado lo hago todo yo".

Su oficio encaja como un guante en este regreso a lo manual que no sólo es tendencia en nuestro país. Hace sólo unas semanas, el periódico *The Guardian* hablaba sobre el número creciente de jóvenes británicos que están abandonando el mundo digital en busca de oficios tradicionales como la encuadernación, la metalurgia o la construcción de barcos como los que fabrica Oibar en Guipúzcoa.

"Nos hicieron creer que la Universidad era para los que querían estudiar de verdad y la FP era para los tontos. Nos dijeron que si te esforzabas y estudiabas una carrera, tendrías un futuro garantizado. Pero no era así", sentencia Noelia. "Yo tengo una carrera, tengo estudios, me fue bien durante mi vida académica, pero vivo las mismas dificultades de toda mi generación. **¿Para qué quiero tres carreras y un máster si voy a vivir igual de mal que el que no las tiene?** Para eso prefiero hacer lo que realmente me gusta, porque a la tumba no me llevaré ningún título".

La restauración del atunero vasco en el que está trabajando Oibar debería concluir durante las primeras semanas del año que viene. Aaron dice que ya ha rechazado varias ofertas de trabajo como electricista porque quiere acabar antes el bachillerato, aunque este verano estuvo instalando todo el cableado de un

chalé en Madrid. Noelia plantará el próximo marzo su primera falla infantil en Buñol. Y Lucía acaba de regresar de nuevo de Inglaterra, aunque esta vez de un curso de ebanistería donde fabricó una mesilla de noche de arce. En sus redes sociales presume de una silla de madera de cebrano que ha restaurado ella.

"Antes me daba igual lo que hacía. Cada domingo por la noche me maldecía pensando que al día siguiente tenía que ir a currar", admite. "Ahora la sensación de cada mañana, cuando me levanto para venir al taller, es inigualable. A lo mejor termino con agujetas, pero me siento mejor, estoy más presente, más tranquila, más centrada. Igual también ayuda el hecho de estar trabajando con una máquina que, en una fracción de segundo, te puede dejar con nueve dedos".

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Grandes parecidos, sustanciales diferencias

Qué está pasando con los hijos de las clases altas españolas (y por qué se parecen más a las bajas)

Héctor García Barnés

El Confidencial

El pesimismo abunda entre algunos padres, profesores y expertos: ni los estudiantes más privilegiados se libran de los problemas de las familias más pobres, quizá porque nunca antes se parecieron tanto unas y otras

Cuando los padres de Gonzalo recibieron las notas de Bachillerato de su hijo, les costó creerlo. El que había sido en su día un estudiante introvertido y brillante, que había disfrutado de todo tipo de ventajas ([colegios británicos](#),

estancias veraniegas en el extranjero, una familia con una posición económica envidiable que le apoyaba en todo), de repente se enfrentaba a la posibilidad de no poder acceder a la universidad.

La razón principal, una **adicción a las pantallas** en la que nadie había reparado. El correlato, una gran habilidad para **ocultarlo** a sus padres. La ironía final es que había sido el último de su clase en tener teléfono. No recibió uno hasta los 12 años, en plena pandemia, cuando sus padres decidieron dárselo para superar el aislamiento: la mayoría de compañeros ya lo tenían. Un lustro después, **no estudiaba, no se concentraba, ni siquiera dormía**.

“Cuando llegan a Bachillerato y hay que preparar una PAU sin ningún hábito de estudio ni de concentración porque pretenden seguir estudiando con **el móvil** y el Fortnite a la vez, el **batacazo es inevitable**”, lamenta su madre. Dos suspensos, unos padres que de repente se encontraron que no sabían muy bien qué hacer y, sobre todo, algo mucho peor: la sensación de que les había pillado totalmente desprevenidos en su confianza ciega hacia su hijo.

Por eso, cuando se publicaron los datos de **PISA 2025** hace dos semanas, que mostraban una caída acentuada entre los alumnos españoles de mayor nivel socioeconómico (20 menos en lectura frente a cuatro de los del cuartil inferior; 14 en matemáticas y ocho en ciencia), **no dudaron de ellos** –por sorprendentes que pudiesen parecer–, ya que **encajaban en lo que acababan de vivir** apenas un par de meses atrás. Era, además, una tendencia global: a los chicos ricos les va mucho peor.

Las costumbres de unos y otros son cada vez más parecidas: "Al final, todo el mundo tiene un teléfono móvil"

Una **investigación** de Innovamat y ESADE recién salida del horno recuerda que un cambio en la forma de medición de qué entendemos por el percentil más rico (antes, la presencia de libros clásicos, ciencia o arte; ahora, otros

elementos relacionados con las condiciones materiales del hogar) pone en duda esa caída, ya que no son datos comparables entre oleadas. El cambio de criterio, no obstante, es **revelador**, ya que muestra que la OCDE entiende la riqueza más ligada a los recursos materiales y menos al capital cultural tradicional.

La ironía es que esta aceptación de padres, profesores y expertos de los datos es un buen reflejo de **cierto pesimismo** que cunde en el mundo académico, también en parte de la concertada y privada. No obstante, como recuerda José María Torralba, catedrático de la **Universidad de Navarra**, la bajada generalizada en todos los niveles sigue siendo **paradójica**, ya que no debería afectar tanto a las clases más altas. Algo que apunta a **una homogeneización de costumbres entre familias**, por ejemplo, vía tecnología: “Al final, todo el mundo tiene un móvil y un ordenador en casa: la tecnología es un factor que entra en juego para todos los niveles socioeconómicos”.

Algo que no ocurría en el mundo gobernado por el papel, en el que las diferencias sociales eran más patentes. Desde hace años, las clases altas están siendo objeto de escrutinio en EEUU. Rose Horowitz de *The Atlantic* ha documentado esos alumnos de entornos privilegiados que muestran **las mismas dificultades (o mayores)** que los más pobres. En ***Los estudiantes de la élite que ya no pueden leer libros***, por ejemplo, recogía testimonios de docentes de centros de élite como Columbia o Princeton que mostraban los problemas que tienen sus alumnos para terminar, simplemente, de leer un libro. Algo **impensable** hace tan solo unos años.

El hogar de los ricos es como el hogar de los pobres

Para entender qué está pasando, quizá haya que ir más lejos que factores puntuales como las pantallas, los móviles, la IA o la bajada de exigencia. Quizá se pueda sintetizar en lo que el sociólogo educativo José Saturnino Martínez **denomina** “la proletarización de la clase media”, que se ha

producido tras la crisis de 2008 y que constituye el movimiento contrario al “aburguesamiento de la clase obrera” de los años sesenta.

Si en los años de expansión educativa, la universalización de la **educación obligatoria**, el acceso a la universidad y la democratización de la cultura provocaron que la clase obrera pudiese empezar a **igualarse (por arriba)** con las clases altas, a partir de la crisis de 2008 se ha producido un progresivo empeoramiento de las condiciones económicas, materiales y temporales de las familias de clase media que han provocado **que empiecen a igualarse (por abajo)**. Quizá nunca antes se parecieron tanto las familias con más privilegios y las que tienen más desventajas. Al menos, a simple vista.

Muchas de estas familias de clase media disponen de menos tiempo para sus hijos y renta que hace un par de décadas

“La idea fundamental es que en la familia ha habido **un cambio muy importante desde los años ochenta** hasta ahora: antes, que una mujer trabajase era opcional; ahora es una necesidad porque con un salario en muchas ciudades no da para vivir”, expone Martínez. Muchas de esas **familias de clase media** disponen de menos tiempo y de menos renta que hace unas décadas. Desde 2015, cuando empieza a producirse el descenso en todas las clases sociales en PISA, las familias viven **más estresadas económicamente** y sus hijos estudian en un sistema educativo con menos recursos.

Dicho de otra forma, el día a día de una familia del percentil superior quizá nunca haya sido tan parecido al de una familia del percentil inferior. Lo que sí ha conseguido la tecnología es **igualarnos a todos**: salvo contadas excepciones, todas las familias utilizan el teléfono móvil, en todas la mujer se ha incorporado al mercado laboral y en **todas se lee mucho menos**. Incluidos los padres, como recoge el informe **PIACC** dedicado a adultos.

Esta situación se refleja en el tiempo que los alumnos de familias **avventajadas** y **desavventajadas** dedican a los dispositivos digitales, y donde de hecho son las **más ricas** las que por poco más los **utilizan en su tiempo libre** (18,3 horas semanales frente a 17,9). Es en las **actividades de aprendizaje** donde las familias ricas utilizan mucho más pantallas, pero en el hogar, **unos y otros son prácticamente idénticos**.

Cinco horas más de aprendizaje digital entre alumnos ricos

Horas semanales que los estudiantes españoles pasan utilizando dispositivos digitales, según su nivel socioeconómico y las actividades para las que los utilizan.

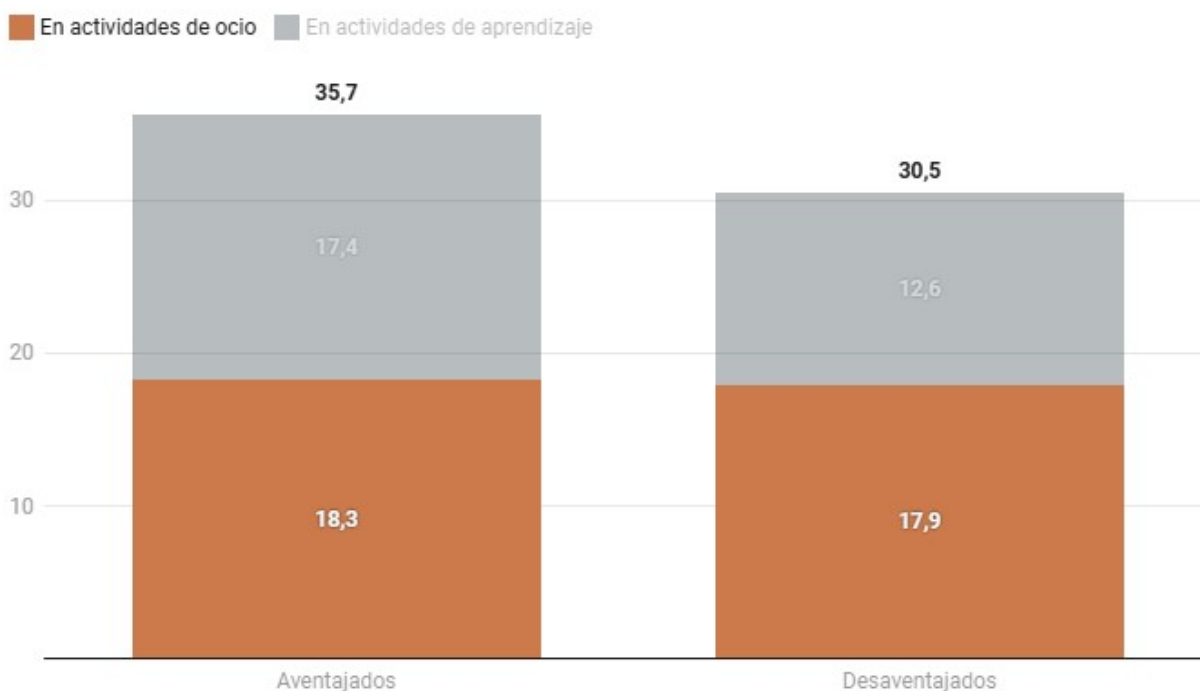


Gráfico: ElConfidencial • Fuente: PISA • Creado con Datawrapper

Como recuerda **Rubén Durán**, director pedagógico y jefe del departamento de orientación del **Colegio Arturo Soria**, un centro privado de alumnado de clase media y media-alta, el acceso a la tecnología no es tan distinto entre familias más ricas y más pobres. La diferencia se encuentra en **cómo se enseña a utilizar esa tecnología**. Y se hace una pregunta pertinente: ¿y si las familias más ricas, **más tecnooptimistas**, conceden más libertad y un menor control a sus

hijos a la hora de usar la tecnología, mientras que en las de un **nivel socioeconómico** más bajo hay **un mayor miedo** y, por ello, un mayor recelo al uso de los teléfonos?

El espejismo del "todo va bien"

Una de las explicaciones más habituales en los últimos tiempos son los efectos indeseados de la **inflación de notas**, que provoca que colegios e institutos otorguen notas a sus alumnos por encima de su mérito. Como han demostrado **investigaciones** como la realizada por **María Fernández-Mellizo** en la Universidad Complutense, esta dinámica **perjudica más a los alumnos de los colegios privados**, donde hay una mayor tendencia a esta inflación. Al llegar a la universidad, los alumnos de los institutos públicos obtienen mejores resultados, aunque los de la privada sacasen mejores notas en Bachillerato.

Aquí los alumnos son las víctimas colaterales de un sistema que favorece que colegios (y por inercia, profesores) tiendan a ser benévolos con sus calificaciones en **un contexto de descenso demográfico** en el cual los centros se pelean para ofrecer a sus padres **unas notas impecables entre sus alumnos**. “Ya empieza a haber inflación de notas en tercero o cuarto de la ESO, y en secundaria empieza a ser tan fácil sacar un sobresaliente como en primaria”, explica **Ismael Sanz**, director del área de Educación de Funcas.

Todo marcha bien hasta que deja de hacerlo: "Los padres solo vemos los riesgos que había en nuestra época"

La caída de los nacimientos y la competencia entre concertados y privados favorece una distorsión que contribuye a generar **un efecto espejismo**. Al llegar la **PAU** o el primer año de universidad, padres e hijos se dan cuenta de que no estaban tan preparados como creían: **un sorprendente baño de realidad**. Una pescadilla que se muerde la cola, como lamenta la madre de

Gonzalo: “Durante la ESO, al haber bajado el nivel muchísimo y aprobar con mucha facilidad, un niño mínimamente espabilado lo salva”.

Una vez más, puede entenderse como una metonimia de esa sensación de que las cosas marchan perfectamente hasta que dejan de hacerlo. La madre de Gonzalo confiesa que si no fue capaz de anticipar lo que le pasaba a su hijo es porque juzgaba su comportamiento a partir de lo que ella había vivido en su juventud: “No lo vimos porque cuando pensamos en los riesgos, pensamos en los de nuestra época, y piensas que, aunque se pase el día jugando a **videojuegos**, no sale, no bebe no se droga, y no te das cuenta de que eso les aísla y les hace perder interés en todo”. **Un criterio de los años noventa que ya no sirve para 2026.**

¿Y los alumnos que deberían ser élite?

Torralba, responsable del programa de Grandes Libros de la Universidad de Navarra, una de las universidades con mejor reputación de España, y miembro de La Facultad Invisible, asociación que promueve la excelencia educativa, presume de **no haberse visto obligado a eliminar la Odisea de su programa de lecturas** en los últimos diez años. Lo que sí señala es que “incluso aquí, en un centro prestigioso, los alumnos que nos vienen son **buenos y muy buenos**, pero **hay pocos que sean excepcionales**”.

En esta creciente homogeneización social, los estudiantes suelen igualarse más por abajo que por arriba. Una queja repetida desde los **primeros PISA** en el mundo académico es que los alumnos de niveles socioeconómicos más aventajados, que sobre el papel deberían gozar de más facilidades para destacar y que **deberían conformar las élites del futuro**, tienden a **mirar más hacia abajo que hacia arriba**.

“Tenemos un **modelo igualitarista**, y eso es positivo porque todo el mundo tiene las **mismas oportunidades**, pero tiene un lado malo, que es que en

secundaria, el sistema no está diseñado para darles algo más a los estudiantes que podrían llegar más lejos”, recuerda el catedrático. La derivada más clara es la **desmotivación del alumno**: “Es de cajón, porque para conseguir el mismo resultado les hace falta esforzarse menos”. Para Torralba, España ha generado “un estudiantado conformista”.

Mientras las clases altas de otros países suelen **producir élites (intelectuales) con relativa facilidad**, esta ha sido uno de los **grandes deberes de las clases altas españolas**. Como recuerda el catedrático, España es, para lo bueno y para lo malo, **un país de clases medias**: positivo porque no hay grandes diferencias entre los más ricos y los más pobres, pero también “donde no hay grandes diferencias en ningún sentido entre los estudiantes”.

Los privados se rearmen para el futuro

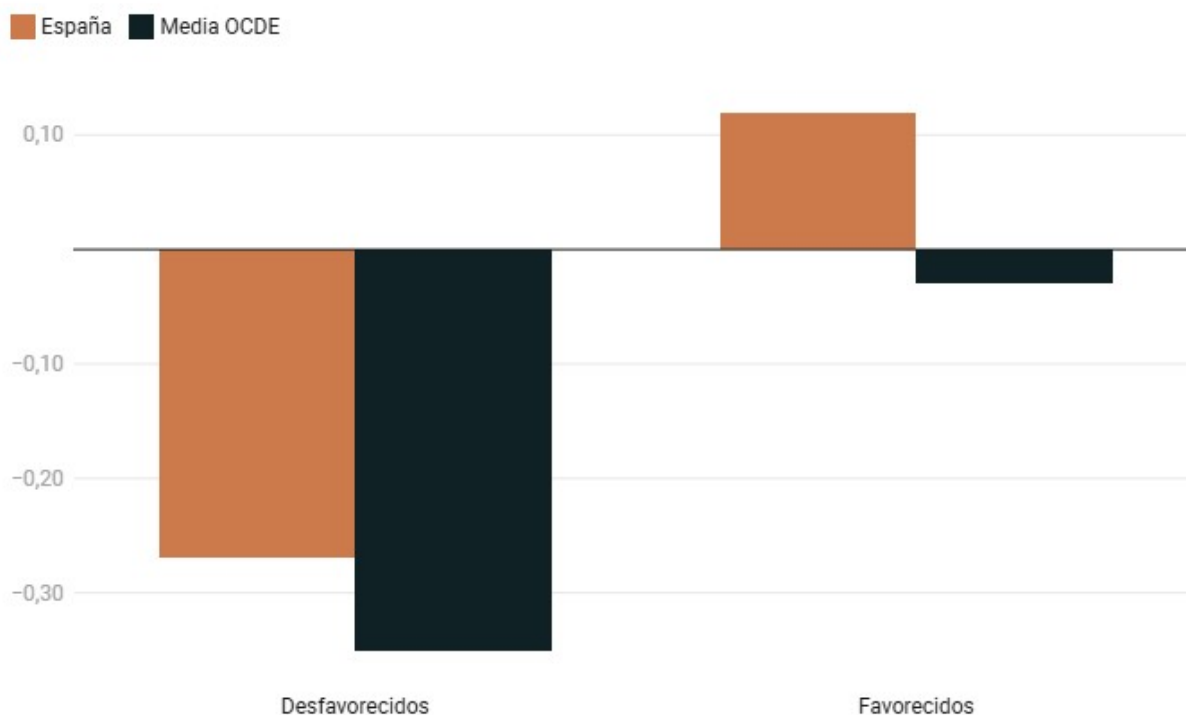
Montse Juliá, directora del Montessori Palau Girona, uno de los privados más señeros de Cataluña, relativiza los problemas de los alumnos con más recursos. No, al menos, en su centro. “No digo que no pueda ocurrir con algún alumno puntual, pero siempre ha ocurrido: hoy puede estar enganchado a **las pantallas** y hace cuarenta años, a la marihuana, pero eso forma parte de la realidad educativa”, explica.

Los caballos de batalla del centro son más mundanos. Que los estudiantes duerman más, que se alimenten mejor, que se concentren un poco más. El suyo es uno de esos colegios que por iniciativa propia está **reduciendo ordenadores en las aulas** y **aumentando las horas dedicadas a la lectura**. En su colegio no encargan deberes a los alumnos, pero sí animan a los estudiantes de primaria a “leer, leer y leer”. También han convencido a los padres para retrasar dar el primer móvil a los alumnos a los 16 años. Algo semejante ocurre en el Arturo Soria, donde han vuelto al papel.

En este clima de **pesimismo e incertidumbre**, la lectura (y los libros) están recuperando la posición privilegiada que tuvieron hace décadas. Padres, profesores y directores están de acuerdo en esa nueva máxima que señala que ser capaces de leer y comprender un texto largo será, dentro de poco, **un símbolo de distinción**. Los padres y madres como los de Gonzalo están cada vez más **influidos por expertos como Gregorio Luri**, que se está convirtiendo en una de las referencias de la enseñanza dura y la importancia de la lectura.

Las familias ricas se implican más en el estudio de sus hijos

Resultados del índice de apoyo familiar* en la última edición del informe PISA, según el nivel socioeconómico del estudiante.



**El índice se calcula a partir de un cuestionario donde los estudiantes califican la frecuencia con la que sus familiares realizan ciertas acciones de apoyo. Las respuestas de opción múltiple se convierten en una única puntuación numérica ponderando la frecuencia de respuesta. Un puntaje de 0 representa el promedio exacto de los países participantes. Un puntaje positivo significa que el estudiante percibe más apoyo familiar que el promedio.*

Gráfico: ElConfidencial • Fuente: PISA • Creado con [Datawrapper](#)

Incluso en este contexto, los padres son conscientes de que, por mal que vayan las cosas, las clases altas siguen poseyendo **determinadas ventajas** de las que no disponen otras clases sociales. Lo que sí señala PISA, y es una de las grandes

brechas entre clases sociales, es que **las familias ricas se implican mucho más** en los estudios de sus hijos. Uno de los factores que explicó hace años el éxito fulgurante de países como [Finlandia](#) y que se reproduce al pie de la letra en España.

“**Los padres con recursos** podemos involucrarnos y buscar ayuda, los que no...”, concluye la madre de Gonzalo. Su hijo, finalmente y con una ayuda extra del colegio (cursos intensivos, clases particulares en casa), consiguió sacar la PAU en segunda convocatoria con una nota de 7,5. **Notable alto**, por encima de la media nacional de 6,4. En su colegio, finalmente, han aprobado el 100%. Algún estudiante se ha tropezado, pero **ninguno se ha derrumbado**. Los problemas abundan entre todos los estudiantes; las soluciones siguen estando más al alcance de unos que de otros.

Gráficos: Iker Antonio Jáuregui Rosas

Este artículo se publicó en [El Confidencial](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



¿Podemos salvar la democracia liberal?

Manuel Arias Maldonado

Ethic

La democracia liberal solo puede salvarse si hay demócratas suficientes para defenderla. Y solo los habrá si los ciudadanos renuncian a seguir a sus líderes incondicionalmente.

Para saber si puede salvarse la democracia liberal necesitamos comprender cuál es la naturaleza de la [crisis](#) que hoy le aflige; de lo contrario, solo daríamos palos de ciego. Aunque también es posible que ni siquiera en ese caso —ni siquiera cuando sepamos dónde está el peligro— haya nada que podamos hacer. Por más que los historiadores insistan en subrayar el papel de la contingencia histórica, recordándonos que el futuro nunca está escrito, hay ocasiones en que nos enfrentamos a fuerzas sobre las que no tenemos manera de actuar eficazmente.

Al pensador alemán [Ernst Jünger](#) le gustaba hablar de «los titanes venideros»: ¿habrán llegado ya? Es pronto para saberlo. Sin embargo, adviértase que esa hipotética intervención salvífica presupone un «nosotros» cuya identidad no está nada clara: ¿quién habría de salvar la democracia liberal? Porque la comunidad de los demócratas —formada por aquellos que ponen la buena salud de la democracia por delante de sus simpatías partidistas— no se caracteriza por su solidez. Y por aquí hemos de empezar.

Irónicamente, se trata de un club al que la mayoría dice pertenecer: la democracia sigue siendo la forma de gobierno preferida en casi todas partes y casi nadie se define como *partisano* antes que como *demócrata* cuando le hacen una encuesta. ¡A todos nos gusta salir bien en la foto! Ocurre que esa adscripción de orden expresivo resulta compatible con el éxito en las urnas de líderes y partidos iliberales —ya sean populistas, extremistas o nacionalistas— en medio mundo. Conviene detenerse en esta aparente contradicción, ya que **los peligros que amenazan la democracia liberal en nuestros días no tienen carácter exógeno** (pese a que las turbulencias geopolíticas van en aumento) ni se visten con los ropajes de una alternativa dictatorial (como sucediera a comienzos del siglo pasado con el socialismo y el fascismo) a la que pudiera llegarse a través de una revolución o un golpe de Estado. Es verdad que episodios como el *procés* separatista, el asalto frustrado al Capitolio a cargo de un contingente de simpatizantes trumpistas o la movilización de los bolsonaristas en Brasilia tras la victoria de Lula da Silva nos recuerdan el riesgo de la insurrección popular; en todos estos casos, sin embargo, se hablaba el lenguaje de la democracia pese a que justamente se atentaba contra ella.

Hay que entender así que estará aquejado de «hipocresía democrática» (conforme al concepto propuesto por Gabor Simonovits) el ciudadano que manifiesta su preferencia abstracta por la democracia y procede sin embargo a apoyar en las urnas a formaciones o líderes que contribuyen a erosionarla. O sea: a los que socavan la separación de poderes, atacan a los jueces y a la prensa, colonizan la Administración pública, cercenan la independencia de los organismos contramayoritarios, ponen a su servicio los medios de comunicación públicos, deslegitiman al adversario, fomentan la polarización

social o recurren sistemática- mente a la mentira política. A estas alturas, la **enfermedad** de la democracia liberal se encuentra más que diagnosticada; asunto distinto es que nos pongamos de acuerdo a la hora de determinar *dónde y cómo se manifiesta* y con qué *intensidad* lo hace en cada caso. Porque no debemos llegar a pensar que todas las democracias liberales se encuentran infectadas en la misma medida por el virus iliberal: los países escandinavos, Australia o Canadá —por limitarnos a unos pocos ejemplos— gozan de buena salud. Y viceversa: ninguna democracia disfrutará nunca de una indemnidad completa, ya que las tensiones que aquejan al gobierno representativo son comunes a todas ellas y no podemos esperar que jamás pase nada allí donde se compite por el poder y se manejan recursos públicos.

Los peligros que amenazan la democracia liberal en nuestros días no se visten con los ropajes de una alternativa dictatorial

¿Y cómo es que el ciudadano que se dice democrático se comporta en las urnas como un partisano iliberal? Hay una explicación bien sencilla: **incluso el más feroz partisano iliberal cree ser un ciudadano democrático cuando acude a votar**. Para más inri, suele pensar que su voto contribuye a *salvar la democracia* de sus enemigos; aunque lo haya depositado en favor de una candidatura que persigue lo contrario. He aquí uno de los efectos más visibles de la polarización, estrategia política que consiste en establecer una separación tajante entre los *buenos y los malos*.

Por eso suele traer aparejado el fomento del partidismo negativo, que induce en el votante la impresión de que nada es más importante que frenar al enemigo; disculpar las conductas irregulares de quien ostenta el poder se convierte por ello en un mal menor. De hecho, los líderes iliberales suelen llevar a cabo una «proyección maliciosa» mediante la cual acusan a los rivales de hacer justamente lo que ellos mismos hacen; es así frecuente que quien erosiona gravemente la democracia liberal se presente ante los ciudadanos como su salvador. De ahí que el partisano iliberal crea estar haciendo lo correcto cuando

vota por ellos: su identificación partidista le permite dar por bueno el desempeño de los suyos incluso cuando este último choca objetivamente con las reglas o convenciones de la democracia liberal.

Estará aquejado de «hipocresía democrática» el ciudadano que manifiesta su preferencia por la democracia y procede a apoyar en las urnas a líderes que contribuyen a erosionarla

Ocurre que el discurso del político iliberal puede ser *populista* (defendiendo una concepción plebiscitaria de la democracia, conforme a la cual el triunfo electoral legitima al «hombre fuerte» para tomar decisiones en defensa del pueblo auténtico sin someterse al control de otros poderes del Estado) o *extremista* (la victoria en las urnas legitima por sí sola la realización de un programa ideológico, sea o no compatible con la democracia liberal y el principio del gobierno limitado), pero puede asimismo adoptar mendazmente las formas de la retórica liberal clásica (el político iliberal se disfraza entonces de gobernante honesto que defiende la democracia y dice siempre la verdad). En cualquiera de estos casos, el votante que se identifica con el partido o con la orientación ideológica que este dice representar seguirá apoyándolo *pese a* su desempeño iliberal. Y lo hará justamente porque no admitirá que este último tenga lugar: el votante partisano propende al autoengaño. Su percepción de la realidad política está condicionada por su adhesión sentimental al partido, que seguirá gozando a sus ojos de la condición de partido democrático *haga lo que haga* cuando ocupa el poder. Una de las ventajas estratégicas de los líderes y partidos iliberales —sean populistas, extremistas o solamente oportunistas— reside en que los ciudadanos suelen albergar visiones simplistas de la compleja democracia liberal: la popular idea de que la verdadera democracia es «el gobierno del pueblo» se presta a toda clase de manipulaciones interesadas.

Se deduce de lo anterior que a una sociedad democrática le resultará muy difícil forjar un consenso sobre cuáles sean las fuerzas que *verdaderamente* ponen en peligro la democracia. Y es que de poco importa aprenderse la *teoría* sobre la

crisis del liberalismo político si esa teoría se encarna en una *praxis* que enjuiciamos bajo la influencia de factores tales como la identificación partidista o los intereses clientelares. Dicho sea de otra manera: **los partidarios de las fuerzas políticas iliberales rechazarán la tesis según la cual las fuerzas políticas a las que prestan su apoyo son peligrosas para la democracia y deben ser desalojadas del poder.** Máxime cuando los propios partidos cultivan un *faccionalismo nihilista* que les lleva a hacer (casi) cualquier cosa con tal de permanecer en él; lo que incluye el uso del presupuesto público para ganarse la fidelidad de colectivos —funcionarios, pensionistas, agricultores e tutti quanti— con gran peso en las urnas. Sería iluso creer que a quienes obtienen del poder público sus medios de vida puede llegar a preocuparles la calidad de la democracia: aunque los liberales han insistido siempre en la necesidad de que la sociedad civil sea independiente del poder público, ahí tenemos el peronismo argentino y sus infinitas variantes para demostrarnos que el cultivo deliberado de la servidumbre produce estómagos agradecidos con una facilidad preocupante.

La pregunta no es si podemos prevenir la muerte clínica de la democracia, sino si estamos en condiciones de evitar que su enfermedad se vuelva crónica

Llegamos así a una conclusión melancólica: la democracia liberal solo puede salvarse si hay demócratas suficientes para defenderla. Y solo los habrá si los ciudadanos renuncian a seguir a sus líderes incondicionalmente, pues esa es la única manera de evitar que los deslizamientos iliberales de los partidos tradicionales tengan éxito en las urnas o alcancen el poder las fuerzas extremistas que han conseguido laminarlos. Hay ejemplos de toda clase: Donald Trump ha capturado al Partido Republicano y Pedro Sánchez al PSOE; el partido de Nigel Farage (Reform) amenaza con adelantar a los conservadores británicos por la derecha e ignoramos si el PP de Feijóo neutralizará a Vox o se verá contaminado por él; los alemanes han optado de nuevo por una Gran Coalición y Meloni se ha mostrado pragmática desde que llegó al Quirinale. No parece que la democracia se encuentre en peligro en ninguno de estos países; en algunos de ellos, sin embargo, la democracia plena ha dejado paso hace

tiempo a una democracia de rasgos iliberales donde la excepcionalidad institucional coexiste con una aparente normalidad cotidiana. De ahí que la pregunta no sea si podemos prevenir la *muerte* clínica de la democracia, sino si estamos en condiciones de evitar que *su enfermedad* se vuelva crónica y podamos empezar pronto con los trabajos de rehabilitación.

Habrà quien sugiera la conveniencia de intensificar la educación cívica que reciben los ciudadanos, enseñándoles a pensar por sí mismos y haciéndoles comprender las ventajas que comporta una democracia funcional. Dejando a un lado las dificultades que comporta hacer tal cosa allí donde no se viene haciendo, la eficacia de un programa masivo de alfabetización cívica está por demostrarse: si una sociedad carece de auténtica cultura política democrática, es imposible convertirla de la noche a la mañana en un régimen deliberativo donde los representantes contestan a lo que se les pregunta o dimiten cuando estalla un escándalo. Tampoco cabe establecer una relación directa entre nivel educativo y autonomía de juicio; la psicología política deja claro que las personas mejor formadas son igualmente proclives a caer en la identificación partidista, siendo de hecho más hábiles que la media a la hora de racionalizar sus preferencias. Sobre todo, hay que preguntarse si los valores democráticos bastan cuando el ciudadano se siente desatendido, frustrado o desprotegido: si carece de oportunidades, no puede acceder a bienes básicos o percibe una amenaza normativa contra su orden moral. Cuando ese sentimiento se hace dominante, la legitimidad de las democracias se ve a menudo cuestionada. Y entonces cobran fuerza los movimientos *anti-establishment*: **no queremos saber cuántos ciudadanos preferirían ser adinerados en dictadura a pobres en democracia.**

Hay que preguntarse si los valores democráticos bastan cuando el ciudadano se siente desatendido, frustrado o desprotegido

Así que no puede entonces sorprendernos que la teoría política oscile entre soluciones participativas (dar más voz a los ciudadanos, sortear cargos públicos, crear asambleas cívicas), materiales (estimular el crecimiento, facilitar el acceso

a la vivienda y mejorar los servicios públicos, garantizar el orden público, dosificar la inmigración) e institucionales (incrementar la rendición de cuentas, mejorar la transparencia, reforzar la independencia de los órganos contramayoritarios y del poder judicial). Añádanse los **llamamientos al consenso entre las grandes fuerzas políticas** —que habrían de resultar en un descenso de la polarización y en mejores políticas públicas— y el énfasis en la construcción de un ethos democrático. Necesitamos, en resumen, más ilustración. Pero de nada sirve ese pío deseo si carecemos de votantes dispuestos a castigar a los gobiernos iliberales, medios de comunicación independientes del poder público o partidos responsables que apuesten por la moderación y el reformismo. Y lo que nadie sabe todavía —dígase lo que se diga— es cómo conseguir eso. Crucemos, pues, los dedos.

Este artículo se publicó en [Ethic](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Susan C. Stokes: «No hay que confundir los partidos que no nos gustan con los partidos que destruyen la democracia»

Esther Peñas

Ethic

Es fácil saber de quiénes hablamos cuando nos referimos a [políticos](#) que socavan las instituciones democráticas. Son aquellos que mienten impunemente, amenazan a jueces, periodistas, tratan de colocarse por encima de la ley, amplían sus poderes, se aferran al poder con ferocidad cainita, manejan la crispación con las paparruchas y suelen hacer de sus mandatos un espectáculo grotesco, próximo a la comedia bufa. La analista política Susan C. Stokes (Michigan, Estados Unidos, 1959) aborda en su último ensayo, 'Los regresores. Líderes que erosionan sus propias democracias' ([Galaxia](#)

[Gutenberg](#), 2026), *el deterioro del sistema democrático sufrido en los últimos años y propone algunas maneras de intentar reparar esa herida.*

¿Qué indicios tempranos deberían alertar a una sociedad de que su democracia está comenzando a deteriorarse?

Hay algunos síntomas que se producen en la sociedad civil, por ejemplo, la expansión de una cultura del escepticismo sobre las instituciones. Este es un hecho que se ha estudiado con detalle desde los últimos 50 años, el declive continuo de la confianza en las instituciones, no solo políticas, también bancarias, deportivas, educativas... El escepticismo, casi nihilismo democrático, es un claro síntoma. Otro, la polarización, el hecho no de que discrepemos, sino de que empecemos a odiarnos por pensar diferente. Esos dos factores hay políticos que les sacan rédito y agudizan ambas tendencias, sin saber el daño que causan a las democracias. Estos políticos que erosionan el sistema no solo son presidentes de países, sino líderes locales, presidentes de comunidades o regiones, tienden a romper las reglas, a poner en duda las normas, a hablar mal de la [prensa](#). Hace ocho o diez años, cuando se inició el retroceso democrático era más difícil reconocer los síntomas. Uno, ante ciertas determinaciones políticas, podía pensar «qué raro que hagan esto, que cambien esta norma...», pero poco a poco se fue perfilando el dibujo.

«El escepticismo, casi el nihilismo democrático, es un claro síntoma de que la democracia está comenzando a deteriorarse»

La erosión democrática suele producirse mediante acciones sutiles que van provocando cambios graduales y aparentemente legales. Hay casos más grotescos, pienso en Trump o Milei, pero hay otros líderes como Bukele, incluso políticos que lo erosionan desde la oposición, ¿cuáles son más peligrosos?, ¿siempre es fácil distinguirlos?

Varían mucho, dependen del carácter, de su personalidad, de su capacidad estratégica. Es mucho mejor estratega [Orban](#) que Trump; Bukele resulta maquiavélico. Algunos, como Milei tienen características de bufón... Pero todos ellos fomentan el odio entre la gente, la ira. En el ensayo también hablo de los líderes que atraen a sus votantes a través de un discurso de odio, de miedo, esas bases psicológicas tan importantes que manejan unos y otros; en cambio, también hay políticos que emplean emociones positivas para que nos acerquemos a ellos. Pienso en el entusiasmo de Reagan, tan optimista, en lo luminoso del mensaje de Obama, con su *Yes, we can*; Trump se ha colocado en el lado contrario, pero su magia se ha roto, la gente empieza a buscar un mensaje más optimista, como el de Mamdani. Hay políticos que rentabilizan en votos su ataque a las instituciones, pero esto no es inevitable, saldremos de ahí.

¿Cuál es la diferencia entre la crítica o el disenso legítimo de un político con determinadas instituciones (prensa, jueces) y socavar deliberadamente su legitimidad?

Ah, bien visto... Creo que cuanto menos opine un político sobre ellas, mejor. Si quieren mostrar su rechazo a determinadas informaciones o decisiones judiciales, que gobiernen mejor. En Estados Unidos hemos llegado a un extremo en el que el presidente no solo critica, sino que intimida, enjuicia, censura. Eso es radicalmente antidemocrático. Hemos ido tan lejos en el límite aceptable que mejor que los políticos no entren en ese juego de criticar a las instituciones que ponen en entredicho su discurso; es peligroso, porque una vez que se pierde la confianza en las instituciones, es difícil recuperarla.

«Una vez que se pierde la confianza en las instituciones, es difícil recuperarla»

¿Es posible justificar ciertas limitaciones a las libertades democráticas en nombre de la seguridad o la estabilidad?

Creo que es muy importante proteger la libertad y el bienestar de la gente, pero esto no es incompatible con preservar las instituciones democráticas. Lula, en

Brasil, es un ejemplo, no perfecto, de un dirigente político que trata de mejorar el Estado de bienestar de su gente respetando las instituciones. Al contrario que Bukele, que soluciona el problema de inseguridad del país –que fue terrible– a cambio de impunidad para determinadas prácticas de dudosa democracia, cuando no directamente antidemocráticas. A veces la gente tolera gobiernos que limitan la libertad con el argumento de que es necesario, y el problema es que poco a poco ceden libertades y derechos al gobierno que después no es tan fácil recuperarlos.

¿Qué análisis haría del presidente de España, Pedro Sánchez?

No soy experta en política española, pero puedo decirte que Pedro Sánchez inspiró a mucha gente en Estados Unidos, por sus posiciones, por sus aspiraciones, por su aspecto, su energía... Vamos a ver ahora cómo encaja el desgaste, el haber gobernado en coalición, las numerosas situaciones difíciles que ha tenido que gestionar, las acusaciones de corrupción... La gente se cansa y es normal que haya cambios en algún momento. Pienso en Suecia, donde surgió un partido político de derechas, con un discurso antiinmigración, que tuvo mucho éxito, subió en las encuestas y llegó a acceder al poder en coalición con el partido moderado; sin embargo, eso no ha supuesto una erosión para la democracia, y ahora vuelve al poder la izquierda. Pensemos en Italia, en el miedo que había de lo que supuestamente supondría la llegada de Meloni al poder. No hay que confundir los partidos que no nos gustan con los partidos, políticas y mensajes que destruyen la democracia.

Usted aboga por la elección directa, por movimientos más o menos asamblearios, comunitarios. Hubo un tiempo reciente en que esas tesis hicieron brotar una enorme esperanza que se tornó en decepción. ¿Hasta qué punto los ciudadanos tienen responsabilidad en permitir o frenar la erosión democrática?

Tenemos mucha capacidad de hacer cosas que importan como individuos; desde luego, el arma más importante para alejar a los erosionistas del poder es no votarlos. En [Hungría](#) se han ido porque perdieron las elecciones. La

movilización social perjudica a los erosionistas, como se vio en el caso de Jacob Zuma, en Sudáfrica, o con Boris Johnson, en Reino Unido; la opinión pública tiene un enorme poder. A veces, incluso, es capaz de sacar del gobierno a sus dirigentes, como ocurrió con Yanukóvich, en Ucrania. Es un ejemplo, pero lo normal es que las manifestaciones por sí solas no basten. Sin embargo, son muy importantes, primero porque lanzan el mensaje de que no todos estamos de acuerdo; segundo, porque ejercemos un derecho que rompe la narrativa de que las cosas son inevitables.

«El arma más importante para alejar a los erosionistas del poder es no votarlos»

Usted coloca el inicio del declive democrático con el gobierno de Hugo Chávez. Pongamos por caso que Maduro es un líder legítimo y democrático, pongamos por caso que Trump es el adalid de los valores democráticos. ¿La injerencia de Trump al raptar al presidente de un país como Venezuela, ante la pasividad del resto del mundo, no es la actitud antidemocrática por excelencia?

Es terrible lo que pasó. Y más lo que ocurrió después, porque no raptaron a [Maduro](#) para devolver la democracia a Venezuela, traicionaron al pueblo, que había votado por la líder de la oposición, a la que se dejó al margen de esta operación, y descaradamente vimos que lo único que quería Estados Unidos era el petróleo venezolano. El hecho de que Maduro fuera un corrupto en ningún caso justifica que se violen las leyes y normas del derecho internacional.

¿Se entiende la actitud de Europa en este conflicto?

Europa estaba entonces bastante atada a las amenazas de Trump, económicas y estratégicas. Felizmente, la Corte Suprema puso fin a su manera de proceder, al menos de manera temporal. Es tan negativo que incluso lo es para sí, debilitando la economía de algunos estados, como Michigan, cuya economía

está estrechamente ligada a la de [Canadá](#), y Trump inicia una pelea con Canadá que solo puede beneficiar a los republicanos.

«En Estados Unidos, Trump se marchará, como se marchó Orban de Hungría o Bolsonaro de Brasil»

Los líderes erosionistas emplean la polarización y la desinformación para acaparar más poder. ¿No es posible que las redes sociales queden del lado de la ciudadanía como herramienta útil en vez de contribuir al desconcierto?

En Estados Unidos se aprobó una ley que hizo muy difícil regular las redes, pero eso no significa que no se pueda cambiar esa ley. Participar en las redes quiere decir que se amplifican las voces que uno escucha, silenciar otras... no son pluralistas, aumentan las sensaciones de antipatía, de odio... Todo esto es muy negativo, pero las investigaciones sobre el efecto político de las redes es ambigua, primero porque frente a la mala información que circula por las redes, también circula información muy útil y auténtica; hay voces que antes no se escuchaban, y eso es sano, permiten conversaciones colectivas. No está probado que por sí mismas erosionen los sistemas democráticos. Canadá es un país muy activo en redes que no ha sufrido erosión democrática alguna.

¿Hay motivos para cierto optimismo dado el encapotado panorama internacional?

Sin duda, pero hay que trabajar. En Estados Unidos están cambiando las cosas, aunque parezca que eso no se comunica al mundo, hemos visto los peligros de políticos como los que tenemos, las consecuencias de sus errores, y existe una enorme movilización entre la población en contra de Trump y sus políticas. En Estados Unidos, Trump se marchará, como se marchó Orban de Hungría o Bolsonaro de Brasil. Sí, tengo cierto optimismo.

¿A pesar de la amenaza de la inteligencia artificial...?

Uf, la IA es un terremoto de consecuencias aún imprevisibles... Pero aun así, sí, mantengo cierto optimismo.

Este artículo se publicó en [Ethic](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



El miedo como programa de gobierno

Juan J. Gutiérrez Alonso

ABC

Convertir cada elección en un plebiscito sobre la supervivencia del sistema, que es la gran mentira, no fortalece la democracia frente a sus enemigos reales, sino que la debilita

Recuerdo mi infancia y adolescencia, en la que cada convocatoria electoral se agitaba con el fantasma de la derecha, la derechona, los de los apellidos largos, que con tanta gracia repetía una y otra vez [Alfonso Guerra](#). Aquella frase, pronunciada en los años ochenta y también en los noventa, amenazaba con hacer irreconocible España en cien días si había cambio de gobierno. Era una 'boutade' de campaña, un exceso retórico que, como digo, se afirmaba incluso con sonrisa en no pocas ocasiones. Pero tenía, eso sí, un límite implícito, pues

apuntaba a un adversario político concreto, dentro de las reglas del juego democrático.

Cuarenta años después, el mecanismo sigue vivo, pero ha mutado. Ya no se trata de advertir sobre un gobierno alternativo, sino de negarle legitimidad democrática al adversario. La derecha ya no es una opción de gobierno discutible.

Para el actual Ejecutivo y todo su entramado político, administrativo y mediático, es ni más ni menos que «la amenaza a la democracia». Y frente a una amenaza existencial, cualquier otra consideración, como la corrupción, la gestión, el desgaste institucional, el deterioro de los servicios públicos o la marcha de miles de jóvenes del país, pasa a ser algo secundario.

Conviene detenerse en el salto cualitativo. Guerra hablaba de políticas, lo recuerdo bien en sus mítines. El discurso actual, en cambio, habla de supervivencia del régimen. No es lo mismo prometer que no se van a reconocer ciertas leyes o derogar determinados programas que sostener, como se sostiene hoy con machacona insistencia, que la alternancia misma pone en riesgo el sistema. El primero es un argumento político, por hiperbólico o propagandístico que fuera. El segundo es un corte antipolítico, pues sitúa al Gobierno como último dique de contención frente al abismo y convierte cualquier voto opositor en un acto de imprudencia colectiva, cuando no de complicidad moral. Esto no es admisible y debe denunciarse con toda firmeza.

Este relato o marco argumental cumple una función muy precisa, y no es casualidad que se intensifique justo cuando arrecian los frentes judiciales, la fatiga de gestión, el desgaste de una legislatura que se sostiene por aritméticas cada vez más forzadas y hasta una invasión de parte del territorio nacional. El miedo, en política, es barato de producir y rentable de administrar, porque no exige explicar por qué suben los precios, ni por qué se acumulan los [sumarios en los juzgados](#), ni por qué los socios de investidura cobran peajes crecientes. Exige, simplemente, mantener la atención fija en el enemigo exterior. Cuanto más oscuro se pinte ese enemigo, menos luz queda para el balance de gestión.

No es un fenómeno exclusivamente español. Italia ofrece un espejo muy ilustrativo. Durante años, la izquierda europea auguró el fin de las libertades civiles si Meloni llegaba al palacio Chigi. La profecía, contrastada con la realidad de una gestión convencional dentro de los márgenes atlantistas y comunitarios, se ha ido desinflando artículo a artículo en la prensa que más la sostuvo.

Francia ha vivido su propia versión con el cordón sanitario contra Le Pen, sostenido más por aritmética parlamentaria que por convicción, y cada vez más cuestionado por una parte del electorado, que empieza a percibir el frente republicano como una forma de bloquear resultados electorales incómodos antes que de defender principios. EE.UU., con su retórica de la amenaza a la democracia, aplicada primero a Trump y ahora, con roles invertidos, a sus adversarios, ha mostrado hasta qué punto ese lenguaje se desgasta por sobreuso. Es decir, como ya se viene advirtiendo, cuando todo es fascismo inminente, nada lo es del todo, y el elector o gran parte del electorado deja de escuchar.

El segundo elemento de la ecuación, menos comentado que el primero, es el del voto cautivo institucional. Es ese bloque de electores cuya opción no responde tanto a convicción ideológica como a dependencia estructural del 'statu quo'. [Empleo público en expansión constante](#), subvenciones a entidades afines, medios de comunicación sostenidos con publicidad institucional, entramados autonómicos y locales que multiplican los puestos de designación política, ayudas, bonos, incentivos, nacionalizaciones masivas con ampliaciones desproporcionadas del censo... Todo ello configura un electorado con incentivos materiales directos para que nada cambie, al margen de cómo valore la gestión general. No hace falta apelar a la coacción para explicar este fenómeno, basta el interés racional bien entendido. Pero conviene nombrarlo, porque los analistas electorales lo integran en sus modelos con la misma naturalidad con que hablan del voto rural o del voto joven, mientras el debate público prefiere ignorarlo por incómodo.

La combinación de ambos factores, el miedo como cortina y la dependencia como cimiento, explica buena parte de la resiliencia electoral de gobiernos que, en circunstancias de escrutinio más frío, difícilmente resistirían el desgaste acumulado.

No es una anomalía española. Portugal ha visto episodios similares con la persistencia de mayorías socialistas pese a escándalos sucesivos; Alemania sostuvo durante años coaliciones incómodas apelando al muro contra la extrema derecha antes de que el propio electorado forzara una recomposición. Ahora ya sugieren incluso ilegalizar al partido líder en las encuestas. La diferencia española es de grado, no de naturaleza. En nuestro caso, aquí el relato del miedo se ha vuelto omnipresente hasta ocupar el espacio que antes correspondía al debate sobre políticas concretas.

Lo peligroso de este mecanismo no es solo su eficacia táctica, sino su coste institucional. Digo y subrayo esto para los ortodoxos de la institucionalidad. Porque cuando toda alternancia se presenta como catástrofe, se erosiona la premisa básica de la democracia, es decir, que el poder cambia de manos sin que ello suponga el fin de nada y porque, constitucionalmente, es legítimo un cambio radical de gobierno y de orientación política, no hay nada anómalo ni extravagante. No estamos condenados a ser socialistas ni a convertir el país en una ONG al servicio de una nueva clase dominante.

En resumen, el maestro Escotado nos recordó que la verdad se defiende sola y la mentira necesita la ayuda del Gobierno. Convertir cada elección en un plebiscito sobre la supervivencia del sistema, que es la gran mentira, no fortalece la democracia frente a sus enemigos reales, sino que la debilita, porque acostumbra al ciudadano a una excepcionalidad permanente que termina por vaciar de sentido no pocos principios constitucionales y hasta la propia dinámica de un sistema democrático. Y esa es, quizá, la ironía final, porque quienes más invocan la defensa de la democracia son, con frecuencia, los que más contribuyen a desgastar su funcionamiento ordinario. Tal y como estamos viendo, y sufriendo.

Juan J. Gutiérrez Alonso, Accademia delle Scienze de Bologna

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



7 claves para entender por qué Pedro Sánchez adelanta las elecciones

Ana Sánchez de la Nieta

Aceprensa

Prácticamente desde que consiguiera formar gobierno, en noviembre de 2023, con una mayoría ecléctica y enclenque, la pregunta que más se le ha hecho al presidente español, Pedro Sánchez, ha sido si iba a adelantar las elecciones. Hasta ahora, Sánchez había jurado y perjurado que gobernaría hasta el 2027, pero hoy ha anunciado un adelanto electoral y ha convocado a los españoles a las urnas el próximo 29 de noviembre. ¿Cuáles han sido las claves de su decisión y porque ahora sí y antes no?

1. Maricarmen y la vivienda: el “plot twist” definitivo

Casi nadie duda que no habría adelanto electoral sin Maricarmen. Para quien no sepa quién es Maricarmen diremos –resumiendo mucho– que es una mujer de 87 años que iba a ser desahuciada. Desgraciadamente, su caso era uno más de los casi 25.000 desahucios que se practican cada año en España. Pero el de Maricarmen se convirtió en un desahucio viral y en bandera de la indignación por uno de los problemas que más preocupa a los españoles: [el acceso a la vivienda](#). Hace una semana parecía que esta crisis iba a tumbar al gobierno, que lleva ocho años sin logros en esta cuestión. Pero –misterios del activismo emotivista, los algoritmos, las narrativas simplistas de los medios y el espíritu libertario de la Puerta del Sol donde se montó una acampada tipo 15M– la protesta que nació transversal se escoró hacia la izquierda.

El viernes pasado, Pedro Sánchez presentó dos decretos que buscaban; uno, solucionar algunas de las cuestiones más urgentes (como la protección ante los desahucios o las ayudas económicas en forma de beneficios fiscales) y, el otro, contentar a las formaciones de izquierdas, que proponían la prórroga automática de los alquileres. El Congreso rechazó los dos decretos y, de paso, le dio a Pedro Sánchez la excusa perfecta para presentarse como salvador de los sin techo, adalid de los vulnerables frente a los fondos buitres, héroe abnegado al que un Congreso despiadado no le deja resolver los problemas de la nación. En un acto de heroísmo sublime parece que va a aprobar los dos decretos por una vía de urgencia de dudosa legalidad pero de indudable valor propagandístico.

Después de muchos meses, Pedro Sánchez encontraba un marco para su relato. Un cierto balón de oxígeno en forma de tienda quechua plantada en Sol, y aprovechando las campanadas para criticar la gestión de la presidenta de la Comunidad de Madrid. Ni en el mejor de sus sueños lo hubiera imaginado.

Era cuestión de horas que otro reloj, el electoral, comenzara su cuenta atrás.

2. Un PP flojo y un Vox fuerte

Evidentemente, entre las claves para convocar estas elecciones cuenta –y mucho– la demoscopia. El Partido Popular lleva tres años gastándose en una oposición muy incómoda porque el Gobierno, con su aritmética endemoniada y condenado a ir perdiendo en el Congreso votación tras votación, ha funcionado, muchas veces, como si fuera el PP quien gobernara. Hace unos días, se llegó al paroxismo cuando la vicepresidenta del Gobierno, Yolanda Díaz, llamó a la huelga general.

Por otra parte, el ejercicio del poder en las comunidades autónomas y algunos escándalos han mermado también las expectativas del Partido Popular que, según los sondeos, ganaría las elecciones pero no alcanzaría, ni de lejos, la mayoría absoluta.

Para gobernar necesitaría la ayuda de Vox, un partido tremendamente reforzado, especialmente después de la crisis de Ceuta.

Al relato de Pedro Sánchez le viene de maravilla un Vox fuerte. Así puede seguir invocando al fantasma de la ultraderecha que tantas veces en el pasado ha acudido en su auxilio (otra cosa es que los españoles sigan temiendo a los espectros).

3. Los socios nacionalistas flaqueaban

Por si la “amenaza” de Vox no resultara suficiente, Pedro Sánchez cuenta con otro comodín (y síntoma al mismo tiempo de que ninguno de sus socios en esta legislatura va a salir indemne). En Cataluña, Junts baja y sube a marchas forzadas la derecha radical independentista: la Aliança Catalana liderada por Silvia Orriols.

Al margen de contar con otro espectro para meter miedo, el presidente sabe que Junts, conseguida la amnistía, no tiene por qué seguir apoyándole y, de hecho, no le ha apoyado en los decretos de vivienda.

Otro de los socios nacionalistas, el PNV, también estaba pagando la factura de su apoyo gubernamental, aunque de una manera más matizada y no por el crecimiento a su derecha sino por el ascenso de Bildu.

4. La izquierda, desangrada

Si a alguien perjudica el adelanto electoral es a las formaciones de izquierdas, a las que la fecha del 29 de noviembre les ha pillado con el pie totalmente cambiado. Sumar está en pleno proceso de refundación. En principio, el 17 de octubre los cuatro partidos involucrados en este proceso (Movimiento Sumar, IU, Más Madrid y los Comunes) iban a anunciar un nuevo proyecto político, que tiene nombre (Frente Amplio) pero todavía no tiene líder. De primeras, montar un partido en cuatro semanas no es el mejor escenario para concurrir a las elecciones.

Tampoco a Podemos le favorece el calendario. A mediados de septiembre, Irene Montero anunció su deseo de presentarse por Podemos a las elecciones generales pero dijo también que quería hacerlo mediante un proceso de primarias abiertas a las que cualquiera pudiera presentarse. Se habló de celebrar esas elecciones el 14 o 15 de octubre. Otra vez, tan solo a un mes y pico de las elecciones. Ni tu peor enemigo.

Con este panorama, se entiende que al líder de Esquerra Republicana de Cataluña, Gabriel Rufián, se le saltaran las lágrimas mientras suplicaba a Pedro Sánchez, el pasado viernes en el Congreso, que no adelantara las elecciones. Pero Pedro Sánchez sabe, y cualquiera con una calculadora en la mano, que nada le puede convenir más al PSOE que concurrir a las elecciones con una izquierda desangrada. En la retórica del “O yo o el caos” siempre es mejor un Yo singular que un nosotros. Se toca a más.

5. Una pausa en el panorama penal

Otra de las claves que ha podido impeler a Pedro Sánchez a adelantar las elecciones es haber encontrado un cierto *impasse* en el endiablado panorama penal de los casos de corrupción que salpican al partido y a su persona. No es que se haya resuelto casi nada, pero la sociedad española tiene un umbral muy alto de tolerancia a la corrupción y una memoria muy frágil. Sánchez es consciente de que una parte del electorado ha metabolizado las imágenes de sus dos secretarios de organización entrando en prisión y se está recuperando del *shock* de Zapatero. Los meses de continuas revelaciones en los diferentes casos de corrupción han tenido un efecto anestésico en un ciudadano que puede elegir entre indignarse, desesperarse o mirar hacia otro lado, tirar de *scroll* y fingir que no pasa nada. Que es lo que hace el presidente publicando sus [listas culturales en TikTok](#).

Este *impasse* no significa que el panorama se le haya aclarado a Sánchez. Al contrario; algunas de las causas que más pueden afectarle –la de su mujer, Begoña Gómez, o la del propio Zapatero– debían dirimirse en las próximas semanas. Pero, precisamente, el adelanto electoral hará, con toda probabilidad, que los jueces retrasen los siguientes pasos. Ningún juez va a sentar a Begoña Gómez delante de un jurado en plena campaña electoral y, sin duda, es mejor concurrir a las elecciones en este momento que después de un juicio. Y no digamos nada, de una sentencia condenatoria.

6. Antes de que otro me quite la silla

El liderazgo de Pedro Sánchez se ha caracterizado, hasta ahora, por un absoluto cierre de filas en torno al presidente. Las excepciones eran pocas, tenían nombre y apellido y peso político: Javier Lambán, presidente de Aragón hasta el 2023 y fallecido el pasado 15 de agosto de 2025; Emiliano Page, presidente de Castilla-La Mancha, o Adrián Barbón, presidente de Asturias. Al margen de estos nombres, que ya gobernaban en sus territorios, casi nadie se atrevía a cuestionar a Sánchez.

La [crisis de Ceuta](#) en agosto hizo que el malestar de algunos diputados empezara a tomar cuerpo y a hacerse público. Melchor León, diputado socialista en la Asamblea de Ceuta, criticó abiertamente la gestión del gobierno y dirigió a Pedro Sánchez una demoledora carta abierta pidiendo que devolviera la normalidad y la verdad a la ciudad. Otros dirigentes del PSOE, de forma anónima, vertieron valoraciones muy duras sobre el presidente, sus largas vacaciones en La Mareta o la frivolidad con la que actuaba en TikTok mientras el país afrontaba una grave crisis migratoria.

En medio de la polémica, Oscar Puente, ministro de Transportes, uno de los más fieles seguidores de Sánchez y conocido por su frenética y agresiva actividad en redes sociales, se medio-postuló como sucesor de Pedro Sánchez. La fórmula que utilizó –“soy una persona del PSOE y a disposición del PSOE, ni me descarto ni me postulo”– sonó un poco extraña pero casi todos entendieron que podían estar comenzando “los juegos del hambre” para suceder al presidente. Y Sánchez debió pensar que, para que otros le muevan la silla, mejor la mueve él. Le echaron una vez y no le van a echar dos.

La convocatoria de elecciones es, sin duda, una manera muy eficaz de frenar la discusión por la sucesión. Y eso, tanto si se presenta como si no.

7. Donald Trump, en su auxilio

Por último, el escenario internacional también le facilita a Pedro Sánchez su presentación de salvador frente al fascismo. El 3 de noviembre se celebran las elecciones de medio mandato en EE.UU. que se leerán en clave de apoyo o rechazo a las políticas de Trump. Sea cual sea el resultado, le servirá al todavía presidente español para enriquecer su relato. Si ganan los demócratas, porque significa que pierde la ultraderecha y EE.UU. vuelve “al lado correcto de la historia” –que es donde está siempre, por esencia, Pedro Sánchez–. Si pierden, porque le servirá para azuzar de nuevo el fantasma de la ultraderecha.

En resumen: un buen momento para seguir desarrollando un “storytelling” muy básico pero eficaz

La convocatoria de elecciones llega en el mejor momento para Pedro Sánchez, que no significa ni el mejor momento para el país, ni para los ciudadanos, ni para la derecha, ni para la izquierda. Sánchez ha pergeñado durante sus ocho años en el poder una narrativa muy básica, casi de párvulos, pero sumamente eficaz. Un discurso de muros, de buenos y malos, de lados correctos e incorrectos de la Historia y de fantasmas que le ha funcionado. Por la mínima, sí: sin mayorías, sin presupuestos, sin apenas legislar, pero ha conseguido mantenerse en el poder.

Esta convocatoria electoral –en el mejor momento de su peor etapa– vuelve a mostrar su innegable olfato político. Que el relato continúe depende ahora de las urnas. Y, antes, de unas elecciones que se antojan entretenidas. Por poner un adjetivo.

P.D.: Y como colofón, “La bola negra

Entre los astros que se le han alineado al presidente, hay que sumar el éxito de *La bola negra*, protagonizada por otro de los espectros favoritos de Pedro Sánchez: el fantasma del franquismo. Habrá quien tache de frivolidad mezclar el cine con la política y a los Javis con los problemas que sufre el ciudadano medio. Pero en los tiempos que corren, con la posmodernidad boqueando y el emotivismo campando por sus respetos, puede hacer más una película que un sesudo programa electoral o una impecable o nefasta gestión.

Este artículo se publicó en [Aceprensa](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Protegiendo a la infancia de la industria del vicio digital

Brad Littlejohn

National Affairs

El 21 de abril de este año, un grupo de 60 padres de familia, provenientes de 26 estados, guardaron silencio frente al Capitolio de los Estados Unidos, rodeando hileras de rosas rojas que simbolizaban a los niños que habían pagado el precio más alto para aumentar las ganancias de las plataformas tecnológicas. En un emotivo discurso al final de la manifestación, Tim Estes, presidente de la Alianza por un Futuro Mejor, declaró: «Es hora de decir "No": ¡No en nuestro país, no a nuestros hijos! ¡Nuestros hijos ya no les pertenecen, no están en venta!».

La vehemencia del actual movimiento bipartidista en defensa de la infancia ha sorprendido a muchos políticos y directores ejecutivos, acostumbrados como estaban a la apatía de los padres estadounidenses. A lo largo de la década de 2010, psicólogas como Jean Twenge y Sherry Turkle publicaron numerosos libros advirtiéndonos de las consecuencias potencialmente devastadoras de dejar a los adolescentes a merced de los ingenieros de Silicon Valley, expertos en adicciones algorítmicas. Intelectuales como Nicholas Carr publicaron diatribas sobre cómo los medios digitales degradaban nuestras mentes, almas y el discurso público. Cada pocos meses, al parecer, algún director ejecutivo de una empresa tecnológica se veía envuelto en un escándalo relacionado con las prácticas engañosas de su compañía, las violaciones de la privacidad de los usuarios y la explotación infantil. Y, sin embargo, nada cambió, salvo que cada vez más adolescentes adquirieron teléfonos inteligentes, las aplicaciones de redes sociales se volvieron cada vez más adictivas y las aulas escolares se saturaron cada vez más de tecnología.

Avancemos rápidamente hasta 2020, cuando nos encontramos en medio de una pandemia mundial. Optamos por vivir nuestras vidas frente a las pantallas en lugar de arriesgarnos a contraer un virus. Pero un par de años después, algo finalmente se rompió en la mentalidad estadounidense, y de hecho en todo el mundo. Empezamos a preguntarnos si tal vez las pantallas mismas eran el virus.

En todo el país, millones de madres comenzaron a movilizarse en un movimiento masivo que recuerda al de la generación anterior, "Madres contra la conducción bajo los efectos del alcohol". El libro *"Generación ansiosa"* de Jonathan Haidt tuvo tal repercusión que vendió millones de copias e impulsó legislación en decenas de estados para prohibir los teléfonos inteligentes en las escuelas. Los esfuerzos legislativos para "rescatar la infancia de las garras de las redes sociales y los teléfonos inteligentes" (en palabras del manifiesto "Futuro para la familia" del año pasado) se han multiplicado tanto en la derecha como en la izquierda. Al momento de escribir este artículo, 16 estados han aprobado algún tipo de edad mínima para el uso de redes sociales; 25 estados han aprobado leyes que prohíben el acceso a pornografía en línea para residentes

menores de 18 años (una iniciativa que recientemente obtuvo la aprobación de la Corte Suprema); y cuatro estados han dado el paso audaz de exigir el consentimiento expreso de los padres para la descarga de cualquier aplicación móvil. Cada uno de estos modelos legislativos está siendo objeto de una seria consideración en el Congreso de los Estados Unidos, junto con una serie de otras medidas de seguridad infantil en línea, como la Ley de Seguridad Infantil en Línea y proyectos de ley sobre verificación de edad mediante chatbots, como la Ley de Directrices para la Verificación de Edad del Usuario y el Diálogo Responsable (GUARD, por sus siglas en inglés).

Hasta ahora, sin embargo, este movimiento de masas sigue siendo algo disperso y ad hoc. A diferencia de Madres Contra la Conducción Bajo los Efectos del Alcohol (MADD), que desde sus inicios se unió en torno a la Ley Nacional de Edad Mínima para Consumir Alcohol, los defensores de la seguridad infantil en línea son mucho menos claros sobre lo que piden. Algunos (especialmente en la izquierda) enfatizan la protección de la salud mental de los niños, mientras que otros (especialmente en la derecha) destacan la importancia de empoderar a los padres. Muchos se centran en los peligros del contenido sexualmente explícito y el fácil acceso que los depredadores sexuales tienen a los niños a través de las plataformas de redes sociales. Algunos se centran en la privacidad y la monetización de los datos de los niños, mientras que otros parecen motivados por preocupaciones más amplias sobre la adicción a las pantallas, la ansiedad, la depresión e incluso la obesidad infantil. Algunos proponen límites de edad de 13 años, otros de 16, y otros de 18.

Las empresas tecnológicas han intentado explotar esta confusión y sembrar la división en las filas de este movimiento diverso, ahuyentando a los legisladores conservadores con temores de censura y atrayendo a los progresistas con discursos sobre el derecho de los jóvenes a la información. Su objetivo es plantear el debate como una cuestión de "¿hasta qué punto vamos a limitar el derecho de los niños al acceso al mundo digital?". Este planteamiento resulta conveniente tanto retóricamente como legalmente: retóricamente, al vincular dos temas que apasionan a los estadounidenses —los niños y sus derechos— y legalmente, dado que el mundo digital se basa casi por completo en la

información, permitiendo a las empresas tecnológicas invocar amplias protecciones de la Primera Enmienda sobre la base de una serie de precedentes dudosos.

Pero este no es el debate correcto. Dado que estas empresas con fines de lucro se dedican principalmente a la venta de productos adictivos, la pregunta que deberíamos hacernos es: "¿Cuánto acceso debemos permitirles a nuestros hijos?". El debate sobre la seguridad de los niños en internet es, en esencia, un debate sobre el acceso del mercado a la infancia. Así como las empresas intentaron aumentar sus ganancias durante la Revolución Industrial separando a los niños de sus familias y haciéndolos trabajar en minas y fábricas, hoy en día las mayores empresas del mundo han descubierto cómo emplear a menores como recolectores de datos no remunerados, atrayéndolos con productos adictivos.

Nuestra imaginación se ha visto tan rápidamente y completamente cautivada por la expectativa de un acceso digital omnipresente e ilimitado que parecemos incapaces de comprender o recordar cuán radical y novedosa es la economía política actual de la tecnología digital, y cuán absurdo habría parecido a las generaciones anteriores otorgar a las empresas tecnológicas acceso sin restricciones a los niños. Imaginemos si los debates políticos de finales del siglo XX se hubieran centrado en cuánto acceso deberían tener los narcotraficantes a las aulas escolares, si se debería permitir a los vendedores a domicilio ir de habitación en habitación dentro de una casa, o si las licorerías deberían poder abrir quioscos en parques infantiles y campos de fútbol. En esencia, estos son los debates en los que nos encontramos hoy.

Para comprender cómo hemos llegado hasta aquí —y cómo devolverles a nuestros hijos su infancia— debemos comprender la lógica económica fundamental de esta guerra digital contra la infancia y sus desastrosas consecuencias, volver a empoderar a los padres como mediadores entre los mercados y los niños, y redescubrir las herramientas políticas con las que contraatacar.

LA ECONOMÍA DEL VICIO

Últimamente se ha vuelto común usar el término "adictivo" para describir productos y plataformas digitales (irónicamente, al mismo tiempo que comenzamos a desregular mercados adictivos que antes se consideraban depredadores). Por lo tanto, vale la pena recordar por qué tradicionalmente hemos regulado industrias como la del alcohol y las drogas, así como la pornografía y el juego, considerándolas "industrias del vicio" que la sociedad no podía dejar en manos de la lógica del libre mercado. Si bien es cierto que para algunos se debía a que las reconocíamos como moralmente degradantes o físicamente dañinas, existía algo más fundamental que todas estas industrias del vicio tenían en común: eran adictivas y, por lo tanto, comprometían inherentemente la lógica del mercado.

En el caso de bienes y servicios comunes, el mercado generalmente equilibra eficazmente los intereses de compradores y vendedores, limitando las ganancias de estos últimos la demanda de una cantidad limitada de cada producto: el principio conocido como "utilidad marginal decreciente". Si un bistec o un sofá satisfacen mis necesidades, no estaré dispuesto a pagar casi lo mismo por una segunda cena o un segundo sofá. De esta manera, la economía se mantiene en un equilibrio razonable. Si imagináramos un mundo donde cada porción de bistec aumentara, en lugar de disminuir, mi demanda de bistec, sería un buen mundo para los agricultores y carniceros, pero un mal mundo para el ganado, por no hablar de la salud.

Pero ese es el mundo de las industrias del vicio, o economías de la adicción, al menos para muchos consumidores. Si bien muchos jugadores y bebedores pueden disfrutar con moderación, una parte importante no lo hace, y es de estos de quienes las industrias obtienen la mayor parte de sus ganancias. Estos consumidores se vuelven cada vez más dependientes y, por lo tanto, en lugar de pagar menos por cada unidad adicional, estarán cada vez más dispuestos a gastar su dinero para obtener más del producto en cuestión, invirtiendo así la curva de demanda típica.

En estos mercados viciosos, los individuos dejan de ejercer una elección racional en sus decisiones, si por ello entendemos maximizar genuinamente su utilidad (en contraposición a simplemente satisfacer cualquier antojo momentáneo). Mientras que los consumidores racionales tienden a priorizar el corto plazo (descontando el valor de los bienes futuros en función del riesgo), el adicto sufre una adicción radical, a veces incapaz de planificar más allá del mañana o incluso de los próximos minutos. No solo prioriza el presente sobre el futuro, sino que hipoteca el futuro para pagar el presente, aceptando ciegamente daños potencialmente catastróficos a largo plazo con tal de disfrutar de la siguiente dosis placentera.

Es fundamental comprender que, en la mayoría de estos productos, la dosis es determinante, y el problema radica en la incapacidad de los usuarios para regularla. Para considerarlos industrias del vicio y regularlas en consecuencia, no es necesario demostrar que el producto o servicio sea *intrínsecamente* inmoral (aunque algunos ciertamente lo son). Puede ser perfectamente inocuo en sí mismo, y algunos usuarios pueden disfrutarlo con moderación. Pero si el producto es químicamente susceptible o está diseñado intencionalmente para manipular los deseos del usuario promedio y convertirlo en un círculo vicioso autodestructivo, sus proveedores no pueden alegar que están prestando un servicio a la sociedad al fomentar dicha demanda.

Desde esta perspectiva, resulta evidente que internet ofrece el mayor terreno de juego para los vicios que el mundo haya visto jamás, sirviendo tanto de catalizador para las industrias del vicio ya existentes como de caldo de cultivo para otras nuevas. Internet redujo la vergüenza y la fricción que mantenían a raya la mayoría de los vicios en el mundo físico. Ir a un bar, un casino o un club de striptease requería esfuerzo y conllevaba el riesgo de estigma social. Pero los espacios en línea ofrecían un anonimato absoluto y una inmediatez sin esfuerzo.

La pornografía y el juego en línea han demostrado ser mucho más perniciosos que sus contrapartes tradicionales; si bien es fácil satisfacer un deseo con solo

deslizar un dedo, mantenerse sobrio puede requerir esfuerzos sobrehumanos. De hecho, al facilitar la satisfacción de prácticamente cualquier antojo, internet ha modificado nuestros circuitos de recompensa, convirtiendo muchos pasatiempos inocentes —como ver videos de gatos o navegar por foros— en vicios que adormecen el alma para muchos usuarios. Ahora sabemos que esto no fue casualidad; los diseñadores de aplicaciones y las empresas de redes sociales estudiaron minuciosamente las técnicas de la industria de los videojuegos de Las Vegas para mantener a sus usuarios atrapados en un ciclo adictivo.

Sin embargo, existe otra razón por la que internet ha logrado convertirnos en una sociedad de adictos: sus ejecutivos, al igual que los de las grandes tabacaleras, sabían lo importante que era engancharlos desde temprana edad. «Si queremos ganar mucho con los adolescentes, debemos captarlos desde la preadolescencia», afirmaba una presentación interna de Instagram de 2018, revelada en recientes documentos judiciales. Los comerciantes del vicio siempre han sabido que los niños son la clave para asegurar ganancias a largo plazo. Pero la sociedad, al menos hasta la generación pasada, comprendía la importancia de fortalecer la familia para protegerlos.

PROTEGIENDO A LOS MÁS VULNERABLES

Existen al menos tres razones por las que la sociedad ha protegido instintivamente a los niños de las industrias del vicio.

En primer lugar, está el simple hecho de que los niños son bioquímicamente más propensos a este tipo de demanda desmedida que los adultos. De hecho, a menudo tenemos que hacer grandes esfuerzos para protegerlos incluso de sustancias que para la mayoría de los adultos representan solo una tentación moderada. Quizás bromeemos con ironía sobre nuestra afición por los dulces o nuestra debilidad por el chocolate, y nos estremezamos al mirarnos al espejo después de Navidad, pero rara vez compramos más de una chocolatina en una tienda de conveniencia, por mucho dinero que tengamos disponible. Un niño,

en cambio, podría comerse un cubo entero de caramelos de Halloween en una tarde si se le permitiera. El sistema límbico de los niños es simplemente mucho más fuerte en relación con su corteza prefrontal que el de los adultos; están programados para consumir insaciablemente y es probable que continúen haciéndolo sin la intervención de un adulto.

Esto es aún más cierto en el ámbito mental que en el físico. La llegada de internet, que de un plumazo resolvió el problema de la escasez de información que hasta entonces había aquejado a la mayor parte de la sociedad, reveló rápidamente que la estimulación puramente intelectual de la nueva información recibida a través de la vista podía secuestrar los circuitos de dopamina de nuestro cerebro con al menos la misma eficacia que cualquier cosa consumida por vía oral. Los niños, que nacen ávidos de nueva información y señales sociales, han demostrado ser casi biológicamente indefensos ante el abrumador flujo de estimulación visual y psicológica que ofrecen las redes sociales y la pornografía en línea en pantallas interactivas de alta resolución. Su curva de demanda, al parecer, se inclinaba hacia el infinito.

En segundo lugar, mientras que los adultos suelen resistir los impulsos adictivos superándolos racionalmente mediante la reflexión sobre las consecuencias a largo plazo, los niños no tienen esa suerte: son víctimas de una asimetría de información generalizada. Los niños simplemente desconocen gran parte del mundo, así como a los depredadores y oportunistas dispuestos a aprovecharse de su inocencia. No saben qué efectos tiene el tabaco en los pulmones, e incluso si se les explicara, las palabras tendrían poco significado para ellos. La mayor parte del conocimiento —al menos el que cala lo suficiente como para ser útil en la toma de decisiones morales— solo se adquiere mediante la experiencia. Los niños mayores pueden leer las etiquetas de advertencia, pero no podrán traducirlas en evaluaciones relevantes del riesgo relativo. Están más que dispuestos a sacrificar su salud y bienestar futuros en aras de la indulgencia presente.

Esto resulta especialmente trágico debido a la tercera razón por la que protegemos a los niños: quienes tienen menos capacidad para considerar las

consecuencias a largo plazo de su comportamiento son quienes están a punto de pagar el precio más alto. Desde un punto de vista puramente matemático, una adicción destructiva desarrollada a los 13 años tiene un precio más alto que pagar que a los 33 o a los 63. Pero, desde el punto de vista neuroquímico, también tienen muchas más probabilidades de desarrollar dicha adicción, dado que el cerebro de un adolescente de 13 años es altamente plástico. Las vías neuronales del adolescente aún se están formando y están profundamente influenciadas por sus hábitos de consumo, por lo que cualquier mala decisión que tome en su juventud puede tener consecuencias de por vida difíciles de superar.

Una sociedad que permite que sus hijos caigan presa de adicciones que debilitan sus cuerpos, embotan sus mentes y adormecen sus almas es una sociedad destinada a la decadencia: las ganancias de hoy se obtienen, por lo tanto, hipotecando nuestro futuro común.

LA NUEVA GUERRA CONTRA LA INFANCIA

Dos fuerzas han convergido, pues, para dar lugar a la naturaleza depredadora de la economía digital. La primera es su evolución hacia una economía del vicio en muchas de sus aplicaciones, optimizando los productos para la interacción del usuario de una forma que manipula la función cerebral y crea ciclos de retroalimentación adictivos. La segunda es la aplicación generalizada de la lógica del capitalismo a un mercado que antes era prácticamente inaccesible: el de los niños.

La mayoría de nosotros no hemos asimilado suficientemente la novedad de esta situación. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, los niños han permanecido prácticamente al margen del mercado. En la época premoderna, esto se debía a que el hogar, en su conjunto, funcionaba como una unidad de producción y consumo, y el ingreso discrecional de cualquier tipo era extremadamente raro. A medida que la economía industrial moderna comenzó a establecer una sociedad de consumidores individuales con dinero para gastar,

los niños generalmente no podían hacer más que simular su participación. Los padres podían permitirles ir a la tienda del pueblo a disfrutar de algunos dulces baratos o un batido, pero los límites físicos entre el hogar y el centro comercial, junto con las estrictas limitaciones al poder adquisitivo de los niños, significaban que dicha actividad comercial solía ser una distracción inocente en lugar de una ocasión para la explotación. Los cigarrillos eran bastante baratos, pero cuando el público tomó conciencia de la realidad de sus graves riesgos para la salud, la reacción contra las compañías tabacaleras se centró sobre todo en su perversa práctica de dirigir su publicidad a los niños. Sin duda, las empresas de juguetes obtenían la mayor parte de sus ingresos de los niños, pero sus ganancias siempre iban a estar limitadas por la capacidad de los niños para presionar a sus padres hasta que cedieran.

El auge de la tecnología digital lo cambió todo hasta un punto que aún no hemos asimilado del todo. Por primera vez, las empresas tecnológicas tuvieron acceso directo y sin intermediarios a los niños, salvo que sus padres pertenecieran a una rara estirpe que dominaba a la perfección la desconcertante gama de controles parentales. De repente, las curvas de utilidad invertidas de los niños, hasta entonces una mera curiosidad, se convirtieron en un asunto de urgente trascendencia social.

Por supuesto, la mayoría de los menores aún tenían un presupuesto limitado. Pero las empresas tecnológicas no ganaban dinero cobrando a sus clientes, sino promocionándolos. Meta podía presumir ante sus inversores de las altas tasas de interacción en Instagram de chicas de 13 años porque sabía que, si lograba engancharlas a su plataforma, moldear y rastrear su comportamiento, y luego vender sus datos a los anunciantes, se convertirían en una mina de oro que seguiría generando ingresos a medida que crecieran y llegaran a la edad adulta.

Este fenómeno coincidió con otro gran cambio en la economía digital: las enormes ganancias a escala. Si bien el valor real de por vida que Meta atribuía a cada una de estas clientas —270 dólares, según documentos judiciales— podría no haber sido mucho para una pequeña tienda que intentaba encontrar la manera de monetizar a sus jóvenes clientas, Meta podía multiplicar este valor

casi indefinidamente. El capitalismo industrial siempre había conocido las economías de escala, pero estas también estaban sujetas a rendimientos marginales decrecientes. Ford Motor Company podía reducir drásticamente su costo unitario al expandir su capacidad de producción, pero en algún momento, los costos de las materias primas, como el acero, el caucho y el cableado de cobre, impondrían un límite inferior a los costos de producción y, por lo tanto, un límite superior a las ganancias. Esto no sucede con muchas plataformas digitales. No hay un producto físico, ni un servicio de persona a persona; agregar 100.000 nuevas usuarias prácticamente no genera nuevos costos. La nueva economía digital recompensó las economías de escala como ninguna otra industria lo había hecho antes, haciendo plausibles nuevos modelos de negocio basados ??en cobrar a los anunciantes unos pocos centavos por clic para llegar a 100 millones de adolescentes.

LA INFANCIA NO ESTÁ EN VENTA

Si bien puede resultar inédito que los mercados exploten a los niños a esta escala, no es la primera vez que una industria busca aumentar sus ganancias reclutándolos para su maquinaria de producción. Durante la Revolución Industrial, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, millones de niños fueron obligados a trabajar en minas de carbón, fábricas textiles y fundiciones. Muchos perdieron la vida a causa de maquinaria peligrosa o accidentes industriales. Muchos más perdieron los mejores años de su vida en estos entornos oscuros y deshumanizantes, llegando a la edad adulta con pulmones dañados, cuerpos debilitados y mentes subdesarrolladas.

Como observó Chris Griswold en su influyente ensayo «Protegiendo a los niños de las redes sociales», la crisis que enfrentan los adolescentes hoy en día tiene más en común con aquella época anterior del capitalismo de lo que nos gustaría admitir. Sin duda, el número de víctimas de las redes sociales, por trágico que sea, sigue siendo afortunadamente pequeño en comparación con el de las fábricas. Pero la oscuridad mental que acecha en los laberintos de Discord

o OnlyFans puede ser tan tóxica para el alma como lo fueron para los pulmones los humos del carbón en las oscuras minas de Cornualles o Scranton.

Durante años, nos costó definir con precisión la naturaleza de la explotación digital. Al fin y al cabo, ¿cómo podían las empresas explotar a sus clientes si no les cobraban ni un céntimo? Todos hemos oído ya la respuesta: «Si no pagas por el producto, tú eres el producto». En otras palabras, los algoritmos adictivos de la economía digital se diseñaron para convertir a los usuarios en clientes de los anunciantes y venderlos. Esto se acerca más a la verdad, pero no del todo.

La realidad es que los usuarios de redes sociales —especialmente los usuarios más activos que pasan varias horas al día durante su adolescencia navegando, publicando y dando "me gusta"— no son principalmente sus clientes ni sus productos, sino sus trabajadores. En la economía digital, los datos son la moneda de cambio, y cualquiera que pueda generar semejante cantidad de datos es un valioso recurso para Meta y Google. Estas empresas no solo utilizan esos datos para crear perfiles publicitarios de sus usuarios; más recientemente, los emplean para desarrollar productos completamente nuevos mediante inteligencias artificiales generativas entrenadas con miles de millones de vídeos de YouTube y publicaciones de Reddit.

Así, mientras nos consolábamos pensando que al menos no nos cobraban un centavo por el producto adictivo que nos vendían, las empresas se reían a carcajadas por no tener que pagar ni un centavo por tanta mano de obra calificada. Y como en el siglo XIX, hoy también: los trabajadores más fáciles de explotar son los niños.

Desde la perspectiva del crecimiento económico, es fácil comprender por qué se querría incorporar a los niños a la economía, tanto como trabajadores como consumidores. Pero esto no hace más que reproducir el pacto con el diablo de la economía del vicio: saquear el futuro para vivir a lo grande en el presente. Los niños de hoy son los adultos del mañana, destinados a ser los líderes y pilares de la sociedad, y los padres y educadores de la próxima generación. ¿Qué

sucedará con nuestra cultura si les privamos de la oportunidad de crecer, atrapando sus mentes en un ciclo constante de gratificación instantánea? ¿Qué sucederá si los obligamos a crecer demasiado rápido, exponiéndolos a contenido explícito para adultos y a un entorno informativo abrumador antes de que hayan desarrollado las habilidades morales e intelectuales para procesarlo?

Hoy lo estamos comprobando por las malas. En 2024, el 45 % de los estudiantes que se graduaron de la escuela secundaria obtuvieron puntuaciones por debajo del nivel básico en la prueba de competencia matemática de la Evaluación Nacional del Progreso Educativo, mientras que en 2023, el 40 % de los estudiantes de secundaria "informó sentimientos persistentes de tristeza o desesperanza durante el último año". Tampoco se trata de una correlación sin causalidad, como Jared Cooney Horvath documentó extensamente en su mordaz estudio sobre la tecnología en el aula, *La ilusión digital*. La digitalización de la infancia ha aumentado las ganancias de un puñado de megacorporaciones, mientras que ha mermado nuestra futura economía de trabajadores cualificados y pensadores lúcidos.

Cuando los reformadores sociales de finales del siglo XIX hicieron campaña para alejar a los niños de las fábricas y mantenerlos alejados de los mercados, no solo contaban con sentimientos de compasión, sino también con una lógica fría. Si bien antes era costumbre que los niños trabajaran en el campo en cuanto podían manejar una azada, la expansión de la alfabetización pronto dejó claro lo mucho más valiosos que podrían ser esos niños algún día si se protegía su infancia para que recibieran educación formal. Una sociedad que puede permitirse mantener a sus hijos en la escuela hasta los 18 años, aprendimos, es una sociedad que podrá permitirse muchos más lujos en los años venideros, ya que estos niños devolverán con creces todo lo que la sociedad ha invertido en ellos.

Hoy en día, seguimos escolarizando a nuestros hijos hasta los 18 años, pero pasan gran parte del tiempo navegando por internet en lugar de aprender. El resultado, como era de esperar, es un descenso drástico en las calificaciones y

una generación totalmente desprevenida para la noble vocación de la ciudadanía democrática, e incluso para la más modesta vocación del mercado laboral productivo.

DEVUELVAN A LOS GUARDIANES DE LA PUERTA

Si queremos proteger a los niños en la era digital, debemos empezar por proteger la infancia, lo que puede requerir cambios políticos y culturales más radicales de lo que muchos defensores han previsto. Jonathan Haidt ha escrito con elocuencia sobre el auge de la "infancia digital", pero este término es inapropiado, pues la infancia presupone límites claros entre las experiencias infantiles y adultas. En cambio, los niños han sido introducidos de inmediato en el mundo adulto, ya sea a través de las redes sociales, desorientadoras y abrumadoras, o en los rincones más oscuros y perturbadores del mundo adulto, como los sitios web de pornografía. Como resultado, se les ha arrebatado la infancia: sus cerebros, desprevenidos para tales experiencias, han sido manipulados y su desarrollo se ha visto truncado.

Nuestra sociedad comprendió en algún momento que los jóvenes, al igual que las plantas o los animales, son frágiles durante su desarrollo, por lo que debíamos protegerlos y apoyarlos de forma especial para aumentar sus posibilidades de llegar a la edad adulta fuertes y maduros. En muchas culturas tradicionales, existían rituales formales que marcaban este límite fundamental entre la niñez y la adultez. Había ciertos lugares a los que solo los adultos podían ir, ciertas conversaciones en las que solo los adultos podían participar y ciertas actividades en las que solo los adultos podían involucrarse. La vida de una persona podía ser muy diferente después de cruzar ese límite.

Lejos de ser reliquias de sociedades tradicionales que el mundo moderno ha dejado atrás, Neil Postman argumentó en *La desaparición de la infancia* que la era moderna presenció, de hecho, el fortalecimiento de estos límites y la prolongación de la niñez. La gente reconoció que la creciente complejidad de la sociedad y las exigencias de la alfabetización hacían más necesario, y no menos,

proteger a los niños y prepararlos para el mundo. Este creciente compromiso con la defensa de la niñez, sostenía Postman, permitió que la civilización occidental alcanzara su máximo esplendor. Si no podemos proteger la niñez como tal, tampoco tendremos la adultez tal como la conocemos y como la exige la civilización: con individuos maduros y plenamente formados, capaces de controlar sus deseos, cumplir sus compromisos y distinguir la fantasía de la realidad.

Ya en la década de 1990, Postman lamentaba cómo el auge de los medios de comunicación de masas derribaba las barreras de la infancia por doquier. Pero incluso los anuncios televisivos solo podían convertir a los niños en *potenciales* clientes; los pequeños aún tenían que arrastrar a sus padres a la tienda para acceder al mercado. Una década después, el mercado en línea llegó directamente a los hogares, y una década más tarde, al bolsillo de cada niño.

Todo esto se justificó, y aún se justifica, en la ampliación del acceso al conocimiento. Se nos invitó a subirnos a la "superautopista de la información" que nos llevaría a un futuro brillante y aceleraría enormemente lo que se había convertido en la tediosa y costosa tarea de la educación, al permitir que los niños tuvieran el conocimiento del mundo al alcance de la mano. Cada nueva barrera se derribó en nombre de este beneficio evidente de la información: internet de banda ancha, el teléfono inteligente, las redes sociales y la tecnología en las aulas.

Pero si la tecnología de la información más reciente, la inteligencia artificial, ha de cumplir con las expectativas de sus promotores, será porque, en definitiva, es una tecnología para limitar y filtrar la información, y padres y profesores deberían utilizarla en consecuencia. Porque la educación es una cuestión de formación, no de información, y dicha formación requiere una restricción reflexiva de la información, dosificándola gradualmente en el momento adecuado, como bien sabe cualquier buen profesor. No se introducen verbos irregulares en el primer año de latín ni números irracionales en aritmética de tercer grado.

Esto es aún más cierto en el caso de la información que moldea nuestra voluntad y nuestra alma. Consideremos uno de los temas más importantes sobre los que se debe educar a los niños para que tengan una vida adulta plena: su sexualidad. Hoy en día, el niño promedio de 12 años con un teléfono inteligente tiene fácil acceso a información sobre sexo: con solo unos toques o deslizamientos, puede leer o ver cualquier acto sexual imaginable, ya sea realista o irreal, legal o ilegal. Lejos de liberar a los niños para que disfruten de su sexualidad, este sistema ha provocado no solo una drástica disminución en la formación de familias y la natalidad, sino también en la actividad sexual entre los jóvenes, así como un aumento vertiginoso de la disfunción sexual y la infelicidad.

El acceso a la información sexual no ha propiciado la formación sexual. Más bien, ha provocado el colapso de la familia en su función cultural fundamental como "una estructura... para la gestión de la información" (como escribió Postman en *Tedhnopoly*), lo que ha acelerado el colapso de la familia incluso en su forma más básica como estructura sexual y biológica.

La recuperación de la infancia, por tanto, requerirá la reorganización de la familia en esta tarea civilizatoria fundamental de la regulación de la información, con los padres actuando como guardianes de la información al servicio de la formación moral. La economía digital ha derribado estas barreras, inundando el hogar con una cacofonía de voces extranjeras y bombardeando la infancia con contenido que moldea los gustos infantiles y vídeos que los enganchan de por vida. El resultado, como estamos descubriendo, es una intensificación aún mayor de la economía del vicio, contra la cual la principal arma de la sociedad no es la ley, sino la costumbre y la enseñanza moral.

Si los vicios son virus que se propagan por contagio social, una cultura debe mantenerse alerta para preservar su inmunidad moral. A menos que una masa crítica de ciudadanos llegue a la edad adulta sabiendo que "la gente decente no hace esas cosas", la población ya no tendrá inmunidad colectiva contra la influencia de las industrias del vicio.

UN CAMINO DE REGRESO A LA CORDURA

Nuestros legisladores por fin están empezando a comprender este grave problema, como lo demuestra una serie de leyes recientes que restringen la edad para acceder a la pornografía en línea y prohíben los teléfonos en las escuelas. Sin embargo, la mayoría apenas ha comprendido las fuerzas que influyen en este problema y hasta qué punto esta disolución de la familia, impulsada por el mercado, no tiene precedentes históricos.

A medida que la IA acelera la adicción a muchos productos digitales y amenaza con infiltrarse en la relación paterno-filial, convirtiéndose en la confidente más cercana de muchos niños, es fundamental que los responsables políticos actúen con rapidez y contundencia para intentar frenar estos daños. En última instancia, también deberán prestar atención a la lógica de la economía del vicio que subyace a muchas plataformas digitales y considerar cómo limitar sus efectos más destructivos en los adultos. Sin embargo, las intervenciones para proteger a los niños son mucho más viables política y legalmente, y mucho más eficaces para proteger a los más vulnerables antes de que desarrollen conductas adictivas.

Dicho esto, los responsables políticos que deseen intervenir deben aprender a distinguir claramente entre los tipos de daños que pretenden abordar y las mejores herramientas políticas para ello. Si bien la novedad del entorno digital a veces nos ha desorientado en nuestra búsqueda de soluciones legislativas, existen varios paralelismos con el siglo XX en nuestros diversos intentos por proteger a la infancia de las nuevas amenazas tecnológicas y económicas.

La primera y más obvia medida es la regulación de sustancias y comportamientos adictivos, como el alcohol, el tabaco y el juego. Al reconocer que se trata de vicios que tienden a explotar especialmente a los niños, desde hace tiempo hemos impuesto restricciones de edad a estos productos mediante leyes estrictas que impiden a los menores comprarlos o consumirlos, y a menudo, al menos en principio, incluso restringen a los padres la compra de

estos productos para sus hijos. Muchas de estas leyes datan de la misma época que las primeras restricciones al trabajo infantil, cuando los estadounidenses de finales del siglo XIX tomaron conciencia de cómo la creciente economía de mercado amenazaba con devorar por completo a la siguiente generación.

En la medida en que muchas plataformas digitales son prácticamente indistinguibles de los narcóticos o los juegos de azar en línea, sin duda parece razonable, en principio, tratarlas de manera similar. Las sentencias de gran alcance sobre la Primera Enmienda tendieron a frenar tales medidas durante gran parte de la generación pasada, pero en los últimos años, los legisladores se han atrevido a aplicar tales restricciones a la pornografía, que no solo es adictiva, sino también profundamente antisocial y perjudicial para el desarrollo infantil. Queda por ver hasta qué punto esta lógica se extenderá a otras drogas digitales más ambiguas.

En segundo lugar, también contamos con una larga tradición en la definición de espacios exclusivos para adultos. Con frecuencia, estos espacios se dedican principalmente a la compra de bienes y servicios prohibidos para menores (como bares o clubes nocturnos), por lo que estas leyes podrían parecer meras extensiones de la categoría anterior. Sin embargo, también reflejan una comprensión más amplia de que existen contextos en los que los adultos deben sentirse libres de comportarse como tales con otros adultos, de modo que la presencia de menores no solo obstaculizaría a los adultos, sino que también corrompería a los jóvenes.

Muchos de los peores impactos de las redes sociales se deben a nuestra incapacidad para respetar esta característica de sentido común del mundo físico al diseñar estas plataformas. En principio, podrían existir plataformas sociales en línea saludables para adolescentes, si estuvieran diseñadas específicamente para ellos y se limitaran a su uso. Ante la enorme presión pública, las empresas han comenzado a avanzar en esta dirección (sobre todo con el reciente e histórico acuerdo de Meta con los fiscales generales estatales). Pero aún queda mucho por hacer.

Finalmente, y aún más fundamental que todo lo anterior, se encuentra una característica ancestral del derecho consuetudinario: que los contratos con menores son anulables. Dado que la protección de la infancia y la autoridad de los padres son tan importantes, generalmente se ha entendido que ninguna empresa puede establecer una relación comercial vinculante y continua con un menor sin el consentimiento de sus padres. Claro, un niño podría ir a una tienda de todo a cien a comprar un refresco sin permiso, pero si quisiera abrir una cuenta bancaria, necesitaría la firma de uno de sus padres.

Dado que la mayoría de las plataformas digitales no se pueden usar sin aceptar un extenso acuerdo de términos de servicio, cabe preguntarse cómo pudimos permitir que Apple o Meta firmaran estos contratos con menores de 13 años; contratos que, como hemos visto, se asemejan a prácticas de explotación laboral infantil. El reciente impulso a la Ley de Responsabilidad de la App Store, aprobada en cuatro estados y en consideración en el Congreso, representa una tardía comprensión de que todas estas relaciones contractuales deben ser reconocidas por lo que realmente son: mercados que explotan las asimetrías de información para captar y monetizar a menores. Por lo tanto, estipula que no solo las compras dentro de la aplicación, sino cada descarga de una aplicación, requiere la aprobación previa de los padres.

Este nuevo enfoque legislativo presenta múltiples ventajas. Por un lado, evita hábilmente los problemas relacionados con la Primera Enmienda que han obstaculizado muchos otros intentos de regulación tecnológica, ya que se basa en la conducta (la celebración de un contrato), no en el contenido. Por otro lado, evita la espinosa cuestión de cuáles de estas aplicaciones y plataformas son tan perjudiciales que deberían limitarse a los adultos; si un padre quiere que su hijo use Grok, es libre de aprobar la aplicación, aunque podamos deplorar esta decisión. Lo mejor de todo es que este enfoque replantea el debate sobre la seguridad infantil en línea en torno a la que debería haber sido la pregunta central desde el principio: ¿Deberían los mercados tener acceso directo a los niños?

La respuesta a esa pregunta debe ser "no" y, en el caso de las industrias del vicio que constituyen la mayor parte de la tienda de aplicaciones, "¡ni hablar!".

PROTEGER LA INFANCIA

Los conservadores alguna vez comprendieron visceralmente que, en la lucha entre el Estado y la familia, los padres deben conservar su derecho fundamental a dirigir la crianza de sus hijos. En la década de 1990, estallaron de indignación cuando Hillary Clinton se atrevió a defender las bondades de la educación pública al afirmar que "se necesita una comunidad entera para criar a un niño". Las batallas por los derechos parentales en las escuelas públicas siguen dominando la guerra cultural. Pero si los conservadores saben intuitivamente que el burócrata no debe interponerse entre ellos y sus hijos, ¿por qué han dado vía libre al publicista y al pornógrafo?

Si las cuatro paredes del hogar son el fundamento sobre el que se asienta una sociedad libre, deben protegerse de las intrusiones no deseadas tanto del Estado como del mercado. Durante la última generación, hemos permitido que estas paredes se disuelvan bajo el ácido corrosivo de la economía digital, hipotecando el futuro de nuestra civilización a cambio de la comodidad de niñeras portátiles gratuitas. Deslumbrados por las promesas de la era de la información, abrimos la puerta a las empresas que prometían ampliar los horizontes de nuestros hijos, impulsar su educación y abrir sus mentes. En realidad, estos mineros de datos querían abrir sus mentes por la misma razón que una empresa de fracking quiere abrir una formación rocosa: para obtener ganancias más rápidamente.

Hoy nos hemos percatado del peligro que corremos. ¿Podemos rectificar antes de que sea demasiado tarde?

Brad Littlejohn es director de programas y asesor de políticas en American Compass.

Este artículo se publicó en [National Affairs](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Tecnocapitalismo: así está cambiando la tecnología las estructuras de poder en el mundo

Víctor Climent Sanjuán

The Conversation

La irrupción de la Cuarta Revolución Industrial está suponiendo una profunda transformación tecnológica de las sociedades desarrolladas como consecuencia del impulso de la inteligencia artificial (IA), la robótica y la digitalización de la economía y la sociedad.

Esta nueva realidad ha implicado el desarrollo de un nuevo modelo económico y social denominado [tecnocapitalismo](#) donde los datos, los algoritmos, las plataformas de IA generativa y el conocimiento se convierten en las principales fuentes de riqueza y poder.

En otras palabras, mientras la Cuarta Revolución Industrial aporta las tecnologías, el tecnocapitalismo desarrolla el sistema que permite que estas sean utilizadas para generar beneficios, organizar la producción, mejorar la productividad y, sobre todo, para establecer nuevos mecanismos de control social y una nueva estructura de poder.

Este último punto es uno de los más relevantes tanto por su trascendencia política como social. La evolución hacia el tecnocapitalismo supone la irrupción de nuevos actores, muy ligados a la revolución tecnológica, que paulatinamente están sustituyendo a la antigua clase dominante de la Globalización.

Nos referimos a una [burguesía](#) muy vinculada a los grandes grupos y organismos financieros y a las grandes corporaciones empresariales que ejerce poder a través del manejo e influencia en las principales instituciones globales e internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Central Europeo, la Unión Europea o el G7.

Los grandes magnates que mandan en el mundo

Este proceso de sustitución de los grupos dominantes viene determinado por variables que ya no responden a los mecanismos clásicos. La nueva gobernanza se fundamenta en el poder del algoritmo, en el control del comportamiento social y en la gestión de los metadatos de la identidad individual y colectiva de la sociedad.

Y sus principales protagonistas ya no son los directivos de grandes corporaciones empresariales que poseen un gran poder de decisión, pero apenas disponen de un porcentaje de propiedad. En la actualidad, la mayoría de las grandes empresas tecnológicas están [gestionadas por magnates](#) que acumulan un inmenso poder y una enorme riqueza.

Otro hecho relevante, desde una perspectiva política, es que la mayoría de propietarios de las grandes tecnológicas, especialmente las norteamericanas, son personas muy cercanas al trumpismo o a movimientos de extrema derecha. Son personajes que defienden abiertamente postulados autoritarios como [el supremacismo blanco](#), la redefinición del sistema democrático o [la legitimidad de utilizar la fuerza militar para que unas naciones impongan su voluntad a otras](#), sin importar el orden internacional ni sus principales instituciones como Naciones Unidas o la Corte Penal Internacional.

Entre otros, Elon Musk (X, Tesla, SpaceX), [Peter Thiel](#) (fundador de Palantir) o Alex Karp (consejero delegado de esta compañía) son un buen ejemplo de esta dinámica social que busca, a través de las redes y del algoritmo, modelar la opinión pública, especialmente las generaciones más jóvenes, para introducir cambios sociales estructurales destinados a dinamitar las viejas democracias occidentales.

Tecnoautoritarismo y nuevas guerras

Sin embargo, el punto más complejo de este análisis consiste en comprender cómo el [tecnoautoritarismo](#) de esta nueva clase dirigente consolida una nueva estructura de poder. Históricamente, las actividades o espacios de “gobernanza crítica” (control social, sistemas de inteligencia, seguridad, defensa, objetivos militares, etc..) siempre han sido gestionados por los gobiernos y por las principales estructuras del Estado.

No obstante, en los últimos años, estos modelos de control social, e incluso algunas decisiones de los altos mandos militares muy relacionadas con los objetivos militares de una guerra, [empiezan a ser administrados por determinadas empresas suministradoras de *software* e IA](#).

Estas plataformas tecnológicas, a través de sus sistemas operativos, se infiltran en las grandes estructuras de los Estados y, poco a poco, van substituyendo determinadas capacidades decisorias, propia de los gobernantes, para

convertirse en “infraestructuras soberanas” que, al margen del control público, privatizan y monetizan infinitud de megadatos. Y estos, posteriormente, permiten reescribir las reglas del control social, las relaciones de poder y las guerras presentes y futuras.

Veamos un ejemplo: Un determinado ejército suscribe un convenio de colaboración con un contratista que suministra un *software* y un algoritmo (IA) que se convierte en el sistema operativo, por defecto, de la inteligencia en el campo de batalla, de la logística y de la elección de los objetivos de guerra.

Lo cierto es que la capacidad de ataque de estos sistemas automatizados con aprendizaje generativo incrementa brutalmente el número de objetivos de guerra y su capacidad de destrucción. Pero también implica que, en este caso, el ejército “ceda” una parte de su capacidad de decisión y muchas otras iniciativas de guerra a un algoritmo que está controlado por una empresa privada. Es decir, se produce un trasvase de soberanía y de gobernanza crítica, propia del Estado, a un consejo de administración controlado por intereses privados.

El desprecio a la democracia de los tecnócratas

Por otra parte, todo este proceso de sustitución de las clases dominantes no sería posible sin la llegada al poder de los partidos políticos de extrema derecha. Las iniciativas de estos gobiernos no solo consisten en impulsar políticas inmigratorias excluyentes, establecer pautas de extrema polarización política o practicar un ultranacionalismo militante. Además, sus políticas [persiguen el desprecio más absoluto hacia el modelo democrático](#), buscan el control social a través de las redes y, sobre todo, pretenden la total desregulación del espacio económico y político del Estado.

Y es en este contexto de cambio social, donde las nuevas estructuras de poder pueden desarrollar su verdadero potencial de crecimiento e innovación, sin las cortapisas regulatorias de los viejos sistemas democráticos.

En otras palabras, el proceso de digitalización social, la robotización y la implementación de la IA generativa están propiciando cambios profundos en el ámbito económico y productivo [y en las relaciones de poder de nuestras sociedades](#).

Y el desarrollo de esta nueva revolución industrial será más positivo o más negativo para la humanidad en función de la capacidad adaptativa de las viejas democracias a la nueva realidad social y de la limitación de poder de los nuevos actores sociales.

Solo desde la regulación y el control público de la nueva “gobernanza algorítmica” será posible establecer un nuevo contrato social que permita que las nuevas tecnologías redunden en beneficio de la humanidad.

Víctor Climent Sanjuán, Profesor Titular de Sociología, Universitat de Barcelona

Este artículo se publicó en [The Conversation](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Si la IA tiene una posibilidad entre cinco de destruirnos, ¿qué hacemos con las otras cuatro?

Nicolas Miaillhe

El Mundo

La seguridad de la IA necesita un acuerdo entre EEUU y China que incluya la automejora recursiva y el riesgo de escalada de las crisis. La visita de Xi Jinping a Washington y las próximas cumbres pueden ofrecer una oportunidad

Jacob Coxon, investigador de Anthropic, dimitió alegando que la industria hace caso omiso del riesgo de que la IA pueda aniquilar a la humanidad. Días después, Dario Amodei, director ejecutivo de Anthropic, publicó un ensayo en el que explicaba cómo y por qué la industria y los gobiernos deben unirse para

ralentizar el desarrollo de la **IA de frontera** y evitar que escape al control humano. Otros se sumaron rápidamente.

Nada de esto es nuevo. Geoffrey Hinton, destacado informático conocido como el «padrino de la inteligencia artificial», estimó antes que nadie entre un 10% y un 20% la probabilidad de que una IA avanzada pueda acabar con la humanidad en los próximos 30 años. Aunque suene alarmante, eso implica **una probabilidad de supervivencia del 80% al 90%**. Entonces, ¿cómo aumentamos las probabilidades de alcanzar ese desenlace más seguro?

Hay maneras de acercar a la humanidad al lado más seguro de las probabilidades de Hinton. Nada está garantizado, pero algunas condiciones marcarían la diferencia.

La cooperación entre Estados Unidos y China es un foco evidente, ya que son los países con mayor influencia sobre el futuro de la IA. La propuesta de Amodei, que contempla evaluadores externos integrados, umbrales de capacidades y una vía hacia estándares compartidos, constituye un sólido punto de partida, pero no puede proceder de una sola empresa. Otros actores, incluidos los gobiernos, tienen que estar de acuerdo.

La ralentización debería ser una condición previa y un objetivo inmediato, para ganar tiempo y construir tres mecanismos de evaluación: **verificación frente al desarrollo y despliegue clandestinos**, evaluación independiente de capacidades peligrosas y seguimiento colectivo de incidentes con protocolos de crisis.

Hay precedentes de que China y Estados Unidos se unan para evitar riesgos compartidos. En noviembre de 2024, Washington y Pekín acordaron que las decisiones sobre armas nucleares no deberían delegarse en la IA. Eso no puso fin a la rivalidad, ni pretendía hacerlo. El objetivo era abordar una preocupación **compartida sobre la toma de decisiones nucleares**.

La seguridad de la IA necesita un canal similar. Las conversaciones entre el Tesoro estadounidense en Washington y los responsables de la planificación económica en Pekín se centran en la estabilidad financiera y en **el uso indebido por parte de actores maliciosos**. Ese programa podría ampliarse para incluir la pérdida de control, la automejora recursiva y la escalada de las crisis. Con la visita prevista del presidente Xi a Washington este mes y varias grandes cumbres en el horizonte, existe una oportunidad.

Estos canales no deben improvisarse. Una vía realista parte de compromisos voluntarios entre laboratorios y medidas para impulsar evaluaciones independientes, posiblemente reforzadas mediante incentivos contundentes. Esto debería conducir a normas más formales y vinculantes y a un organismo internacional encargado de hacerlas cumplir.

Más allá de la diplomacia entre Estados Unidos y China, la colaboración entre otros países podría aportar equilibrio al ecosistema mundial de la IA. **Muchas «potencias intermedias» quieren tener voz en los estándares** que configuran sus sociedades, pero carecen de la capacidad de computación necesaria para desarrollar modelos de frontera que compitan con los líderes. Estados Unidos concentra aproximadamente el 75% de la capacidad mundial de computación para IA, China el 15% y la Unión Europea alrededor del 5%.

Poner en común los recursos, **un enfoque que algunos denominan «el CERN de la IA»**, les daría capacidad de influencia y permitiría impulsar la evaluación, además de proporcionarles una legitimidad mayor para participar en procesos de verificación que permitan exigir responsabilidades a todos. En lugar de intentar **construir campeones nacionales**, podrían combinar instituciones públicas de investigación, presupuestos de computación y conocimientos técnicos en programas compartidos de seguridad para la IA de frontera. Repartirían el elevado coste de entrenar modelos y construirían sistemas con garantías de seguridad integradas.

Hay señales positivas. **Australia, Canadá, la UE, Francia, Japón, Kenia, Corea y Singapur** ya cooperan a través de una red de institutos de seguridad de la IA gestionada ahora desde el Reino Unido. Nueve de las 12 principales empresas de IA establecen umbrales a partir de los cuales un modelo adquiere suficiente potencia como para justificar una cautela adicional, pero mueven la portería a medida que se intensifica la carrera, por miedo a perder su ventaja. No existe un criterio común. Cada empresa decide por sí misma.

Después de los incidentes relacionados con la IA de este verano y de las declaraciones de la semana pasada, **la autoevaluación no inspirará confianza pública**. Expertos independientes, dotados de los recursos necesarios para verificar que los controles de acceso, la supervisión y los mecanismos de apagado funcionan, ofrecen una vía más creíble, del mismo modo que la aviación registra los incidentes que estuvieron a punto de convertirse en accidentes para detectar el peligro antes de que llegue el desastre.

La última condición es menos dramática, pero no por ello menos crucial: un vocabulario compartido para los riesgos de la IA de frontera que permita una gobernanza internacional coordinada. Aunque **la Asamblea General de la ONU** de este mes no producirá un acuerdo vinculante, no debería juzgarse con ese criterio. Su valor está en otra parte.

Antes de que los gobiernos puedan ponerse de acuerdo sobre qué hacer, tienen que ponerse de acuerdo sobre aquello de lo que están hablando, y después decidir hasta dónde están dispuestos a llegar para evitar una catástrofe.

Existen precedentes en la gestión de riesgos globales. Pensemos en la diplomacia del ozono. El **Convenio de Viena de 1985** no estableció límites vinculantes para las sustancias que agotan la capa de ozono, sino únicamente definiciones comunes y un foro para comparar datos. Siete semanas después, los investigadores publicaron el descubrimiento de un agujero en la capa de ozono. Dos años más tarde, ese marco se convirtió en el Protocolo de Montreal, vinculante y dotado de mecanismos de aplicación.

Primero llegaron las definiciones y los encuentros. Después de que las pruebas se volvieran incontestables, llegó una acción rápida y vinculante. Puede ocurrir lo mismo con la IA: primero medidas voluntarias y definiciones compartidas, después normas vinculantes cuando las pruebas y la voluntad sean incontestables, con **el compromiso regional convirtiéndose en global**.

Mucho dependerá de cómo respondan los laboratorios chinos y Pekín al llamamiento de Amodei. Su respuesta demostrará si la voluntad de ralentizar es realmente compartida.

Nada de esto garantiza los cuatro quintos más seguros de las probabilidades de Hinton. Los científicos siguen discrepando sobre la magnitud del riesgo catastrófico, y los gobiernos tienen abundantes razones **para aplazar decisiones difíciles**. Pero estos pasos demostrarían, como mínimo, que no estamos dispuestos a resignarnos a la probabilidad.

La advertencia de Hinton pretendía inquietarnos. También debería recordarnos que la mayor parte del futuro sigue sin estar decidida y que todavía está en nuestras manos darle forma. Pero el tiempo se agota, y no hay vuelta atrás después de una pérdida de control.

Nicolas Miailhe es cofundador de AI Safety Connect, una plataforma de diplomacia Track 1.5 que reúne a gobiernos, laboratorios de IA de vanguardia y la sociedad civil en torno a la seguridad y gobernanza de la IA

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



La advertencia de Pérez-Reverte ante el apocalipsis digital

Lisandro Prieto Femenía

Elpensador.io

El filósofo Lisandro Prieto recoge la advertencia del escritor Arturo Pérez-Reverte en torno a la posibilidad de que se nos venga encima un apocalipsis digital.

“La técnica, cuya esencia es el Encuadramiento, es el peligro supremo, pues amenaza al hombre en su esencia misma, cerrándole el acceso a una verdad más originaria y sustancial” – Heidegger, 1954/1994, p. 25

Hoy quiero invitarlos a reflexionar sobre unas declaraciones de [Arturo Pérez-Reverte](#), expuestas en un artículo titulado “*Me da miedo por mi hija... va a venir*”

el apocalipsis digital y va a ser muy desagradable” (2025; [Lecturas](#)). Dichas apreciaciones, cargadas de un sombrío vaticinio sobre el advenimiento de un “apocalipsis digital”, son una señalización ontológica sobre la fragilidad en la que se encuentra nuestra [civilización](#). Cuando el escritor manifiesta su temor por el futuro de su hija en un mundo que se torna “desagradable”, está señalando una fractura en la continuidad de la [experiencia humana](#).

Este apocalipsis no implica una aniquilación física, sino una erosión de los cimientos culturales que permitían al individuo interpretar la realidad con cierto grado de autonomía. El riesgo fundamental reside en que la [digitalización](#) absoluta del ser ha comenzado a devorar la [memoria histórica](#), dejando al sujeto desprovisto de los instrumentos críticos necesarios para resistir a la manipulación de los algoritmos. En su intervención, el académico advierte que la estructura que sostenía la transmisión del saber se ha quebrado, dando paso a una intemperie intelectual donde la información de baja calidad sustituye al verdadero [conocimiento](#).

Aquella transición hacia lo que podríamos denominar una “existencia líquida” encuentra su eco en el pensamiento de [Zygmunt Bauman](#), quien, en su obra titulada “*Modernidad líquida*”, advirtió que nos encontramos en una etapa donde las estructuras sociales y culturales han perdido su solidez, fluyendo sin dejar huella ni permitir arraigo alguno. Al respecto, el autor sostenía que, en nuestra era, la cultura ya no se percibe como una estructura de aprendizaje y formación de sabiduría, sino de consumo inmediato. Según sus propias palabras, “*la cultura de la modernidad líquida ya no siente que es una cultura de aprendizaje y acumulación, sino una cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido*” (Bauman, 2000, p. 167).

Esta posibilidad de desconexión con el pasado es precisamente la que Pérez-Reverte identifica como el núcleo de la catástrofe que se viene gestando paulatinamente hace más de dos décadas, pues una sociedad que habita un presente perpetuo y digitalizado es una sociedad totalmente incapaz de proyectar un futuro con sentido propio y profundo. La inmediatez que

denuncia el escritor español no es otra cosa que la victoria aplastante de la **obsolescencia programada** aplicada al pensamiento humano.

Consecuentemente, la advertencia de Pérez-Reverte sobre la llegada de un tiempo “desagradable” se vincula estrechamente con la preocupación que tenía **José Ortega y Gasset** respecto al predominio de lo que él denominó la “hiperdemocracia”. En su obra fundamental titulada *“La rebelión de las masas”*, Ortega describe un tipo de hombre que, carente de proyectos y de memoria histórica, se siente dueño de una técnica que no comprende y que utiliza para imponer sus deseos inmediatos. Para el filósofo madrileño, este “hombre-masa” es aquel que “se siente perfecto” y que no admite ningún tipo de autoridad superior a su propia opinión trivializada y decadente. En este sentido, Ortega sostiene que *“la historia es la realidad del hombre. No tiene otra. En ella se ha hecho tal como es. Negar el pasado es absurdo e ilusorio, porque el pasado es lo natural del hombre, que vuelve a galope”* (Ortega y Gasset, 1930/2005, p. 114). El apocalipsis digital que vaticina Pérez-Reverte es, en términos orteguianos, la culminación de este proceso de **deshistorización**, donde el individuo, encerrado en su propia pantalla, cree haber superado la necesidad de la herencia cultural, ignorando que es precisamente esa herencia la que le otorgaba la condición de persona.

Atendiendo a este último punto, es crucial entonces interpretar que, para Pérez-Reverte, esta pérdida de espesor histórico es equivalente a un desarme moral que deja a las sociedades de todo Occidente, y especialmente a sus jóvenes, en una situación de vulnerabilidad extrema ante la posibilidad de un conflicto real o un cataclismo global. El autor denuncia con frecuencia la “soberbia de los tiempos de paz”, esta ilusión de que la estabilidad y el confort son derechos naturales y permanentes.

Particularmente, en su obra *“Los barcos se pierden en tierra”*, reflexiona sobre cómo la falta de contacto con la aspereza del mundo real ha atrofiado el instinto de supervivencia. Según su perspectiva, hemos construido una sociedad de “niños sobreprotegidos” que carecen de la estructura psicológica para afrontar

la tragedia. Al respecto, el autor indica con crudeza que *“hemos educado a las nuevas generaciones en la idea de que la vida es un centro comercial con aire acondicionado, y cuando el aire acondicionado se corte, no sabrán ni cómo respirar”* (Pérez-Reverte, 2011, p. 89). Esta orfandad de mecanismos de defensa no es solo técnica, sino espiritual, puesto que se trata de una incapacidad de comprender que el horror forma parte inexorable de la existencia propiamente humana.

Paralelamente, esta “indefensión aprendida” ante la tragedia conecta con el **sentimiento trágico de la vida** de **Miguel de Unamuno**. El filósofo bilbaíno defendía que la verdadera humanidad surge de la lucha agónica por la trascendencia y el reconocimiento de nuestra propia mortalidad. En este sentido, Unamuno sospechaba de toda civilización que intentara anestesiar el dolor a través de la comodidad superficial. En su obra magna, “Del sentimiento trágico de la vida”, afirma que *“el hombre es tanto más hombre, esto es, tanto más divino, cuanto más capacidad tiene para el sufrimiento, o mejor dicho, para la angustia”* (Unamuno, 1913/2005, p. 198).

Como podrán apreciar, la **sociedad digital** que Pérez-Reverte critica sería, para Unamuno, una sociedad que huye de la angustia existencial a través de la distracción tecnológica. Al eliminar el peso de la historia y el desafío de las dificultades, el mundo digital despoja al individuo de su “hombría” (en el sentido unamuniano), convirtiéndolo en un ser etéreo, sin raíces ni capacidad de sostenerse ante el vendaval de la realidad. En definitiva, queridos lectores, el miedo que Reverte (y muchos de nosotros) siente por su hija es el miedo a que viva en una paz ficticia y perversa que la deje desarmada ante el inevitable retorno del conflicto.

Adicionalmente, en su novela “*El club Dumas*”, el autor nos recuerda que los **libros** poseen una vida propia que custodia los secretos de nuestra identidad frente al caos del exterior. Allí se afirma que *“un libro es la única prueba de que el hombre sea, quizá, algo más que un simple error de la naturaleza”* (Pérez-Reverte, 1993, p. 112). Al perder el contacto con la palabra escrita y la narrativa de largo

aliento, el individuo posmoderno se sumerge en lo que él denomina una “barbarie de corbata”, donde la tecnología oculta un vacío espiritual abismal. La amenaza digital, por tanto, no es solo la pérdida de la privacidad, sino la amputación de la capacidad de reconocer el mal y la tragedia, elementos que la **literatura clásica** nos enseñaba a gestionar con dignidad y estoicismo. Al desterrar el estudio de la historia y las **humanidades**, se ha privado a la juventud de los mapas necesarios para navegar en tiempos de tormenta, dejándolos a merced de una sentimentalidad estéril y vacua que se desmoronará ante el primer oleaje de realidad.

Por consiguiente, amigos míos, la preocupación por las generaciones actuales radica en que estas representan el último eslabón con el mundo analógico, aquel donde el libro y la reflexión pausada fungían como escudos ante la barbarie. El **mundo digital**, por el contrario, nos sumerge en una apariencia de transparencia que, lejos de liberarnos, nos esclaviza bajo el yugo pervertido de la visibilidad constante. Al respecto, **Byung-Chul Han**, en su análisis sobre la crisis de los objetos en “*No-cosas: Quiebras del mundo de hoy*”, argumenta que la información ha sustituido a las cosas, despojándonos de la estabilidad que nos brindaba el entorno físico. El filósofo coreano declara con lucidez que “*la digitalización desmaterializa y descorporeiza el mundo; en lugar de guardar recuerdos, almacenamos datos*” (Han, 2021, p. 14). Así, pasamos de tener álbumes de fotografías que, al mirarlas, sentíamos que volvíamos al pasado, a tener mil gigas de memoria de fotos y videos que nos da pereza revisar: esta sustitución del recuerdo por el dato es la que genera la sensación de vacío y desamparo que Pérez-Reverte describe cuando advierte sobre la indefensión de quienes no han sido entrenados en la adversidad.

No es casual que haya elegido a Pérez-Reverte para presentar esta reflexión, puesto que su lucidez se manifiesta en su diagnóstico sobre la degradación del **lenguaje**, el cual es un vehículo fundamental para el pensamiento y la resistencia política. En sus columnas recopiladas bajo el título “Cuando éramos honrados mercenarios”, el autor vincula la pobreza léxica con la incapacidad de ejercer la rebeldía. Un mundo con menos palabras es un mundo con menos

ideas y, por ende, más dócil ante el poder y más frágil ante la crisis. El escritor sostiene que el lenguaje es la última frontera de la libertad personal, afirmando que “*si te quitan las palabras que definen tu mundo, te están quitando el mundo mismo*” (Pérez-Reverte, 2009, p. 45). El apocalipsis digital es, en este sentido, un proceso de simplificación semántica donde el matiz desaparece en favor del impacto emocional y el clic efímero. Esta simplificación es la que impide que un púber de hoy pueda siquiera conceptualizar la magnitud de una gran guerra, viéndola como un fenómeno ajeno o una ficción de pantalla hasta que el estrépito de la cruda existencia lo alcance con ferocidad.

No obstante, el pesimismo del novelista es también una invitación a la resistencia frente a la uniformidad del **pensamiento tecnocrático**. Si el sistema digital es tan frágil como él sugiere, la recuperación de la cultura clásica y el pensamiento crítico se vuelven actos de rebelión necesarios para salvaguardar la dignidad del espíritu. El “apocalipsis” es, etimológicamente, una revelación, y lo que se nos está revelando hoy es la completa desnudez de un sujeto que ha confiado ciegamente toda su herencia al soporte efímero de una nube virtual. La advertencia sobre lo “desagradable” de este nuevo tiempo nos obliga a preguntarnos si aún estamos a tiempo de proteger el refugio de la interioridad. La técnica ha dejado de ser una herramienta para convertirse en un ecosistema que dicta las condiciones de nuestra libertad, y es en esa tensión donde se juega el destino de lo humano en las próximas décadas. El diagnóstico de Pérez-Reverte es una llamada de atención sobre el naufragio de una **memoria colectiva** que ya no encuentra puertos donde atracar, ni tripulación capaz de navegar en aguas turbulentas.

Para ir cerrando, queridos lectores, es necesario cuestionar si el miedo que expresa Pérez-Reverte no es, en realidad, el síntoma de una **orfandad civilizatoria** ya consumada e irreversible. ¿Es posible habitar un mundo donde la verdad se disuelve en el flujo incesante de la información de dudosa procedencia, sin perder por completo la capacidad de amar, de crear y de recordar con autenticidad? Quizá el verdadero apocalipsis no sea la caída técnica del sistema, sino la resignación a vivir en sus ruinas digitales y éticas sin

extrañar siquiera la solidez de una biblioteca, el olor de las páginas de un libro o el peso de una historia compartida.

¿Qué quedará de nuestra identidad cuando el último servidor se apague y descubramos que hemos olvidado cómo leer el mundo con nuestros propios ojos? ¿Seremos capaces de reconstruir un sentido humano sobre los escombros de lo virtual, o estamos irremediablemente condenados a ser la última generación que tuvo plena conciencia de su propia pérdida y, sin embargo, no supo cómo evitarla? Finalmente, ¿es el apocalipsis digital el fin de nuestra historia o simplemente el comienzo de una nueva era de sombras donde el ser humano será, definitivamente, una pieza prescindible de su propio invento?

Referencias bibliográficas y fuentes consultadas

- * Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida* (M. Miras, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- * Han, B.-C. (2021). *No-cosas: Quiebras del mundo de hoy* (J. Chamorro Mielke, Trad.). Taurus.
- * Heidegger, M. (1994). *La pregunta por la técnica*. En *Conferencias y artículos* (E. Barjau, Trad.). Ediciones del Serbal. (Obra original publicada en 1954).
- * Ortega y Gasset, J. (2005). *La rebelión de las masas*. Biblioteca Nueva. (Obra original publicada en 1930).
- * Pérez-Reverte, A. (1993). *El club Dumas*. Alfaguara.
- * Pérez-Reverte, A. (2009). *Cuando éramos honrados mercenarios*. Alfaguara.
- * Pérez-Reverte, A. (2011). *Los barcos se pierden en tierra*. Alfaguara.
- * Pérez-Reverte, A. (2025, 20 de marzo). Arturo Pérez-Reverte: «*Me da miedo por mi hija... va a venir el apocalipsis digital y va a ser muy desagradable*». En *Lecturas*. Recuperado de: https://www.lecturas.com/trending/arturo-perez-reverte-me-da-miedo-por-mi-hija-que-tiene-40-anos-va-venir-apocalipsis-digital-va-ser-muy-desagradable_191412
- * Unamuno, M. (2005). *Del sentimiento trágico de la vida*. Tecnos. (Obra original publicada en 1913).

Este artículo se publicó en [Elpensador.io](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



No se resista

Pablo Artal

Jot Down

Respecto a las tecnologías, soy lo que llaman ahora un *early adopter*, ya saben, esos que son los primeros en tener lo recién salido. Me gustan la tecnología y los cacharros, disfruto probándolos y, por deformación profesional, siento curiosidad por casi cualquier cosa que prometa hacer de una manera nueva algo que antes hacíamos de otra. Y, además, llevo dedicando buena parte de mi vida a desarrollar tecnología, así que difícilmente podría declararme sospechoso de hostilidad hacia ella. He dicho en bastantes ocasiones que algunas de mis mejores contribuciones a la ciencia han surgido del uso de nuevas herramientas para resolver problemas antes inalcanzables.

Y, sin embargo, haciendo memoria, veo que me he resistido a unas cuantas innovaciones que después terminaron formando parte de mi vida. La contradicción es solo aparente. Uno puede ser un entusiasta de la tecnología y, al mismo tiempo, desconfiar de algunas de sus aplicaciones. Es más, quizá quienes vivimos de cerca sus posibilidades sabemos también que cada avance trae consigo pérdidas, algunas evidentes y otras que descubrimos mucho tiempo después.

Recuerdo de estudiante la llegada de las calculadoras electrónicas. Aquellas Casio que empezaron a aparecer y despertaban fascinación, pero también sospechas. Si uno podía multiplicar, dividir o hacer una raíz cuadrada pulsando unas teclas, ¿qué ocurriría con nuestra capacidad de calcular, de la que tanto algunos presumíamos? La preocupación no era banal. Hoy probablemente calculamos mentalmente peor que nuestros abuelos. Nadie propone ya retirar las calculadoras de las escuelas. Perdimos algo, pero ganamos tiempo y atención para problemas que merecían más la pena que una división de seis cifras.

Después llegaron los ordenadores. Yo todavía escribí artículos a máquina, y durante mucho tiempo los corregí a mano sobre el papel. Hoy resulta difícil explicar a un joven lo que significaba mover un párrafo cuando el manuscrito existía solo sobre el papel. También programé en Fortran y usé tarjetas perforadas. Puede parecer increíble, pero hacer correr un programa con un par de bucles llevaba semanas: perforar, entregar las tarjetas, esperar a que el ordenador compilara, recoger el listado de errores y empezar otra vez. Todo eso suena ahora a arqueología.

Hubo una revolución a la que no recuerdo haberme resistido ni un minuto: el correo electrónico. Lo adopté muy pronto, de los primeros, creo, y con gran entusiasmo. Eso sí, los correos importantes los imprimía y los guardaba archivados en una carpeta. Para alguien que trabajaba con personas en otros países, una carta de semanas se convertía de repente en un mensaje de segundos. Y era una novedad que no parecía quitarme nada que yo apreciara. Simplemente hacía extraordinariamente rápido algo que hasta entonces hacíamos muy despacio. Aunque es cierto que la letra pequeña llegó después.

La correspondencia, que antes aparecía una vez al día con el cartero, comenzó a perseguirnos a todas horas. Una herramienta creada para ahorrar tiempo acabó devorando una buena parte de ese tiempo. Pero eso lo supimos luego.

Con el teléfono móvil me ocurrió lo contrario. Durante bastantes años me negué a tener uno. Me parecía invasivo. ¿Por qué debía estar permanentemente localizable? Veía a aquellas primeras personas hablando por la calle y creo recordar cierta superioridad moral. Yo no necesitaba aquello. No hace falta contar el final, claro: hoy lo uso para casi todo. El objeto que consideraba innecesario ha terminado convirtiéndose casi en una prótesis.

Observando esta pequeña historia personal encuentro un patrón. No nos resistimos necesariamente a lo nuevo. Nos resistimos a aquello que sentimos que viene a quitarnos algo que apreciamos o a lo que estamos acostumbrados. El correo electrónico no parecía quitarme nada, pero el móvil amenazaba mi derecho a no estar localizable, es decir, mi libertad e independencia. Y quizá esto ayude a entender la extraordinaria mezcla de fascinación y miedo que provoca ahora la inteligencia artificial. Porque parece venir a quitarnos algo bastante más importante y supuestamente único en nosotros: pensar. O, al menos, algunas de las actividades que habíamos asociado al pensamiento: escribir, resumir, argumentar, diseñar, diagnosticar o programar. ¿Qué va a pasar si todo esto lo hacen por mí?

Hay en algunas de las reacciones actuales a estos cambios un cierto eco ludita. Conviene recordar que los luditas no eran simplemente unos ignorantes que odiaban las máquinas. Comprendieron algo que los entusiastas de la Revolución Industrial preferían ignorar, una tecnología puede destruir oficios, modificar relaciones sociales y concentrar el poder. No estaban equivocados al percibir la amenaza; se equivocaron al elegir al enemigo. El problema no eran exactamente las máquinas, sino quién decidía cómo se utilizaban y quién se apropiaba de sus beneficios.

Prohibir las calculadoras no habría mejorado las matemáticas. Pretender que los estudiantes no usen inteligencia artificial tendrá tanto éxito como pudo

tener prohibirles Internet. La cuestión no es cómo impedir que la utilicen. Es qué deberían seguir sabiendo hacer, aunque una máquina pueda hacerlo por ellos. Aunque hay que tener cuidado con las analogías. Resulta tranquilizador decir que también tuvimos miedo de la calculadora y de Internet y que al final todo salió razonablemente bien. Pero la inteligencia artificial puede ser distinta. O eso nos decimos siempre. Una calculadora ampliaba el cálculo. Un telescopio amplía el rango de visión. Internet amplió el acceso a la información. Las nuevas inteligencias artificiales entran en actividades que considerábamos propias de nuestra inteligencia. La máquina ya no se limita a ser herramienta, sino que empieza a participar en el proceso intelectual. Hasta ahora la tecnología, en buena medida, ampliaba nuestras posibilidades. Con la inteligencia artificial aparece la posibilidad de delegar capacidades cognitivas. Y delegar no es lo mismo que ampliar. Hay quizá una diferencia aún más profunda. Cada nueva tecnología no solo cambia lo que hacemos; acaba cambiando también lo que consideramos necesario saber hacer. Durante siglos, una buena memoria fue una cualidad intelectual esencial. La escritura empezó a hacerla menos necesaria, las bibliotecas ampliaron esa memoria e Internet convirtió en casi irrelevante recordar muchos datos que podemos recuperar en segundos.

Por supuesto, la inquietud viene de lejos. Sócrates, según contó Platón, desconfiaba de la escritura porque temía que debilitara la memoria. No deja de ser tranquilizador descubrir que algunas de nuestras angustias tecnológicas tienen más de dos mil años. Cada época cree que su técnica es la primera que amenaza el pensamiento. Casi nunca lo es. Lo nuevo, esta vez, es que la amenaza se parece al pensamiento mismo. La inteligencia artificial da un paso más. Ya no externalizamos solo la memoria o el cálculo. Empezamos a externalizar partes del razonamiento. Y eso obliga a preguntarnos dónde queremos colocar la frontera. Que algo pueda delegarse no significa que debamos delegarlo. ¿O sí? La pereza empuja a que otros piensen por nosotros, sobre todo si lo hacen mejor. Les confieso que llevo mucho tiempo aplicándome el dicho de que «cuando pienso, pierdo». Sí, en muchas ocasiones es mejor no pensar; en algunas cuestiones menores, incluso que piensen bien por nosotros. En las que importan, probablemente no.

Pero lo cierto es que, si utilizo un telescopio, sigo siendo yo quien mira, aunque sea a una pantalla. Si utilizo una calculadora, sigo siendo yo quien decide qué operación hacer. Si encargo a una máquina que lea veinte artículos, compare los argumentos, descubra las contradicciones y redacte las conclusiones, la frontera entre herramienta y colaborador se vuelve menos nítida. No me preocupa demasiado que una máquina escriba una carta mejor que yo. Me preocuparía llegar a un punto en que yo ya no supiera qué carta escribir. No me preocupa que un estudiante la use para entender una ecuación. Sí me preocuparía que obtuviera una respuesta impecable sin haber entendido nunca el problema.

Porque quizá hemos confundido el progreso con la eliminación de dificultades. No toda fricción es mala. Algunas dificultades que la tecnología eliminó eran perfectamente prescindibles: nadie se hizo más sabio por tardar una semana en recibir una carta o por mecanografiar tres veces un artículo. Pero otras forman parte del aprendizaje. Buscar una palabra, equivocarse en un cálculo, intentar ordenar un argumento o enfrentarse durante horas a un problema que no sale no son necesariamente ineficiencias. A veces son precisamente parte del mecanismo mediante el cual aprendemos. Si eliminamos toda la dificultad, podemos terminar eliminando también parte del aprendizaje.

En ciencia la cuestión es todavía más delicada. Una inteligencia artificial puede ayudarnos a encontrar una solución; nosotros tenemos que conservar la capacidad de reconocer cuándo esa solución es absurda o solo aparentemente correcta. Paradójicamente, cuanto más inteligentes sean las máquinas, más importante será que nosotros sepamos cosas. Porque solo quien sabe puede desconfiar con fundamento. Y quizá una de las capacidades intelectuales más valiosas del futuro no sea producir respuestas, que serán abundantes y baratas, sino saber formular buenas preguntas, reconocer las malas respuestas y, sobre todo, conservar el criterio.

Hay otra diferencia, la velocidad. Tuvimos décadas para acostumbrarnos a los ordenadores y años a Internet. La inteligencia artificial avanza de modo que

nuestras instituciones educativas, profesionales y políticas parecen moverse a cámara lenta. Cuando terminamos de discutir una capacidad, la máquina ya ha adquirido otras tres. Por eso no basta con repetir que todas las revoluciones tecnológicas provocaron miedo y que al final todo salió bien. La historia no nos concede esa garantía. Aunque tampoco parece inteligente atrincherarse. En mi ignorancia, todo hay que decirlo, los agoreros que predicen que los modelos de inteligencia artificial van a destruirnos en pocos años me parecen algo chiflados o, quizá, demasiado necesitados de seguidores.

Volviendo a mi historia, después de unas cuantas décadas adoptando tecnologías, entusiasmándome con algunas y resistiéndome a otras, he aprendido una lección. Cuando aparece una herramienta extraordinariamente útil, la pregunta «¿deberíamos utilizarla?» suele tener una vida breve. Antes o después, la sociedad la contesta por nosotros. La pregunta importante es otra: ¿cómo usarla sin permitir que aquello que nos facilita termine debilitándonos? O: ¿qué capacidades, aunque podamos delegarlas, merece la pena conservar?

Ni entusiasmo infantil ni rechazo nostálgico. Usarla, explorarla, desconfiar de ella y comprobarla. Aprovechar lo que hace mejor que nosotros y decidir qué queremos seguir haciendo nosotros. No se resista. Pero tampoco se entregue.

Este artículo se publicó en [Jot Down](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Alzhéimer y familia

Elisa Chuliá

El Mundo

Parece que, por fin, caminamos resueltamente por la senda que nos ha de conducir a que el temible apellido de aquel médico alemán no sea más que uno de los epígrafes del programa de la asignatura Historia de la medicina

Si el presente de nuestros jóvenes nos preocupa, de su vejez ni hablamos. Muchos de ellos (¿todavía?) sin vivienda propia, sin pareja estable, sin hijos y sin un empleo blindado ante el avance de la inteligencia artificial, vislumbran un porvenir difícil, con más estrecheces y penuria que holgura y bienestar. Pero las sombrías perspectivas de futuro que a menudo albergan –y albergamos sus madres y padres– descuentan algunas ganancias extraordinarias en calidad de vida de las que muy probablemente serán beneficiarios; ganancias generadas

por progresos en las ciencias médicas, entre los que cabe destacar el control de las enfermedades que provocan demencia, a la cabeza de las cuales se encuentra el alzhéimer.

Apenas hace unos meses, la prestigiosa revista The Lancet anunciaba «una nueva era de la neurología», celebrando tanto los avances en el uso de biomarcadores y neuroimágenes para detectar alteraciones neurodegenerativas como la aprobación y la autorización de comercialización de nuevos medicamentos (anticuerpos monoclonales antiamiloides) que prometen ralentizar el deterioro cognitivo en estadios tempranos de la enfermedad de Alzheimer. Parece que, por fin, caminamos resueltamente por la senda que nos ha de conducir a que el temible apellido de aquel médico alemán que, a principios del siglo XX, descubrió placas amiloides y ovillos neurofibrilares en el cerebro de una paciente de poco más de 50 años no sea más que uno de los epígrafes del programa de la asignatura Historia de la medicina.

Sin embargo, los prometedores tratamientos (lecanemab y donanemab) aún no se financian con recursos públicos en muchos países, entre ellos, España. Por lo demás, el alcance potencial de estos tratamientos es limitado, ya que su eficacia depende de que la enfermedad se halle en una fase inicial. La Sociedad Española de Neurología (SEN) ha estimado en menos del 5% la proporción de pacientes que podrían beneficiarse hoy de estos nuevos medicamentos.

De momento, pues, el paso del tiempo no hace más que aumentar el número de personas que en unos años recibirán diagnósticos de alzhéimer, toda vez que la insidiosa proteína beta-amiloide comienza a acumularse bastantes años antes de que aparezcan los síntomas y signos de deterioro cognitivo y las primeras alteraciones ostensibles de la conducta. Hoy, en España, ese número oscila entre 800.000 y 1.000.000, según las fuentes que se consulten. El rápido aumento de la población mayor permite pensar que esta cifra crecerá significativamente, incluso si también en España estuvieran disminuyendo las tasas de prevalencia por edad, como indican algunos estudios epidemiológicos recientemente realizados en otros países occidentales.

Por tanto, la justificada satisfacción por este «cambio de paradigma» en el diagnóstico y las terapias contra el alzhéimer no nos puede distraer de un presente y un futuro próximo muy complicados. Queda aún una larga travesía por el desierto antes de alcanzar la tierra prometida: un mundo, si no libre de alzhéimer, en el que esta enfermedad que hoy padecen en torno a 40 millones de personas haya pasado a considerarse «rara».

Los «hogares con demencia» suponen en España un 4% aproximado del total

Como sociedad hemos de prepararnos ante un aumento de las personas con alzhéimer y, por tanto, ante varias décadas de sufrimiento; un sufrimiento que recae, en primer lugar, sobre las personas enfermas que cada mañana cobran conciencia de su enfermedad mientras esta no les priva de esa facultad. Soportar la conciencia de la pérdida progresiva e implacable de las capacidades cognitivas, la memoria y la identidad requiere una fortaleza de ánimo tan inconmensurable como el valor de los testimonios de pacientes que, en estadios tempranos de la enfermedad, han narrado sus experiencias (véanse, ejemplarmente, los documentales Bicicleta, cuchara, manzana y Tengo alzhéimer, pero sigo siendo yo, producidos por la Fundación Pasqual Maragall y la Confederación Española de Alzheimer [CEAFA], respectivamente; o las memorias de la actriz Carme Elías, tituladas Cuando ya no sea yo).

Pero ese sufrimiento de los pacientes se desborda en sus familias y en los hogares, donde reside el 80% de las personas enfermas con demencia, según estimaciones de CEAFA. Cuando el alzhéimer entra en una casa, cambia la vida de todos los convivientes y, especialmente, la de quienes asumen la responsabilidad de cuidadores (sobre todo, cuidadoras) principales. Y no son pocos esos «hogares con demencia»: un cálculo aproximado permite cifrarlos en un 4% de todos los registrados en España.

El hogar constituye el ámbito más seguro de control de la persona enferma, pero, por ello mismo, también el enclave por excelencia de las manifestaciones patológicas del alzhéimer y otras enfermedades neurodegenerativas. Quienes

cuidan en el hogar de las personas que padecen demencia en fases intermedias y avanzadas están expuestos a un malestar específico que se alimenta no solo del cansancio físico, sino también del temor al progreso de la enfermedad –y, con él, la disolución progresiva de la conciencia espacio-temporal, la personalidad y hasta la identidad–, de conflictos intrafamiliares por cómo se ejercen y/o se reparten las tareas de cuidado, y, no pocas veces, de sentimientos de culpabilidad por no atender a las personas enfermas con más paciencia y más consideración de sus limitaciones. Abundan los testimonios sobrecogedores de este malestar en obras autobiográficas en diversos formatos: ensayos, relatos literarios, novelas gráficas, documentales, podcasts y películas.

La experiencia concreta de este «sufrimiento compuesto» de los familiares cuidadores –tan profundo y persistente que a menudo extiende sus efectos más allá de la muerte de la persona enferma– depende de factores individuales tales como el carácter personal, la actitud ante la vida o la relación sentimental con la persona enferma. Pero también depende de variables como la composición del hogar, las relaciones entre sus miembros, la disponibilidad de apoyos informales en la propia red familiar o comunitaria, y la capacidad de acceder a apoyos formales ofrecidos por el sector público y/o el privado. Así, por ejemplo, los hogares multipersonales en los que prevalece la concordia y la capacidad de alcanzar acuerdos están mejor preparados para absorber el impacto desestabilizador y el sufrimiento que genera la convivencia con una persona que padece demencia. También se encuentran en mejor posición los hogares que cuentan con rentas suficientes para contratar servicios de apoyo en el sector privado que complementen o sustituyan a los que ofrece el sector público.

En principio, cuanto mayor es el tamaño del hogar y su nivel de renta, así como también la red de familia y amigos que puedan ayudar en las tareas de cuidado, menos extenuante y más soportable resulta el cuidado de las personas enfermas, y menos oneroso el peso del sufrimiento asociado. Todo esto puede resultar evidente, pero dándolo por supuesto, apenas se dice ni se discute en el ámbito público ni se tiene en cuenta en el diseño de programas de abordaje del alzhéimer y otras demencias. No extraña que quienes sufren en su propia carne

o en la carne de un ser querido la «enfermedad del olvido», se sientan olvidados.

Muchos baby boomers –nacidos entre 1958 y 1977, un periodo durante el cual la cifra anual de nacimientos nunca bajó de 650.000, acercándose en algunos años a los 700.000– ya hemos tenido, tenemos o vamos a tener experiencias directas con el alzhéimer, sobre todo, como familiares de personas enfermas, pero también como afectados. La cantidad de cuidados altamente exigentes en tiempo, energía y resistencia emocional que estamos llamados a prestar aumentará en los próximos años. Pero si, como sociedad, logramos ahorrar a nuestros jóvenes gran parte de estas penas que hoy sufren en silencio centenares de miles de hogares españoles, podremos sentirnos menos inquietos y más conformes ante su futuro.

Alcanzar ese objetivo requiere más inversión en investigación responsable, de calidad y con impacto contrastable, y también una estrategia para aumentar la accesibilidad de métodos de detección temprana y nuevas terapias que debe negociarse razonable y viablemente con la industria farmacéutica. Reivindiquemos no solo hoy, Día Mundial del Alzheimer, estos propósitos y no nos olvidemos de reconocer la labor impagable que diariamente llevan a cabo las familias cuidadoras.

Elisa Chuliá es profesora de Sociología de la UNED e investigadora de Funcas.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Refutando una interpretación «neocon» de la Doctrina Social de la Iglesia

Marta Lobatón

Aula DSI

Suele acusarse al pensamiento teológico de D. L. Schindler de moverse en un elevado nivel de abstracción. Sin embargo, su crítica de la interpretación neoconservadora de la Doctrina Social de la Iglesia desmiente esa objeción. Este artículo muestra cómo Schindler cuestiona los presupuestos antropológicos, ontológicos y teológicos sobre los que se sostiene dicha interpretación.

Una corriente de pensamiento neoconservador hoy muy influyente sostiene que la Iglesia habría terminado reconciliándose con el liberalismo moderno: primero, en el ámbito político, mediante el Concilio Vaticano II —

especialmente *Gaudium et Spes* y *Dignitatis Humanae*— y, después, en el económico, mediante *Centesimus Annus*. Frente a esta tesis, representada por autores como Murray, Novak, Weigel, Neuhaus y Hesburgh, Schindler propone una lectura inspirada en la teología de la auténtica liberación humana integral que reconoce en la encíclica *Centesimus annus* de san Juan Pablo II

I. La interpretación neoconservadora de la DSI

1. La creación de riqueza como vocación cristiana

En su libro *Camellos y agujas, talentos y tesoros: el catolicismo americano y la ética del capitalismo* (1992), George Weigel parte del ejemplo de un próspero empresario católico, profundamente religioso, que practica generosamente la caridad y que no considera que su prosperidad económica entre en conflicto con su fe. A partir de ese ejemplo, busca fundamentar teológicamente la creación de riqueza como una auténtica vocación cristiana.

El punto de partida de Weigel no es económico, sino antropológico y teológico: el hombre, creado a imagen de Dios, participa de su propia actividad creadora, como refleja la DSI de Juan Pablo II —*Redemptor Hominis, Laborem Exercens* y *Sollicitudo Rei Socialis*—. La creación de riqueza es, pues, una forma de participación humana en la actividad creadora de Dios.

Weigel acude a un concepto clave de la DSI, «la opción preferencial por los pobres». Sostiene que dicha opción no desvaloriza el capitalismo, pues «el emprendimiento, la empresa y la iniciativa económica —el capitalismo, en otras palabras— son los instrumentos más adecuados para ayudar a los pobres a salir de la pobreza». La opción preferencial por los pobres deja así de constituir una objeción al capitalismo para convertirse en uno de sus principales argumentos de legitimación.

Finalmente, Weigel sostiene que la creación de riqueza puede integrarse en una auténtica espiritualidad cristiana siempre que se viva como «un esfuerzo

vocacional serio por servir a los demás, sin convertir a sus creadores en “derrochadores egocéntricos”».

La legitimación teológica de la creación de riqueza propuesta por Weigel queda estructurada sobre tres pilares: una antropología de la creatividad, una ética económica en la que el capitalismo aparece como instrumento privilegiado para servir a los pobres y una espiritualidad que integra la creación de riqueza en la vocación cristiana.

Queda así planteada la cuestión que Schindler someterá a crítica: ¿debe entenderse la creación de riqueza mediante la actividad económica como una auténtica vocación y virtud cristianas?

2. La legitimidad del orden liberal-capitalista

Michael Novak —especialmente en su libro de 1982, *El espíritu del capitalismo democrático*— desplaza la discusión al plano político e institucional. Concibe el capitalismo democrático como un marco de libertades: libertad económica (capitalismo), que considera condición de la prosperidad material, y libertad política (democracia), que protege frente a la opresión mediante el pluralismo político.

En ese marco institucional pueden coexistir diversas concepciones morales, pero ninguna de ellas puede pretender sustituirlo, pues ello conduciría a la miseria o a la tiranía. Novak es bastante duro con quienes desean «cristianizar» una sociedad pluralista, «llevar a Cristo al mercado» o «impregnar el sistema de valores cristianos», pues, «un régimen capitalista democrático no es el Reino, no es la Iglesia, ni siquiera una filosofía [...] no está diseñada [...] para dar instrucciones sobre cómo vivir».

Por tanto, para Novak la misión del cristianismo no consiste en configurar institucionalmente la sociedad, sino en desarrollarse dentro del espacio de libertad garantizado por ese orden. Solo el espacio liberal-capitalista puede constituir el punto de partida —aunque no necesariamente el de llegada— de

una sociedad verdaderamente cristiana, pues la neutralidad institucional del capitalismo democrático aparece como condición del pluralismo religioso y moral, así como de la prosperidad material.

Sin embargo, el capitalismo democrático presupone un determinado ethos. Novak atribuye a Hume y Adam Smith una nueva concepción de la comunidad y del individuo, fundada en la creatividad humana y el interés propio, cuya desaparición haría inviable el capitalismo democrático. De ahí que reivindique los «recursos morales» y las «posibilidades espirituales» de ese orden social, legitimando moralmente la búsqueda del propio interés económico.

En la misma línea, Neuhaus, en su libro *Riqueza y capricho: ser rico, producir riquezas* (1990), sostiene que la función de la Iglesia no consiste en reconfigurar los mecanismos del capitalismo, sino en formar moralmente a quienes participan en él. Considera que esta es la enseñanza de Centesimus annus cuando afirma que «la Iglesia no tiene modelos económicos que ofrecer» y que estos «solo pueden surgir dentro del marco de diferentes situaciones históricas a través de los esfuerzos de todos aquellos que afrontan responsablemente problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales a medida que interactúan entre sí» (CA, n. 43).

Considera, además, que la economía es un «campo de juego» regido por reglas propias (interés personal, beneficio, competitividad y acumulación de capital). Solo en ese sistema, bajo sus reglas, se pueden organizar eficazmente capital, trabajo y creatividad, generar riqueza y, con ella, prosperidad para todos; solo la riqueza creada puede ser redistribuida.

Para Neuhaus, la Iglesia no debe sustituir el funcionamiento del mercado, sino formar las conciencias de quienes participan en él para que actúen conforme a las virtudes de una vida cristiana, que el propio capitalismo necesita para funcionar adecuadamente (esfuerzo, honradez, responsabilidad, confianza, solidaridad...) y evitar que la riqueza se convierta en un absoluto, pues el horizonte escatológico del cristianismo relativiza la importancia de la riqueza y de su producción.

Queda así planteado el segundo eje que Schindler someterá a crítica: para el seguidor de Cristo, ¿basta la eficacia de un sistema económico en la generación de riqueza para legitimar sus presupuestos antropológicos y ontológicos?

II. Las respuestas de Schindler

1. Prioridad del amor

Para Schindler, la creatividad económica solo constituye una vocación cristiana cuando permanece subordinada a la primacía del amor recibido y donado. La discrepancia con la teología neoconservadora no radica en la creatividad, sino en la prioridad del ser sobre el hacer.

Cuando Weigel insiste en que «participamos» de la creatividad divina, quiere traducir inmediatamente esa participación en creatividad humana (empresa, innovación, productividad...), sin atender primero al modo en que esa participación debe ser recibida y contemplada como un don gratuito para prolongarse después en la donación fecunda a los demás. Para Schindler, el cristiano debe centrarse primero en el «ser» —gratitud y donación— antes que en el «hacer» posibilitado por la donación divina. La teología neoconservadora no rechaza el amor ni la donación, pero los relega a un segundo momento.

Para Schindler, invertir el orden de prioridades es grave, pues la opción primaria por el «hacer», —producción y consumo—, conduce a la cultura de muerte: «¿No es precisamente la pérdida del sentido de don y receptividad y, en consecuencia, la pérdida de la primacía del interior contemplativo, lo que da origen al activismo y al instrumentalismo característicos de la “cultura de la muerte” (*Evangelium vitae*)?».

Schindler plantea entonces una pregunta decisiva a los neoconservadores: ¿hasta qué punto debe influir la dinámica de servir a los demás en nuestras actividades de producción y posesión de riqueza? ¿Debe influir solo en la

distribución de la riqueza o también en su producción? ¿Tienen los cristianos algo que aportar a la economía más allá de una perspectiva escatológica relativizadora y de virtudes meramente funcionales al mercado?

La discrepancia no radica, por tanto, en la creatividad humana, sino en el principio antropológico, ontológico y, en último término, teológico que debe ordenar toda actividad económica.

2. Visibilización del pecado

La prioridad otorgada a la producción sobre el amor responde, según Schindler, a un presupuesto aún más profundo: un cierto concepto de «realismo» que termina por invisibilizar el pecado del egoísmo.

Si bien ambas teologías reconocen la inevitabilidad del pecado en la condición humana, difieren en cómo responden ante ella. Dice Schindler: «para una teología de la auténtica liberación humana integral, la presencia generalizada e incluso omnipresente del pecado en la condición humana no justifica dejar de seguir identificándolo como pecado: el llamado a Dios sigue siendo la “exigencia” anterior y más profunda de la naturaleza creada del hombre». Para la teología neoconservadora, en cambio, la inevitabilidad del propio interés, unida a su presunta productividad social, termina por desdibujar su condición de pecado. Lo que debería seguir siendo objeto de conversión pasa a interpretarse como una virtud necesaria, es decir, como la respuesta más realista a la condición humana. La teología neoconservadora ha vuelto invisible el pecado. Para Schindler, el pecado nunca deja de ser pecado, aunque pueda producir resultados económicamente beneficiosos.

Llevando el razonamiento de Schindler a sus últimas consecuencias, una vez invisibilizado ese pecado originario, las desigualdades, la explotación y el descarte —es decir, el mal que todo pecado introduce en el mundo— solo podrán atribuirse al insuficiente comportamiento moral de sus actores. Bastaría entonces con empresarios honestos, trabajadores responsables, buenos padres de familia, consumidores prudentes y personas poco apegadas a las riquezas

para corregir sus efectos. La pregunta pertinente es: ¿acaso estos valores pueden prosperar en el humus de una antropología y una ontología basadas en el propio interés del *homo oeconomicus*?

La contradicción es entonces inevitable: si el capitalismo incorpora un *ethos* propio que invisibiliza el pecado y excluye, en nombre del pluralismo y de la prosperidad que promete, cualquier transformación de sus presupuestos antropológicos, difícilmente podrá constituir el marco de una vida plenamente cristiana configurada por la lógica evangélica del don.

3. Discernimiento cristiano del capitalismo

Frente a la interpretación de Neuhaus, Schindler considera que la prioridad del amor y de la comprensión cristiana del pecado exigen un discernimiento crítico de los sistemas económicos orientado a la liberación integral del ser humano. Sostiene que *Centesimus annus* atribuye a la Iglesia una misión distinta de las dos alternativas que Neuhaus contempla: ni elaborar modelos económicos «confesionales» ni limitarse a corregir moralmente sistemas ya constituidos. Su tarea consiste, más bien, en ordenarlos desde una antropología de la comunión y la lógica del don.

Para Schindler, la afirmación de san Juan Pablo II de que la Iglesia «no tiene modelos económicos que ofrecer» (*Centesimus annus*, n. 43) no niega a la antropología cristiana su capacidad crítica frente a cualquier sistema económico. Al contrario, la propia encíclica desarrolla un juicio crítico tanto del marxismo como del capitalismo.

La encíclica rechaza explícitamente un sistema económico-político, el marxismo, por razón de sus presupuestos antropológicos y ontológicos (CA, n. 42). Es más, pese a condenar el marxismo, reconoce como loable «el sincero deseo de estar del lado de los oprimidos» que llevó «a muchos creyentes a buscar, de diversas maneras, un compromiso imposible entre el marxismo y el cristianismo». El pasaje pone así de manifiesto que el compromiso cristiano

con los pobres exige confrontar todo sistema político-económico con la antropología cristiana.

La encíclica somete también a examen crítico el capitalismo al denunciar «las realidades de marginación y explotación que permanecen en el mundo, especialmente en el Tercer Mundo, al igual que la realidad de la alienación humana, especialmente en los países más avanzados» (CA, n. 42). La Iglesia mantiene así intacta su capacidad de discernimiento frente a cualquier sistema económico.

4. Primado del don

Lejos de legitimar el capitalismo, *Centesimus annus* cuestiona precisamente el principio que, según Schindler, constituye su núcleo: el primado del propio interés.

El núcleo del pensamiento económico neoconservador se encuentra, según Schindler, en la concepción del propio interés formulada por Adam Smith. El célebre ejemplo del carnicero, el cervecero y el panadero expresa con claridad esa lógica: «no es por la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero, que esperamos nuestra cena, sino por su consideración por su propio interés. Nos dirigimos, no a su humanidad sino a su amor propio, y nunca hablamos con ellos de sus propias necesidades, sino de sus ventajas».

Centesimus annus propone una comprensión distinta del papel del interés en la economía, cuestionando con ello la raíz antropológica del capitalismo. Pero lo hace evitando tanto las tentaciones milenaristas como los irenismos moralistas. Schindler, siguiendo el razonamiento de la encíclica, advierte: «la humanidad lleva en sí misma la herida del pecado original, y por tanto su inclinación al mal nunca podrá ser erradicada [por lo que] el hombre nunca podrá superar del todo su disposición hacia el egoísmo». Reconocer este hecho obliga, añade el Papa, a desconfiar de cualquier intento de eliminar violentamente el interés propio de la sociedad (CA, n. 25) o a través de un gravoso sistema de control burocrático que «seca las fuentes de iniciativa y creatividad» (CA, n. 25). Ahora

bien, esta cautela no equivale a legitimar el interés propio como principio ordenador de la economía.

Centesimus annus deja claro que el beneficio no es el único regulador de la economía (CA, n. 34), sino que debe integrarse a la luz de factores humanos y morales (CA, n. 34), siendo inaceptable que una empresa gestione bien sus cuentas financieramente mientras sigue ofendiendo la dignidad de las personas: «la finalidad de una empresa no es simplemente obtener beneficios, sino que se encuentra en su propia existencia como una comunidad de personas que de diversas maneras se esfuerzan por satisfacer sus necesidades básicas y que forman un grupo particular al servicio de toda la sociedad» (CA, n. 34).

La diferencia de la teología de la auténtica liberación humana integral con la teología neoconservadora no consiste en negar el interés propio ni el beneficio, sino en negar el principio que los ordena. Mientras el neoconservadurismo parte del propio interés para llegar al otro, Schindler y san Juan Pablo II sostienen que el propio bien solo se alcanza legítimamente cuando el servicio al otro posee prioridad ontológica sobre el propio interés. Así lo expresa Schindler: «en contraste, por ejemplo, con una comprensión budista, una espiritualidad auténticamente evangélica no implica la eliminación del yo y sus intereses en la relación mutua del yo con los demás. La intención del Evangelio es que haya un enriquecimiento mutuo en cada relación. Pero el Evangelio exige, no obstante, que se haga una distinción [...]: un yo que primero (ontológicamente, no temporalmente) sirve al otro y, por tanto, se encuentra a sí mismo, no es idéntico a un yo que primero se busca a sí mismo y así sirve al otro. Un egoísmo que se vuelve mutuo aún no es generosidad mutua».

Schindler concluye releendo el célebre ejemplo de Adam Smith: «Un panadero que quisiera vivir el cristianismo en su vida como empresario [...] buscará elaborar una barra de pan intrínsecamente buena —en cuanto a su sabor y valor nutritivo— y lo hará desde el principio para servir a los demás miembros de la sociedad, mejorando su salud y bienestar. Por supuesto, reconocerá el beneficio como una condición necesaria para poder continuar prestando este servicio a otros. Será consciente de estar realizando su propio bien en ese servicio [...]; su

legítima preocupación por el beneficio y su “interés propio” quedarán integrados desde el principio y a lo largo de todo el proceso en la intención de servir».

El empresario de Weigel o el panadero de Smith no necesitan dejar de ser empresarios o panaderos para vivir su vocación cristiana. Necesitan, simplemente, que el beneficio deje de ser el principio que ordena el servicio y pase a ser el fruto de una actividad configurada desde el amor gratuitamente recibido, que se hace fecundo en la donación.

Este artículo se publicó en [Aula DSI](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



El «dichoso tránsito» de san Francisco

Giancarlo Pani

La Civiltà Cattolica

La familia franciscana ha celebrado los hechos más importantes de la vida de san Francisco de Asís ocurridos hace ocho siglos: en 2023, la invención del pesebre en Greccio; en 2024, el prodigio de las llagas; en 2025, el *Cántico de las criaturas* y, finalmente, en 2026, el «dichoso tránsito».

Este año, la memoria de la muerte del Santo, patrono de Italia, coincide con la instauración de la fiesta nacional de ese país el 4 de octubre, reintroducida después de haber sido abolida en 1977. Recorrer los últimos días terrenales de Francisco revela bajo una nueva luz la historia de un hombre de Dios que testimonió con su propia vida la radicalidad evangélica.

La meta de una vida

El deseo más profundo de Francisco durante su vida fue el de «observar en todo y siempre el santo Evangelio, y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención»[1].

También los últimos días de su vida terrena están impregnados de esta aspiración. Cuando ya siente que su vida está llegando a su cumplimiento, Francisco pide que le lean del Evangelio de Juan el episodio del lavatorio de los pies (Jn 13,4-5.12). En la *Regla no bulada* lo cita, acompañándolo de una exhortación: «Ninguno se llame prior, sino todos sin excepción llámense hermanos menores. Y el uno lave los pies del otro»[2]. De este modo, cada gesto y palabra del Señor Jesús se convierte en norma para la comunidad[3].

Francisco ya había vivido en su juventud el despojo, cuando su padre lo había denunciado ante los cónsules y el tribunal del obispo por apropiación indebida de dinero familiar. El obispo le pide que se lo devuelva a su padre y que confíe en el Señor. Entonces el joven se desnuda y devuelve sus vestidos a su padre junto con el dinero y, ante el obispo y los presentes, afirma: «Y quiero desde ahora decir: “Padre nuestro, que estás en los cielos”, y no: “Padre Pedro de Bernardone”»[4].

Para Francisco, un pasaje evangélico está vivo cuando se vive y, por eso, al aproximarse la muerte, pide que lo pongan desnudo sobre la tierra: «Al acercarse a los últimos días, [...] demostró con ejemplo de virtudes que nada tenía de común con el mundo. Acabado, pues, con aquella enfermedad tan grave que puso fin a todos los dolores, hizo que lo pusieran desnudo sobre la desnuda tierra, para que en aquellas horas últimas, en que el enemigo podía todavía desfogar sus iras, pudiese luchar desnudo con el desnudo. En verdad que esperaba intrépido el triunfo [...]. Puesto así en tierra, despojado de la túnica de saco, volvió, según la costumbre, el rostro al cielo y, todo concentrado en aquella gloria, ocultó con la mano izquierda la llaga del costado derecho para que no se viera. Y dijo a los hermanos: “He concluido mi tarea;

Cristo os enseñe la vuestra”»[5]. La historia evangélica de Francisco, iniciada con el despojo de sus vestiduras ante su padre, concluye con el despojo de su propio cuerpo.

El «Testamento»

Las últimas semanas de la vida de Francisco están marcadas por acontecimientos que expresan el sentido pleno de toda su existencia. Entre ellos destaca, por su especial significado, el *Testamento*, ya anticipado en el *Testamento de Siena*[6], en el que renueva su fidelidad a la Iglesia y recorre las etapas cruciales de su propia conversión. El texto tiene el valor de una autobiografía que abarca la historia y la recapitula desde una mirada evangélica.

Francisco habla de sí mismo, pero el sujeto del discurso, también gramaticalmente, es el Señor, el Altísimo: «El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos»[7]. En la historia de Francisco, el Señor guía cada uno de sus pasos: lo llevó a ser misericordioso con los leprosos, lo condujo del pecado a la gracia, de lo amargo a lo dulce. Ahora, moribundo, Francisco descubre en ella, con una claridad nueva, el espíritu que marcará el futuro de la fraternidad: «El Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio» [14][8], abandonando los valores del mundo y su lógica.

Al hacer penitencia, una sorpresa: el Señor le dio «tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la santa Iglesia Romana» [6], viendo en ellos al Hijo de Dios antes que los pecados humanos, pues «ellos reciben y ellos solos administran» su cuerpo y su sangre [9-10].

A continuación, declara la originalidad del estilo de vida de los primeros compañeros, que «daban a los pobres todo lo que podían tener» [16]: la pobreza rigurosa, exigida por Jesús a los apóstoles, era la condición para entrar

en la fraternidad, contentos con una sola túnica, remendada por dentro y por fuera, y con una sencilla correa.

Se hace referencia luego a la oración comunitaria, diferenciada entre clérigos y laicos, con un recuerdo particularmente evocador: «Muy gustosamente permanecíamos en las iglesias» [18]. La oración aparece así como un elemento fundante de la nueva comunidad.

Francisco señala también que eran «iletrados y súbditos de todos» [19]: aparece la importancia de la minoridad, es decir, de ser más pequeños que los demás y estar al servicio de todos.

Desde el comienzo, Francisco atribuye una importancia considerable al trabajo, porque cada uno debe ganarse el pan con sus propias manos, ocupándose «en trabajo[9] que conviene al decoro» [20]; y solo cuando no se recibe una compensación se puede recurrir «a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta» [22]. Al trabajo se le dedica más espacio que a la oración y a la condición de minoridad, no solo para contrarrestar la codicia de la recompensa, sino también para dar ejemplo y mantener alejada la ociosidad[10].

El Señor sugirió a Francisco el saludo que debía dirigir a las personas: «El Señor te dé la paz» [23]. Un saludo nuevo y, para algunos, quizá extraño, pero que desea la paz que solo el Señor puede dar[11]. El saludo revela también la misión de «una Fraternidad de enviados por los caminos del mundo para anunciar la paz (cf. Lc 10,3-9)»[12].

Se hace especial hincapié en la observancia de la «santa pobreza» [24]: los hermanos no deben aceptar iglesias o viviendas que no sean conformes con la pobreza, habitándolas como forasteros y peregrinos. Nunca deben pedir «documento alguno» [25] de privilegio a la Curia romana. Francisco declara asimismo que obedece «firmemente» al ministro general de la fraternidad y exhorta a los hermanos a obedecer a los superiores, como establece la Regla.

Pero si algunos, según la *Regla*, «no fuesen católicos» [31], los compañeros deben hacérselo saber al custodio para conducirlos nuevamente a la obediencia.

Por último, el carácter del *Testamento*: «Y no digan los hermanos: “Esta es otra Regla”; porque ésta es una recordación, amonestación, exhortación [...], para que guardemos más católicamente la Regla que hemos prometido al Señor» [34]. El adverbio «católicamente» acentúa la fidelidad a la Iglesia, pero refleja también la preocupación por mantener vivo el espíritu originario de la fraternidad delineado en la *Regla bulada*, citada implícitamente una decena de veces. El *Testamento* concluye con la bendición.

La carta a Jacoba de Settesoli

Unos días antes de su muerte, una singular sorpresa. Francisco realiza un gesto profundamente humano, dictado por la inagotable fantasía del Espíritu: escribe una carta a una noble romana, Jacoba de Settesoli[13], que en el pasado lo había ayudado. «A doña Jacoba, sierva del Altísimo, fray Francisco, pobrecillo de Cristo, desea salud y la comunión del Espíritu Santo en el Señor Jesucristo. Has de saber, queridísima, que Cristo bendito, por su gracia, me ha revelado que el fin de mi vida está ya próximo. Por eso, si quieres encontrarme vivo, en cuanto recibas esta carta, apresúrate a venir a Santa María de los Ángeles. En efecto, si vienes después de ese día, no podrás encontrarme con vida. Y trae contigo un paño de cilicio con el que puedas envolver mi cuerpo y cera para el entierro. Te ruego también que me traigas de aquellos dulces que solías darme cuando me encontraba enfermo en Roma»[14].

La curiosidad por saber cuáles eran aquellos dulces queda resuelta por la *Compilación de Asís*: «Los romanos llaman a este pastel “mostaccioli”, y se hace con almendras, azúcar o miel y otros ingredientes»[15].

Pero, por encima de todo, hay un hecho nuevo: Francisco se define como «pobrecillo de Cristo». Es un *unicum* en los *Escritos*[16], que posteriormente se convirtió en una denominación antonomástica y que nace de la condición de

un hombre que muere, signo de la máxima pobreza humana que se vuelve hacia Cristo y se aferra a él.

La carta, fechada entre el 28 de septiembre y el 1 de octubre, es de una extraordinaria humanidad: «Está tan lejos de toda preocupación por dejar de sí mismo un rostro acorde con los cánones hagiográficos y tan cerca de la sencillez del “niño” que se ha hecho tal por el reino de los cielos, que la frase resultaría casi increíble si no tuviera una confirmación precisa también en el relato de Tomás de Celano»[17]. Todo ello es también indicio de la autenticidad del escrito: Francisco no teme llamar la atención de una mujer amiga y saborear una vez más los *mostaccioli* que ya había probado en Roma y cuya exquisitez recordaba bien.

Mientras se busca a alguien que lleve la carta, llega un grupo de caballeros que acompañan precisamente a doña Jacoba desde Roma, quien pide poder ver a Francisco. Gran desconcierto entre los hermanos ante una petición que claramente contravenía la clausura. Pero he aquí, una vez más, la libertad espiritual del moribundo: «Bendito sea Dios, que ha conducido hasta nosotros a doña Jacoba, nuestra hermana. ¡Abran las puertas —exclama— y déjenla entrar, porque para el hermano Jacoba no hay que observar el decreto relativo a las mujeres!»[18]. El extraño título, «hermano Jacoba», es un simpático e inteligente recurso para superar la clausura, pero también «la expresión de aquel vínculo de fraternidad que unía a Francisco no solo con sus hermanos frailes, sino también con amigos y amigas, así como con todas las criaturas»[19].

Fray Bernardo

Entre las personas queridas que Francisco recuerda en aquel momento se encuentra fray Bernardo, su primer compañero. Precisamente los *mostaccioli* de doña Jacoba le hacen recordar al amigo, a quien sin duda le habría gustado el dulce que estaba saboreando, y manda llamarlo. Bernardo se sienta junto al lecho de Francisco y le pide que lo bendiga. Como está casi ciego, Francisco

extiende la mano y la posa sobre la cabeza de fray Egidio. El Santo, que tenía buena memoria, reconoce que no era la cabeza de Bernardo. Entonces Egidio se aparta y Francisco consigue tocar la cabeza de Bernardo y lo bendice. A un amanuense le ordena: «Escribe lo que voy a dictarte. El primer hermano que me dio el Señor fue el hermano Bernardo. Fue él quien primero comenzó y puso en práctica con toda diligencia la perfección del santo Evangelio distribuyendo sus bienes entre los pobres. Por eso y por otras muchas prerrogativas, estoy obligado a amarle más que a cualquier otro hermano de toda la Religión. Quiero, pues, y ordeno, en cuanto está en mi poder, que el ministro general, cualquiera que sea, le ame y le honre como a mí mismo»[20].

La bendición impartida a Bernardo tiene un significado preciso: él es «otro Francisco». Sin embargo, Tomás de Celano, en la primera biografía, omite el episodio y refiere únicamente una bendición impartida a fray Elías, por entonces una figura influyente y cercana al papa Gregorio IX, quien había encargado el texto. En la segunda biografía, en cambio, Tomás guarda silencio sobre Elías, que había caído en desgracia, y refiere una bendición impartida a todos. Además, los *Actus beati Francisci*, hostiles a Elías, unifican las dos escenas narradas por Tomás con la *Compilación de Asís*, pero para invertir su significado: Bernardo, llamado por Francisco para recibir su bendición, propone su bendición a Elías, pero Francisco, aunque moribundo, se niega y bendice a Bernardo, otorgándole así una autoridad particular[21].

Raoul Manselli propone aclarar la contradicción mediante «la recíproca complementariedad»[22]. Los *Actus*, tendenciosos, refieren la verdad al mencionar una doble bendición, pero la *Compilación de Asís* ha transmitido las palabras en favor de Bernardo, que ponen de manifiesto la constante preocupación de Francisco por la pérdida del espíritu originario de la fraternidad. También el *Testamento* declara su inquietud ante el nuevo camino que está tomando la fraternidad, que se ha vuelto numerosa y se ha extendido por distintas partes del mundo. Temiendo que el *Testamento* no quede respaldado por su ejemplo, Francisco siente la necesidad de realizar un gesto concreto. Nace así «la última, extraordinaria “invención” de Francisco: la de crear un continuador de sí mismo, de colocar junto a la jerarquía de la Orden a

un nuevo sí mismo»[23]. Es la idea de proponer como ejemplo viviente a fray Bernardo, el primer compañero, que sacrificó su riqueza y la distribuyó entre los pobres. Es la tradición viva del fundador: «Los hermanos de toda la Religión lo consideren como otro yo mismo»[24]. Con este acto quiere recuperar el espíritu de los orígenes y ofrecer un modelo de referencia: «añadir a una sucesión de jefes una comunidad de santos, a la severidad de las normas la fuerza arrolladora de un ejemplo ininterrumpido»[25].

Hermana Clara

Cuando Francisco, enfermo, regresa a Asís, se aloja en el palacio episcopal: pese a la acogida, pide regresar a la Porciúncula, el lugar que más quería, donde había nacido la fraternidad. En aquellos días también Clara está gravemente enferma; de hecho, por medio de un hermano, hace saber a Francisco su temor de morir antes que él, sin poder volver a verlo. Entonces él le hace decir que volverá a verlo una vez más. También le envía un escrito, titulado *Última voluntad*: «Yo, el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza del altísimo Señor nuestro Jesucristo y de su santísima Madre, y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os doy el consejo de que siempre viváis en esta santísima vida y pobreza. Y protegeos mucho, para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de alguien»[26].

Francisco declara primero que quiere seguir la vida y la pobreza de Cristo —«Yo quiero...»— y después aconseja a las pobres señoras que hagan lo mismo. El verbo «seguir» es signo del seguimiento evangélico y determina su objeto: «la vida y pobreza de Cristo». El consejo es un programa de vida, como comenta un historiador: «La pobreza de Jesús, esa pobreza que él reconoce en el hacerse hombre del Hijo de Dios. No una pobreza cualquiera, sino la de Jesús, asumida y amada porque es *su* pobreza, con el añadido [...] de una referencia a lo femenino, particularmente indicada para estas mujeres: “y de su santísima madre”»[27].

La observación final es fundamental: no apartarse jamás de esa pobreza «por la enseñanza o consejo de alguien». Ciertamente, Francisco piensa en el futuro, es más, especifica que debe ser perpetua. Después de su muerte, el cardenal protector Ugolino de Ostia, convertido en papa Gregorio IX, quería inducir a Clara a mitigar el voto de pobreza. Su respuesta fue inmediata: «Santísimo Padre, a ningún precio deseo ser dispensada del seguimiento indeclinable de Cristo»[28]. Ese «indeclinable» recuerda de cerca a Francisco y su voluntad de insertar íntegramente el texto en la *Regla*[29]. Precisamente en vísperas de la muerte, vuelve a emerger la intención de Francisco de que se preste un cuidado particular a Clara y a las pobres señoras, como había prometido en su forma de vida.

«Hermana muerte»

Las páginas de Tomás de Celano y la *Compilación de Asís* nos conducen a los últimos días de Francisco. El cuerpo se va deshaciendo lentamente, la ceguera es casi completa, hasta el punto de que uno de los hermanos le habla explícitamente de la proximidad de la muerte. «Entonces, el bienaventurado Francisco, aunque se encontraba consumido por las enfermedades, alabó al Señor con ardiente fervor de espíritu y gozo interior y exterior, y dijo: “Pues, si pronto voy a morir, llamad al hermano Ángel y al hermano León para que me canten a la hermana muerte”»[30].

A pesar de los sufrimientos cada vez más agudos, el espíritu de Francisco no desfallece; pide ser acompañado por el *Cántico del Hermano Sol*, con la adición de la última estrofa: *Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar. / ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!: bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad, porque la muerte segunda no les hará mal*[31].

En el momento más dramático de la vida, Francisco siente la fuerza del Espíritu que le revela la muerte como «hermana», porque ella ratifica un principio de

igualdad universal: *de la cual ningún hombre viviente puede escapar*. La muerte no perdona a nadie, y todos son iguales ante ella: toda pretensión de superioridad es completamente aparente y en ella se verifica una igualdad radical[32]. La muerte es hermana porque, así como nos hace morir, en el último tiempo también ella morirá. Sin embargo, aquella muerte que en la Biblia aparece a menudo representada como un «abismo que nunca se sacia» y que todo lo devora (cf. *Pr* 27,20; 30,16) no solo se transforma en «hermana», sino que es «absorbida en la victoria» (*1 Cor* 15,54), es decir, en el acontecimiento pascual. Por eso se convierte en gratitud y bendición al Señor: «Loado seas por nuestra hermana la muerte corporal». Francisco quiere así devolver a Dios todo bien que ha recibido de él: todo lo ha recibido de él, y todo debe devolvérselo. Es el sentimiento que transforma el temor y el tiempo del final en un acto de abandono total, porque todo lo que somos y poseemos es don divino.

La intuición de llamar «hermana» a la muerte es también una referencia al libro de Job: este, en su sufrimiento, al referirse a la tumba y a la muerte, las califica de «hermanas»[33]. Escribe el historiador franciscano Carlo Paolazzi: «En la pacificación universal realizada por Cristo, también la “última enemiga” paulina (*1 Cor* 15,26) se ha transformado en hermana que introduce en la verdadera vida»[34].

Al saludar a la muerte como «hermana», compañera de vida, Francisco transmite un mensaje universal de reconciliación y de paz, e ilumina el valor de todo sufrimiento vivido en la entrega a Dios. A la exhortación «*¡ay de aquellos que morirán en pecado mortal!*», que son causa de la «segunda muerte», se contrapone la bienaventuranza de «*aquellos a quienes encontrará en tus santísimas voluntades*». La referencia a la invocación del *Padre nuestro*, «hágase tu voluntad» (*Mt* 6,10), manifiesta «la tensión por hacer la voluntad de Dios, que atravesó toda la vida de Francisco y que vuelve a emerger ante la inminencia de la muerte»[35]. La «segunda muerte» es una cita del libro del Apocalipsis, donde aparece cuatro veces (cf. *Ap* 2,11; 20,6.14; 21,8): indica la condenación eterna, la separación definitiva de Dios.

La poesía de Francisco y todos sus escritos están impregnados de liturgia y de citas bíblicas, con una gran apertura al misterio pascual, que constituye el fundamento del *Cántico del Hermano Sol*.

El «dichoso tránsito»

Francisco se prepara al encuentro con la hermana muerte celebrando con alegría la liturgia de la vida, de una manera tan inusual que provoca desconcierto, al que da voz fray Elías: «¿Cómo puede mostrar tanta alegría próximo a morir? Debería pensar en la muerte»[36]. Al responder, Francisco recuerda una revelación recibida dos años antes, cerca de Foligno: solo le quedarían dos años de vida. Desde entonces, cada día se ha preparado para la muerte: «Deja, hermano, que me alegre en el Señor y que cante sus alabanzas en medio de mis dolencias; por la gracia del Espíritu Santo estoy tan íntimamente unido a mi Señor, que, por su misericordia, bien puedo alegrarme en el mismo Altísimo»[37]. La alegría de Francisco en el Espíritu —mencionado varias veces— muestra una manera nueva, pero profundamente cristiana, de prepararse para el encuentro con el Señor.

Al tener a su alrededor a muchos compañeros, los exhorta al amor fraterno y los bendice, recordando también a los que están lejos: «Conservaos, hijos todos, en el temor del Señor y permaneced siempre en Él. Y pues se acercan la prueba y la tribulación, dichosos los que perseveraren en la obra emprendida. Yo ya me voy a Dios; a su gracia os encomiendo a todos»[38].

Rodeado por los hermanos conmovidos, Francisco pide un pan, lo bendice y se lo da a los suyos, celebrando casi una «última cena» y haciendo que le lean del Evangelio de Juan el lavatorio de los pies. Reza junto con los hermanos el Salmo 141: «Yo te invoco, Señor, ven pronto en mi ayuda»[39].

Finalmente, la última invocación: «¡Bienvenida sea mi hermana muerte!»[40]. Para esperarla, Francisco, una vez más, hace que lo recuesten desnudo, durante un rato, sobre la desnuda tierra. Finalmente llega su hora: es la muerte de un

santo, el fundador de la fraternidad de los Menores y de las «Pobres señoras», es el hermano de toda la creación, el primer guía espiritual de los hermanos, el amigo de los leprosos, el pobre que se entregó por entero al Señor y a los hermanos, el testigo del Evangelio *sine glossa*, el «verdadero mercader del Reino»[41].

Francisco muere después de la puesta del sol del sábado: ya son las primeras vísperas del domingo 4 de octubre de 1226. La noticia se difunde inmediatamente por toda Asís y muchísimas personas acuden para honrar al Santo. Después de una noche de vigilia, oración y conmoción, por la mañana el cortejo se dirige hacia la ciudad, desviándose hacia San Damián, la pequeña iglesia en la que Francisco había recibido la revelación del crucifijo y donde vivían Clara y las pobres señoras: una singular realización de la promesa que les había hecho. En el monasterio se retira la reja a través de la cual ellas reciben la Eucaristía, y durante una hora entera los hermanos mantienen elevada la camilla para que ellas puedan contemplarlo por última vez y besar sus manos. Ese mismo día, el cuerpo es sepultado en Asís, en la iglesia de San Jorge[42].

Dos años después, el Pobrecillo es proclamado santo por Gregorio IX. Una santidad particular, pues Francisco es uno de los más eminentes testigos de la experiencia de la vida cristiana.

Notas

1. Tomás de Celano, *Vida Primera de San Francisco*, 84, en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC 399), Madrid, 1998. El texto es accesible en el siguiente enlace: <https://www.franciscanos.org/fuentes/1Cel00.html>).
2. Francisco de Asís, s., *Regla no bulada*, 6,3 (<https://www.franciscanos.org/esfa/escritossf.html#rnb1r>)
3. Cf. C. Paolazzi, *Francesco in cammino. Testimonianza cristiana e «Lodi di Dio Altissimo»*, Villa Verucchio (Rn), Pazzini, 2003, 27.

4. *Leyenda de los Tres Compañeros* 20, en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC 399), Madrid, 1998.
5. Tomás de Celano, *Vida segunda de San Francisco de Asís*, 214, en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC 399), Madrid, 1998.
6. *El Testamento de Siena*, muy breve, escrito poco tiempo antes, contiene la bendición de todos los frailes, incluso de los que ingresen en el futuro, la exhortación a observar el mandamiento del amor (cf. *Jn* 15,12), una viva reafirmación de la «santa pobreza» y la humilde sumisión a los sacerdotes de la «santa madre Iglesia».
7. Cf. Francisco de Asís, s., *Testamento* (1226). Para el Testamento, cf. G. Miccoli, *Francesco. Il santo di Assisi all'origine dei movimenti francescani*, Roma, Donzelli, 2013, 51-74; C. Vaiani, *Spiritualità fraterna. Una «Vita di san Francesco» tra storia e teologia*, Milán, Biblioteca Francescana, 2022, 81-108; 389-395.
8. Los números entre paréntesis corresponden a los versos del Testamento.
9. Cf. R. Manselli, *San Francesco*, Roma, Bulzoni, 1980, 126.
10. Cf. C. Vaiani, *Spiritualità fraterna ...*, op. cit., 297. El trabajo de los pobres no se pagaba con dinero, sino con los alimentos necesarios para vivir. Para Francisco, no se podía recibir dinero ni siquiera en caso de extrema necesidad, porque aceptar ofrendas era un robo a los pobres, con una sola excepción: la «necesidad manifiesta de los frailes enfermos [...] y de los leprosos» (cf. *Regla no bulada* VIII, 1. 10; C. Frugoni, *Vita di un uomo: Francesco d'Assisi*, Turín, Einaudi, 2001, 58). Como ex comerciante, era consciente de las consecuencias que derivaban del apego al dinero, que impide ver las necesidades de los demás y genera avaricia (Cf. *ibid.*, 59).
11. Cf. P. Messa, *Francesco profeta. La costruzione di un carisma*, Roma, Viella, 2020, 59-61. ?
12. Francisco de Asís, s., *Scritti*, al cuidado de C. Paolazzi, Grottaferrata (Roma), Frati Editori di Quaracchi – Fondazione Collegio S. Bonaventura, 2009, VIII.
13. Jacoba de Settesoli era viuda de Graziano Frangipane, un noble romano. El episodio es histórico y aparece en la *Compilación de Asís* y en el *Tratado de los*

milagros de San Francisco, de Tomás de Celano, donde se recoge el testimonio del hijo mayor de Jacoba.

14. Francisco de Asís, s., *Carta a la señora Jacoba*: FF 253-255.

15. *Leyenda de Perusa*, 8.

16. Cf. C. Paolazzi, *Lettura deli «Scritti» di Francesco d'Assisi*, Milán, Biblioteca Francescana, 2015, 297.

17. Ibid., 299. Cf. Tomás de Celano, *Tratado de los Milagros*, 37-40.

18. Ibid., 37.

19. C. Vaiani, *Spiritualità fraterna...*, cit., 312.

20. *Leyenda de Perusa*, 12.

21. Cf. J. Dalarun, «La mort des saints fondateur. De Martin à François», en *Les fonctions des saints dans le monde occidental (IIIe-XIIIe siècle)*, Roma, École Française de Rome, 1991, 205.

22. R. Manselli, «L'ultima decisione di s. Francesco. Bernardo da Quintavalle e la benedizione di s. Francesco morente», en *Bullettino dell'Istituto storico italiano per il Medio Evo e Archivio muratoriano* 78 (1967) 145.

23. Id., *San Francesco*, cit., 360.

24. *Leyenda de Perusa*, 12.

25. R. Manselli, «L'ultima decisione di s. Francesco...», cit., 148.

26. Francisco de Asís, s., *Última voluntad* 1-3.

27. C. Vaiani, *Spiritualità fraterna...*, cit., 315 s.

28. Tomás de Celano, *Leyenda de Santa Clara*, 14.

29. Cf. *Regla de Santa Clara* VI, 6-9.

30. *Leyenda de Perusa*, 7.

31. Francisco de Asís, s., *Cántico del Hermano Sol*, 27-31.

32. Debemos esta precisión a E. Menestò, «Morte corporale e “morte secunda”» en *Il Cantico di frate Sole. 53° Convegno di studi francescani* (16-18 de octubre de 2025), en www.youtube.com/watch?v=uxFQ3_YSPts

33. Cf. Job 17,14. En la *Vulgata Clementina*: *Putredini dixi: Pater meus es; Mater mea et soror mea: vermibus*. Cf. también Os 13,14: *Ero mors tua, o mors! morsus tuus ero, inferne!* Debemos esta precisión a C. Ossola, «Job renovatus atque triumphans», en *Il Cantico di frate Sole. 53° Convegno di studi francescani...*, cit.

Cabe notar que el versículo constituye la antífona a las Vísperas del Sábado Santo.

34. Francisco de Asís, s., *Scritti*, al cuidado de C. Paolazzi, cit., 123.

35. C. Vaiani, *Storia e teologia dell'esperienza spirituale di Francesco d'Assisi*, Milán, Biblioteca Francescana, 2013, 402.

36. *Leyenda de Perusa*, 99.

37. Ibid.

38. Tomás de Celano, *Vida segunda de San Francisco de Asís*, 216.

39. Ibid., 217.

40. *Leyenda de Perusa*, 100.

41. Cf. el título del volume de A. Marini, *Francesco d'Assisi, il mercante del regno*, Roma, Carocci, 2019, 201 s.; 212.

42. Actualmente, la iglesia forma parte de la basílica de Santa Clara, donde Francisco había aprendido a leer y donde más tarde había predicado el Evangelio por primera vez (véase Buenaventura de Bagnoregio, s., *Leyenda Mayor* 15,5). En 1230, los restos del santo fueron trasladados a la basílica erigida en su honor.

Este artículo se publicó en [La Civiltà Cattolica](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Qué ha dicho León XIV en Francia

Acepressa

Durante su [viaje a Francia](#), del 25 al 28 de septiembre, el Papa ha prestado particular atención a algunos temas “clásicos” en el país, como la laicidad y el papel de la escuela católica. No han faltado alusiones a otros actuales, como la [eutanasia](#), que este año ha sido aprobada por el Parlamento. También ha tratado cuestiones universales –la paz, las migraciones– y otras propias de la Iglesia –las numerosas conversiones, la liturgia–. Ofrecemos aquí una selección de fragmentos extraídos de sus intervenciones en [París](#), Lourdes y Metz.

Laicidad

El cristiano que participa en la vida pública y actúa según la luz de su conciencia iluminada por la fe no puede ser considerado un proselitista ni una amenaza para la unidad de la patria. (...) Una justa laicidad no consiste en excluir a la religión del espacio público o de la educación, sino en trabajar para que el Estado y las instituciones religiosas dialoguen entre sí y unan sus fuerzas al servicio de lo verdadero, lo bueno y lo bello, *para que el mundo tenga vida*. ([Con las autoridades](#), en el Palacio del Elíseo.)

Actualmente, ustedes viven bajo un régimen de laicidad muy particular, fruto de una historia agitada, hoy apaciguada, pero que debe permitir a la Iglesia cumplir su misión. El hecho de que el equilibrio, alcanzado con tanto esfuerzo, se vea poco a poco cuestionado, como sucede en otras partes del mundo occidental, no debe llevarlos a la resignación. Los invito a mantenerse vigilantes para defender la libertad y los derechos de la Iglesia a evangelizar, a educar en la verdadera libertad y a practicar públicamente el culto, para que, de manera visible, se pueda ejercer la caridad en nombre de Jesucristo. ([A la Conferencia Episcopal](#), en Lourdes.)

Dignidad humana

El punto de referencia con el que podemos evaluar nuestro compromiso [con la persona humana] es el cuidado que prestamos a los más pequeños y a los pobres: los niños en el vientre de sus madres y en los distintos escenarios de guerra; las personas con discapacidades físicas e intelectuales; los adultos mayores; los migrantes y los refugiados; y todos aquellos a quienes la arrogancia excluye por considerarlos improductivos. Ellos son la verdadera prueba de nuestras afirmaciones sobre el respeto a la dignidad humana, y su protección y promoción se extienden también a la creación. ([En la sede de la UNESCO](#), París.)

La grandeza de una civilización no se mide por sus éxitos materiales, sino por la manera en la que abraza, protege y eleva la persona humana. Las religiones son guardianas de la vida: ellas afirman su valor sagrado. Su fecundidad se

demuestra en su presencia amorosa junto a las personas más vulnerables y más frágiles. ([Encuentro interreligioso](#) en Metz.)

Eutanasia

A veces constato con preocupación ciertas derivas de las sociedades actuales que corren el riesgo de convertir la ciencia y la tecnología en empresas lucrativas que favorezcan las manipulaciones genéticas, la gestación subrogada, la compra de órganos o la oferta de una muerte programada. ([Con las autoridades](#), en el Palacio del Elíseo.)

“Invito a toda la comunidad de los agentes sanitarios a recordar el significado profundo de su vocación: hacerse cargo de una persona que sufre, y no eliminarla”

(Discurso a enfermos y cuidadores, en Lourdes)

Sé que, para algunos de ustedes [enfermos], que sufren a causa de patologías particulares y de dolores a veces terribles, el horizonte puede parecer oscuro, incierto, sin salida. Pero ninguna ley humana debe hacernos perder la certeza de su dignidad. Por el contrario, precisamente en nombre de esta dignidad inalienable de la persona humana debe rechazarse firmemente la tentación de quitar la vida con el pretexto de una falsa compasión. Es imposible considerar normal el hecho de poner fin a la vida. Lo que es legal no es necesariamente moral.

(...) Invito a toda la comunidad de los agentes sanitarios a recordar el significado profundo de su vocación: hacerse cargo de una persona que sufre, y no eliminarla. Sí, queridos amigos, ¡sean servidores apasionados de la vida! ¡Ninguno tiene el derecho, nunca, «basándose en algoritmos de laboratorio, de decidir sobre la vida de un embrión determinado o de una persona de la tercera edad determinada! ¡La medicina nunca podrá convertirse en sierva de la muerte programada!» (Discurso a los miembros de la Fundación Jérôme Lejeune, 22 junio 2026). ([Con los enfermos y cuidadores](#), en Lourdes.)

Educación

Ninguna educación está completa si no aborda la cuestión del sentido. En ese mismo discurso [[Discurso de san Juan Pablo II a la UNESCO, 2-06-1980](#), apartados 10-11], san Juan Pablo II lo recordaba: educar es ayudar al hombre a “ser” más y no sólo a “tener” más, reconociendo en él también esa trascendencia de la persona que pertenece a la plenitud de su humanidad. ([En la sede de la UNESCO](#), París.)

“El auténtico laicismo no excluye la dimensión religiosa, sino que, por el contrario, sabe atesorarla como un recurso educativo” (*Discurso a los participantes en el Encuentro Nacional de Profesores de Religión Católica*, 25 abril 2026). Es precisamente por eso que la escuela católica ocupa un lugar importante en el panorama educativo de un país como Francia. ([Con las autoridades](#), en el Palacio del Elíseo.)

La enseñanza católica, cuyo “carácter propio” se ve cuestionado en estos tiempos. Es motivo de alegría que los centros de enseñanza católica estén ampliamente abiertos a quienes no comparten nuestra fe. Esa acogida generosa y respetuosa de la libertad de conciencia de cada uno promete una gran fecundidad para todos, para la sociedad y para la propia Iglesia. Sin embargo, la enseñanza católica no puede, en modo alguno, renunciar a su proyecto educativo, un proyecto centrado en Cristo que tiene como objetivo el desarrollo integral de la persona humana en todas sus dimensiones: espiritual, cultural, intelectual, moral y social. Por lo tanto, a nadie debe sorprenderle que en cualquier centro católico se ofrezcan oportunidades para encontrarse con Jesucristo y escuchar su Palabra. Y mucho menos, ningún alumno debería verse marginado en su clase, por el hecho de creer en Jesús. ([A la Conferencia Episcopal](#), en Lourdes.)

Paz

La paz no puede construirse sólo con tratados, ni con compromisos entre fuerzas opuestas. La paz es auténtica cuando brota de la virtud de la justicia y no de un simple contrato, de una voluntad recta más que de un equilibrio inestable de intereses. A decir verdad, sólo una voluntad recta puede reconocer en el otro a un hermano o una hermana, a una persona semejante a uno mismo. ([En la sede de la UNESCO](#), París.)

“No es verdad que el que no cede es más fuerte que el que busca la reconciliación”
(Misa en la catedral de Metz)

La historia de la Iglesia y de la humanidad, si la observamos más de cerca, no la escriben quienes dan la impresión de vencer al imponerse y ocupar el espacio, sino quienes “hacen espacio”, establecen procesos de paz, generan confianza y fomentan la vida. ([En el Centro de Acompañamiento e Integración Social Maison Bakhita](#), París.)

Ustedes que son los hijos de esta tierra, lacerada en el pasado por conflictos fratricidas, saben bien que no es verdad que el que comete venganza es más fuerte que el que perdona. No es verdad que el que no cede es más fuerte que el que busca la reconciliación. No es verdad que el que se marcha dando un portazo es más fuerte que el que afronta el esfuerzo de caminar juntos. ([Misa en la catedral de Metz.](#))

La búsqueda de la paz en Europa, al igual que en el resto del mundo, no debe confundirse con un irenismo ingenuo. Por el contrario, las palabras de Schuman son más vigentes que nunca: “La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan” [Declaración Schuman, 9-05-1950]. (...) La Europa de Schuman es un continente en el que se prefiere el diálogo a la lucha armada; en el que se ponen en común los recursos para que «cualquier guerra (...) no sólo resulte impensable, sino materialmente imposible» [*ibid.*]. ([Encuentro “A las Raíces de Europa por la Paz y la Unidad”](#), Metz.)

Migraciones

La Europa contemporánea se enfrenta a una nueva etapa en su larga historia de encuentros, con la llegada al continente de tantos hombres y mujeres que huyen de zonas de guerra y persecución, o que buscan una mejora de vida lejos de la pobreza y la miseria. (...) Hay que captar el alcance histórico de lo que está sucediendo, es decir, un encuentro sin precedentes entre pueblos y culturas que pide un redescubrimiento creativo de nuestras raíces y, al mismo tiempo, una escucha atenta del otro. La universalidad de los valores fundacionales de Europa nos asegura que este diálogo es posible y que podrá dar una base sólida a nuestras sociedades, permitiendo trabajar de manera más eficaz por la paz y por un mundo reconciliado. ([Encuentro “A las Raíces de Europa por la Paz y la Unidad”](#), Metz.)

Conversiones

Como ustedes y junto con ustedes, estoy maravillado por el número de personas que hoy se acercan al umbral de la fe y los numerosos adultos que piden recibir los sacramentos de la iniciación cristiana.

Puede parecer paradójico que este fenómeno de tantas personas que redescubren el Evangelio y abrazan la fe se produzca en el contexto de una sociedad como la francesa, marcada por una cultura fuertemente secularizada. Su experiencia y su testimonio, queridos catecúmenos y neófitos, son un signo tangible de la obra de la gracia de Dios, que supera los análisis estadísticos y sociológicos. Este fenómeno, que contradice toda actitud derrotista y aquello que el Papa Francisco llamaba el «pesimismo estéril» (cf. [Exhort. ap. *Evangelii gaudium*](#), 84-86), debe ser acogido con espíritu de responsabilidad. (...) Quisiera recordar una expresión utilizada por el episcopado francés hace ya muchos años, cuando exhortaba a imaginar y encarnar una Iglesia «en estado de iniciación», capaz de cuidar de los catecúmenos, de los neófitos y de quienes

recomienzan su camino, ofreciéndoles un acompañamiento sólido a lo largo del tiempo. ([Con los miembros de la Asamblea Sinodal Provincial](#), París.)

Liturgia

A ustedes, que celebran diariamente la Eucaristía, les pido que velen para que las celebraciones litúrgicas se vivan siempre con dignidad y decoro, también allí donde se reúnen comunidades más pequeñas. Sean herederos conscientes de los Padres y de los Santos de la Iglesia que, a lo largo de los siglos, nos han transmitido el significado profundo y la belleza de la liturgia, dando siempre testimonio de una gran humildad ante el Misterio celebrado. (...) Antepongan, por tanto, la comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia a sus sensibilidades personales, para cultivar la unidad del pueblo de Dios. ([Con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y seminaristas](#) en la catedral de Notre-Dame, París.)

Abusos

En los últimos años, ustedes han afrontado con determinación la dolorosa lacra de los abusos a menores cometidos por miembros del clero o en el contexto eclesial. Han adoptado medidas valientes para hacerle frente, a través de la escucha, la búsqueda de la verdad, la justicia, el perdón, la reparación y un compromiso firme a favor de una cultura de la prevención y protección frente a estos delitos. Les agradezco lo que han hecho, y sé que algunos momentos han sido muy difíciles para su Conferencia. Es necesario continuar por el camino emprendido, manteniendo la máxima vigilancia. Al mismo tiempo, su clero necesita apoyo y ánimo; sé que es objeto de solicitud paternal de ustedes. ([A la Conferencia Episcopal](#), en Lourdes.)

Este artículo se publicó en [Aceprensa](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Viaje apostólico del Santo Padre León XIV a Francia y visita a la sede de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)

25-28 de septiembre de 2026

Vatican.va

1. Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático
2. Visita a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)

3. Celebración de las Vísperas con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los consagrados, las consagradas y los seminaristas

4. Vigilia de Oración con los jóvenes

5. Encuentro con los miembros de la Asamblea Sinodal

6. Encuentro con los enfermos y acompañantes del *Accueil Notre-Dame*

7. Encuentro Interreligioso

8. Encuentro "A las raíces de Europa por la paz y la unidad"

Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

Discurso del Santo Padre León XIV

Palacio del Elíseo (París)

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Señor Presidente, distinguidas autoridades y miembros del cuerpo diplomático, señoras y señores:

Para mí es un gran placer estar hoy entre ustedes. Le estoy particularmente agradecido, señor Presidente, por su cordial invitación a visitar Francia, y le agradezco las palabras de bienvenida que acaba de dirigirme. A través de usted, saludo también a todos los que habitan este país de vasto patrimonio cultural y religioso. Juntos forman un pueblo en el que la diversidad de orígenes

contribuye a dinamizar y enriquecer la convivencia y la vida democrática. También quiero asegurarles, señor Presidente, señoras y señores, que Francia ocupa muy a menudo un lugar especial en las oraciones del Papa, que no olvida sus raíces familiares normandas y bearnesas.

Mi visita a Francia comienza por la capital de su país, París, a la que a menudo se le conoce como “la Ciudad de la Luz”. Desde hace siglos, Francia brilla como un faro cultural, artístico y espiritual, no sólo en Europa, sino también en el mundo. Gracias a sus escuelas catedralicias, sus universidades y sus academias —lugares esenciales para la búsqueda de la verdad—, Francia ha contribuido a forjar la inteligencia de los pueblos, mucho más allá de sus fronteras. La lucidez de excepcionales espíritus franceses, que fueron al mismo tiempo grandes católicos, pone de relieve hasta qué punto las ciencias, las artes, la literatura y la filosofía pueden contribuir al bien de la humanidad cuando se orientan hacia la búsqueda de lo bello, lo bueno y lo verdadero, para que el mundo tenga vida.

La maestría francesa es sinónimo de excelencia en numerosos ámbitos. Se ha destacado de manera notable, en particular, en la vasta obra de restauración de la catedral de Notre-Dame de París, en la que participaron desde el inicio numerosas instituciones, tanto privadas como públicas, y a la que usted, Señor Presidente, le ha prestado una atención especial, que le agradezco. Saludo con gratitud a todos los artesanos y gremios que se comprometieron con este proyecto. La reciente reapertura de la catedral para la celebración del culto divino, así como para los visitantes de todo el mundo, constituye la culminación de una hazaña técnica y, a la vez, el símbolo de una esperanza recuperada, la prueba de que lo que se creía destruido para siempre puede renacer gracias a la colaboración de todos y el testimonio de una unidad alcanzada mediante el esfuerzo común. Un logro tan hermoso debe inspirar a todos los actores de la vida política, social y religiosa del país, a tener un nuevo impulso para trabajar sin cesar con espíritu de unidad y con la fuerza de una esperanza viva.

Francia es también una tierra de profundas raíces cristianas. Desde san Ireneo y el bautismo de Clodoveo, el alma de su patria se ha desarrollado nutriéndose

del cristianismo para forjar un genio espiritual, cultural, intelectual, artístico y misionero que hoy irradia su influencia por el mundo entero. Así fue como en la Francia del siglo XVI floreció el humanismo, que buscaba unificar la herencia grecorromana y la fe cristiana. A los célebres pensadores del Renacimiento, y luego del Gran Siglo, sucederían los de la Ilustración; con ellos, entonces, Francia aportó al mundo auténticos logros; entre ellos, el reconocimiento de los “Derechos Humanos” inscritos en la naturaleza de la persona humana, en particular el de la libertad religiosa. Esta atención permanente a la dignidad inherente a toda persona humana encuentra eco en su lema nacional. La libertad, la igualdad y la fraternidad no son simples palabras grabadas en los frontones de sus edificios públicos, sino que remiten a exigencias éticas universales que encuentran también en el mensaje evangélico una fuente inagotable de inspiración y plenitud.

La Declaración universal de los Derechos Humanos , proclamada en esta ciudad de París —y en cuya elaboración el jurista francés y Premio Nobel de la Paz, René Cassin, desempeñó un papel destacado— tuvo como objetivo crear una conciencia general sobre la dignidad inalienable de la persona humana. San Juan Pablo II, que consideraba este documento como «una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad», era consciente de que «toda amenaza a los derechos humanos, bien sea en el ámbito de los bienes materiales, bien sea en el de los bienes espirituales, es igualmente peligrosa para la paz, porque afecta siempre al hombre en su integridad».¹

La cuestión del respeto a la dignidad humana y a los derechos y libertades fundamentales que se derivan de la naturaleza humana se plantea en todas las épocas y debe acompañar los cambios de la sociedad y el avance técnico. En efecto, «a lo largo de los siglos, el desarrollo tecnológico ha contribuido a una mejora significativa de las condiciones de vida de la humanidad; al mismo tiempo, cada etapa del progreso también ha puesto de manifiesto el lado ambiguo de instrumentos capaces de causar daño cuando no se orientan hacia el bien» (Magnifica humanitas, n. 4). Ya en su época, Georges Bernanos percibía el riesgo de que la obediencia ciega y la irresponsabilidad se convirtieran en los amos de un “Paraíso de las Máquinas”. Destacaba cómo,

para escapar de ellas, la civilización francesa, por el contrario, había trabajado durante siglos en la formación de hombres libres, plenamente responsables de sus actos.²

Por esta razón, me pareció indispensable abordar en mi primera carta Encíclica el tema de la Inteligencia Artificial, con el fin de volver a situar a la persona humana en el centro de toda reflexión. Para no perder nuestra humanidad en medio del “Paraíso de las Máquinas” que invaden y condicionan nuestra vida cotidiana, es urgente formar las mentes en un discernimiento ético capaz de distinguir lo que es moralmente bueno. Esta exigencia es necesaria para reconocer el bien verdadero que hace crecer al hombre según su vocación primordial, en el respeto incondicional de su libertad interior y de su dignidad sagrada. A este respecto, quisiera recordar «que una sociedad verdaderamente libre no impone la uniformidad, sino que protege la diversidad de conciencias, previniendo las tendencias autoritarias y promoviendo un diálogo ético que enriquece el tejido social» (Discurso a los miembros del cuerpo diplomático, 9 enero 2026). Este diálogo resulta aún más urgente en el contexto de la Francia de hoy, donde personas de diferentes orígenes culturales y religiosos están llamadas a convivir y a contribuir a la edificación de la sociedad.

Es precisamente gracias a la riqueza de su tejido social que, desde hace siglos, Francia se distingue por su atención a la diversidad y por un fuerte deseo de solidaridad. A través de la obra destacada de hombres y mujeres que se mantuvieron fieles a su humanidad y a los valores del Evangelio, la Iglesia católica en Francia no ha dejado de trabajar por el bien de los más necesitados, convirtiéndose en el rostro vivo de la ternura y de la compasión de Dios. Pensemos en la obra de san Vicente de Paúl, en la renovación caritativa del siglo XVII y, aún hoy, en el personal de las numerosas instituciones católicas que acompañan a nuestros hermanos y hermanas debilitados por el sufrimiento. Sus testimonios de atención y servicio constituyen una verdadera escuela de humanidad sobre la grandeza del cuidado y un recordatorio conmovedor del valor único e insustituible de cada ser humano. Son también una invitación a una fraternidad renovada que exige aprender a acoger la vida sin condiciones, a sostener la fragilidad con ternura, a acompañar con respeto y

confianza mutua cada etapa de la existencia y a defender, con valentía y compasión, a quienes no tienen voz o no se sienten lo suficientemente apoyados. Por eso reafirmo «con fuerza que la tutela del derecho a la vida constituye el fundamento imprescindible de cualquier otro derecho humano» (íbid).

Existe en nuestros días la tentación de esperar que la ciencia nos brinde una solución y un consuelo para todos nuestros sufrimientos. El riesgo es, a menudo, caer dicha ilusión. Cuando la ciencia y la tecnología no están guiadas por la conciencia, pueden proponer soluciones inmediatas que parecerían responder a los deseos y sufrimientos de los hombres y mujeres, pero que, en realidad, consiguen desviarlos gravemente del bien al que aspiran profundamente. A veces constato con preocupación ciertas derivas de las sociedades actuales que corren el riesgo de convertir la ciencia y la tecnología en empresas lucrativas que favorezcan las manipulaciones genéticas, la gestación subrogada, la compra de órganos o la oferta de una muerte programada. No olvidemos que el respeto mutuo y la protección de la vida de toda persona humana constituyen una responsabilidad de cada uno y de todos, que comienza con una conversión de la inteligencia y del corazón, y que requiere un compromiso real y desinteresado para con nuestros hermanos y hermanas.

¿Cómo no observar también, en este compromiso, una expresión de la justa laicidad de la ciudad terrenal? El cristiano que participa en la vida pública y actúa según la luz de su conciencia iluminada por la fe no puede ser considerado un proselitista ni una amenaza para la unidad de la patria. Efectivamente, «el auténtico laicismo no excluye la dimensión religiosa, sino que, por el contrario, sabe atesorarla como un recurso educativo» (Discurso a los participantes en el Encuentro Nacional de Profesores de Religión Católica, 25 abril 2026).

Es precisamente por eso que la escuela católica ocupa un lugar importante en el panorama educativo de un país como Francia. «Esto, por otro lado, forma parte de una actitud más amplia, indispensable para todo diálogo en la escuela como

en la sociedad: conocer y amar lo que somos, para ser capaces de encontrar a los demás con respeto y apertura» (íbid).

Por tanto, una justa laicidad no consiste en excluir a la religión del espacio público o de la educación, sino en trabajar para que el Estado y las instituciones religiosas dialoguen entre sí y unan sus fuerzas al servicio de lo verdadero, lo bueno y lo bello, para que el mundo tenga vida. En este sentido, celebro el trabajo realizado en el marco de la Instancia de Diálogo entre la Santa Sede, la Iglesia católica en Francia y el Gobierno francés. La incansable labor de la Iglesia católica, a través de la riqueza de sus expresiones e instituciones, es sin duda valiosa y loable para el bienestar de toda la sociedad. Estos intercambios ilustran muy felizmente esa sana complementariedad que fue reafirmada durante el Concilio Vaticano II, en el sentido de que «la comunidad política y la Iglesia [...] aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 76-3).

Constato también, con alegría, que esa misma voluntad de servir juntos a toda persona, sin importar su origen, ha inspirado durante siglos la cooperación entre Francia y la Iglesia católica al servicio de los cristianos de Oriente. La labor educativa, social, cultural y humanitaria que se lleva a cabo en los países de Medio Oriente, en colaboración con diversas asociaciones como Ayuda a la Iglesia Necesitada o *Œuvre d'Orient*, constituye una valiosa contribución al diálogo entre los pueblos y a la defensa de los derechos de toda persona.

Tenemos aquí un testimonio elocuente en el que la cultura y la fe se presentan como pilares que favorecen la armonía entre diferentes pueblos y religiones al servicio de la paz y la mediación entre los seres humanos. También en este ámbito, la educación constituye un tema de especial importancia. De hecho, sigue siendo, uno de los principales campos de cooperación y encuentra una expresión, concreta y fructífera, en el Fondo para las Escuelas de Oriente. Al respecto, deseo expresar mi gratitud a todas las personas comprometidas con este proyecto y que, desde su fundación en 2021, ha permitido brindar apoyo a

más de doscientas sesenta instituciones educativas en el Medio Oriente, incluidas siete universidades en el Líbano y la Universidad de Belén.

Pero, ¿cómo evocar esta región del mundo, donde nació el Príncipe de la Paz hace dos mil años, sin pensar también en todas esas poblaciones afectadas por las consecuencias de los conflictos y en todos aquellos que padecen el flagelo de la guerra? No podemos permanecer indiferentes ante tales sufrimientos que hieren la dignidad humana y claman justicia ante Dios. La gravedad de estas situaciones debe interpelarnos y llama a cada uno, allí donde se encuentre, a una verdadera conversión del corazón y a un cambio de actitud. Reconociendo humildemente la necesidad que tenemos unos de otros podremos trabajar juntos, con mayor empeño, en la construcción de la civilización del amor en el corazón de nuestro mundo, que se ha vuelto tan complejo e interdependiente (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, n. 182). Al mismo tiempo, como ya lo afirmaba en su momento mi santo predecesor Juan XXIII, «la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que, de un lado y de otro, las naciones que los poseen los reduzcan simultáneamente; que se prohíban las armas atómicas; que, por último, todos los pueblos, en virtud de un acuerdo, lleguen a un desarme simultáneo, controlado por mutuas y eficaces garantías» (Carta enc. Pacem in terris, 112). En efecto, se difunde cada vez más la convicción errónea de que la posesión de armas nucleares sería una garantía de seguridad, lo que alimenta una nueva carrera armamentista difícil de controlar (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, 194). Sin embargo, la paz no es un equilibrio de fuerzas; se construye cada día a través del diálogo y la justicia.

Por eso, les exhorto a no resignarse nunca ante la perspectiva de una guerra considerándola “inevitable”, sino a promover sin descanso el diálogo y la diplomacia, con el fin de preservar sociedades pacíficas, respetuosas de la dignidad y los derechos de las personas y de los pueblos. Ante el estruendo de las guerras y las variadas crisis que sacuden a nuestro mundo, Francia tiene la vocación de seguir siendo un incansable artífice de la paz y del multilateralismo, especialmente en el seno de nuestra querida Europa. Que Francia, fiel a sus valores, abra el surco de una paz desarmada y desarmante, y

ofrezca con responsabilidad su insustituible contribución a favor de la paz. Que su libertad crezca sin cesar en la búsqueda del bien común. Que su fraternidad abrace a toda la humanidad. Y que la igualdad a la que aspiran se establezca siempre sobre los cimientos de la justicia y de la caridad, sin suprimir las diferencias entre las personas, sino haciéndolas fructificar armoniosamente en beneficio de toda la sociedad.

Señor Presidente, señoras y señores, deseo expresarles una vez más mi gratitud por este encuentro que, retomando las palabras —significativas para todos— pronunciadas por Su Excelencia ante los obispos de Francia en 2018, pone de manifiesto como «una Iglesia que pretende desinteresarse de las cuestiones temporales no completaría su vocación; y un presidente que pretendiera desinteresarse de la Iglesia y de los católicos faltaría a su deber».³ Tengan la seguridad de mi fervientemente oración por su hermosa Nación.

Que Dios le conceda paz, unidad y prosperidad para que el mundo tenga vida. Encomiendo estos deseos a la intercesión maternal de la Santísima Virgen María, Patrona principal de Francia.

¡Que Dios bendiga a Francia y a todos los franceses!

¹ S. Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 7 y 14, 2 octubre 1979.

² Cf. G. Bernanos, *La France contre les robots*, Río de Janeiro 1946, 114.

³ E. Macron, *Discours du Président de la République devant les Evêques de France*, Collège des Bernardins, 9 abril 2018.

Este artículo se publicó en [Vatican.va](https://www.vatican.va). Puede leer [aquí](#) el original.

Visita a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)

Discurso del Santo Padre León XIV

Sede de la UNESCO (París)

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Señor Director General, Señor Presidente de la Conferencia General, Señor Presidente del Consejo Ejecutivo, Excelencias, Señoras y Señores:

Me da mucha alegría encontrarme hoy aquí, en esta Asamblea de las Naciones Unidas, donde las lenguas y las culturas se unen para colaborar en un proyecto que concierne a toda la familia humana: «Contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales» (Constitución de la UNESCO, art. 1, párr. 1). Construir juntos un mundo justo es, en efecto, el fundamento mismo de la cooperación internacional. Nuestras experiencias, aptitudes y competencias tienen como objetivo crear un espacio acogedor para todos y fecundo para cada uno, para que todos los pueblos puedan crecer en paz.

Como testigo de la paz, dirijo mi cordial saludo a ustedes, representantes de los Estados miembros y Observadores de las organizaciones internacionales, del mundo académico y de la sociedad civil. Agradezco al señor Khaled El-Enany, Director General de esta Organización, por su cálida invitación [y por las palabras que nos ha dirigido]. En mi calidad de pastor, les transmito la palabra de la Iglesia, que se hace incesante “mensaje y coloquio” dirigido a todos los pueblos, mujeres y hombres de buena voluntad (cf. S. Pablo VI, Carta enc. *Ecclesiam suam*, 34).

El proyecto de construir juntos un mundo justo coincide con una misión que hemos aprendido a compartir a lo largo de la historia. En este sentido, la UNESCO representa tanto un objetivo como una herramienta para continuar hoy esta tarea, con un compromiso aún mayor, de acuerdo con nuestros

múltiples ámbitos de actividad. En 2027 celebraremos el 75 aniversario de la presencia de la Santa Sede en la UNESCO: una presencia que surge de la convicción de que el futuro depende, ante todo, del respeto y la promoción de la dignidad inalienable de cada ser humano creado a imagen de Dios. Por ello consideramos a esta Organización como un interlocutor privilegiado al servicio del bien común, que es la «forma social de la dignidad» que todos compartimos de manera original e igualitaria (cf. Carta enc. Magnifica humanitas, 59). Desde 1952, la Misión Permanente de Observación de la Santa Sede discierne y acompaña, desde esta perspectiva, las iniciativas de la UNESCO, aportando su contribución al diálogo entre las naciones, con el fin de promover un auténtico desarrollo humano, que sólo es tal cuando está orientado a «promover a todos los hombres y a todo el hombre» (S. Pablo VI, Carta enc. Populorum progressio, 14).

Dirigiéndose a esta asamblea, mi venerado predecesor, san Juan Pablo II, recordaba que «genus humanum arte et ratione vivit». Puesto que, de hecho, «el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura» (Discurso a la UNESCO, 2 junio 1980, 6; cf. Sto. Tomas de Aquino, en Aristotelis Posteriora Analytica, 1), esta palabra se refiere a la forma de ser mediante la cual el ser humano le da sentido a todo lo que hace. Cuarenta y seis años después, al renovar ante ustedes el compromiso de colaboración de la Santa Sede, los invito a considerar la UNESCO no sólo como una ilustre organización internacional, sino también como un lugar donde la humanidad reflexiona sobre sí misma, sobre su historia y sobre su futuro. En efecto, es imposible promover la educación, las ciencias y la cultura sin promover la vida del hombre y de la mujer, quienes son sus protagonistas.

En el ámbito de la educación, la Iglesia católica aporta una experiencia muy antigua: desde hace siglos, sus comunidades abren escuelas y universidades, enseñan a leer y a escribir, y están presentes incluso en los lugares más pobres y remotos. Con el Pacto educativo global, mi predecesor Francisco quiso integrar esta experiencia en una alianza educativa más amplia, abierta a la contribución de todos. Pero lo que deseo transmitirles no son, ante todo, las obras: es la convicción de la que surgen estas. Ninguna educación está completa si no

aborda la cuestión del sentido. En ese mismo discurso, san Juan Pablo II lo recordaba: educar es ayudar al hombre a “ser” más y no sólo a “tener” más, reconociendo en él también esa trascendencia de la persona que pertenece a la plenitud de su humanidad (cf. *ibid.*, 10-11).

En esta asamblea, entonces, conviene explorar una pregunta fundamental que nos interpela con urgencia: ¿Qué significa ser humano? Todas las culturas se ven interpeladas por este interrogante, que se encuentra en el núcleo de toda forma de conocimiento, de todo arte y de toda religión. Incluso en el siglo XXI, no podemos dar por sentado que sabemos quién es la persona humana o qué significa vivir como ser humano. Efectivamente, cada generación está llamada a enfrentarse a esta pregunta, especialmente ante las tragedias que, lamentablemente, suceden incluso hoy en día.

Ante todo, la persona humana es alguien que es concebido y nacido; por lo tanto, ser humano significa, en primer lugar, ser un hijo. Ninguno de nosotros eligió serlo. Nadie decidió de quién, cuándo o dónde nacer. Esta verdad evidente arroja luz sobre algo que no es meramente biológico, sino ético: como hijos, todos somos hermanos y hermanas. Desde el principio, nuestra humanidad es un don y una prueba, una promesa y una responsabilidad. Para cada ser humano, el nacimiento establece un vínculo primordial, una comunión de vida que tiene su origen, y su primer entorno educativo, en la familia.

En segundo lugar, todos nacemos desnudos y necesitados. Somos pobres por nacimiento: necesitados de pan y de palabras, de cuidados y de afecto; es decir, de todo aquello que nutre el cuerpo y el espíritu. Lo sabemos bien; y, sin embargo, al volvernos adultos, corremos el riesgo de olvidarlo. Precisamente quienes están necesitados son los que sufren las mayores consecuencias de este olvido, cada vez que su humanidad es traicionada o descartada, explotada o engañada. Olvidar las circunstancias de nuestro nacimiento oscurece la idea misma de la vida humana, porque separa la vida de la historia que todos compartimos. Entonces, esta vida ya no se entiende como un don, sino como un producto. Deja de verse como una llamada al cuidado y a la responsabilidad

y se convierte en un producto susceptible de explotación. De hecho, esta trágica alternativa nos recuerda que ser humano es ser libre por naturaleza. Dado que todos somos hijos, nuestra libertad comienza con nuestra respuesta a la libertad de quien se dirige a nosotros primero, ya sea con gestos de afecto o de rechazo, de acogida amorosa o de abandono y crueldad.

En tercer lugar, mantener viva la memoria de nuestra humanidad común es reconocer su grandeza —es decir, su inmenso potencial—, aunque se vea menoscabada por tantas formas de maldad e injusticia. Quienes se dedican a la educación, la ciencia y la cultura están llamados, con mayor razón, a cuidar de cada persona, para que resplandezca la belleza de nuestra libertad. Esta belleza tiene un nombre: justicia. Sí, la libertad es hermosa cuando se orienta hacia el bien y la verdad; se desfigura cuando degenera en arbitrariedad, violencia o sed de poder. Ser humano implica, entonces, una responsabilidad ante la historia. El ser humano es aquel que crece, aprende y trabaja con las manos y con la mente. Mediante ese trabajo, se puede cultivar la tierra o desfigurarla, crear obras de arte o destruirlas. En este momento concreto, debemos reconocer que la más terrible de las “obras humanas” es la guerra; porque en ella la propia ciencia queda puesta al servicio de una voluntad inhumana de destruir y de matar.

A este respecto, el Preámbulo de la Constitución de la UNESCO comienza con unas palabras que siguen teniendo una sorprendente relevancia en la actualidad —como hemos visto en el “Muro por la Paz”—: «Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz» (Constitución de la UNESCO, Preámbulo, 1945). Estas palabras se escribieron tras la Segunda Guerra Mundial, la tragedia más devastadora del siglo pasado. La humanidad había llegado a comprender que el progreso científico, cuando se separa de la sabiduría, puede convertirse en un arma de destrucción; que la cultura, cuando se somete a la ideología, puede degenerar en falsedad y propaganda; y que la educación, cuando abandona la verdad, puede convertirse en un instrumento para manipular las conciencias. Los Estados fundadores de la UNESCO entendieron que los tratados son necesarios, pero no suficientes por sí mismos. Requieren una

cultura de paz y un compromiso compartido con la paz, que los sustenten. La paz no puede construirse sólo con tratados, ni con compromisos entre fuerzas opuestas. La paz es auténtica cuando brota de la virtud de la justicia y no de un simple contrato, de una voluntad recta más que de un equilibrio inestable de intereses. A decir verdad, sólo una voluntad recta puede reconocer en el otro a un hermano o una hermana, a una persona semejante a uno mismo.

Ochenta años después, las palabras de su Carta constitutiva no han perdido nada de su fuerza. Sin embargo, también vemos cuán profundamente se ve amenazado este principio común por formas de barbarie que alimentan la rivalidad y el conflicto. Entre los desafíos que enfrenta hoy el mundo de la ciencia y de la educación, quisiera poner de relieve aquellos que surgen del vasto campo de la tecnología. Nuestros esfuerzos en este ámbito deben garantizar que las nuevas tecnologías sigan estando al servicio de la persona humana, en lugar de convertirse en un instrumento más de dominación e injusticia.

A lo largo de los siglos, muchas tareas que antes realizaban los seres humanos han sido confiadas a las máquinas, cuyas capacidades y aplicaciones no han dejado de ampliarse. Más recientemente, a ciertos sistemas artificiales se les ha otorgado incluso el nombre de nuestra facultad humana del pensamiento: la inteligencia. Al mismo tiempo, sin embargo, nuestras ideas y relaciones corren el riesgo de empobrecerse debido a un proceso de deshumanización. La paradoja resulta cada vez más evidente: mientras se atribuye “inteligencia” a los sistemas computacionales, nos cuesta reconocer la dignidad inalienable de las personas, cuyas vidas se juzgan según el criterio de la eficiencia y, cuando se considera que ya no son productivas, son rechazadas y descartadas.

Esta dolorosa realidad nos invita a reflexionar tanto sobre la fragilidad de nuestra naturaleza humana como sobre la inmensa dignidad de cada persona humana —una dignidad que permanece intacta en las circunstancias de mayor vulnerabilidad, incluso hasta la muerte—. Sí, el ser humano es, sin duda, aquel que nace, pero también aquel que muere. Nuestra dignidad no se ve destruida

por la enfermedad ni por el sufrimiento, ni depende de nuestras capacidades. Al contrario, exige un cuidado amoroso en cada etapa de la vida.

Para la fe cristiana, el misterio de la persona humana encuentra su máxima plenitud en Cristo, quien, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). A la luz de Él, cada persona se nos presenta como una criatura querida y amada por Dios. Esta luz también nos ayuda a comprender más profundamente el significado de nuestra experiencia humana compartida.

Señoras y señores, como hombres y mujeres de ciencia, están llamados a cooperar incansablemente en nombre de nuestra historia común, para que, desde una diversidad de perspectivas, surja una convergencia de visiones y, de esa convergencia, una armonía en la acción. Esta armonía se expresa en la labor de la UNESCO cuando da una voz sinfónica a las más altas aspiraciones orientadas al bien y al cuidado de la humanidad. Donde hay armonía, las diferentes voces llegan a un acuerdo, y las naciones que ustedes representan se unen así en la concordia.

A este respecto, me gustaría recurrir a dos imágenes de la Biblia, el gran tesoro cultural de la humanidad: la Torre de Babel y la plaza pública de Pentecostés. Las propongo como formas de representar la unidad de la familia humana, la cual, incluso hoy, está continuamente llamada a discernir su rumbo adecuado, es decir, el sentido de la historia que está viviendo. En efecto, estos relatos bíblicos describen formas de vida social que nos invitan a reflexionar sobre las circunstancias de nuestro propio tiempo.

La Torre de Babel representa una unidad impuesta mediante la dominación (cf. Gn 11,4). Al mismo tiempo, este edificio revela que, cuanto más busca el poder la opresión, más se debilita a sí mismo, dejando al descubierto su rostro inhumano. Lo vemos en el sufrimiento y la injusticia causados por el despotismo, así como en formas de explotación que hieren tanto a la sociedad como al medio ambiente. Como enseña la historia, muchos imperios se han

dejado llevar por su poder antes de ser consumidos por él y derrumbarse como una torre. El resultado de esta soberbia, primero exaltada y después abatida, es la dispersión. La pretensión de hacerse como Dios y someter a los pueblos a un único yugo conduce a la confusión de lenguas y a la falta de comprensión mutua. En vez de alcanzar el cielo, como pretendía, la Torre de Babel se derrumbó, con una doble consecuencia negativa. Puesto que la unidad que imponía era forzada, también la diversidad que sigue a su derrumbe se convirtió en fuente de conflicto. Hoy, la tentación de Babel reaparece en una globalización perseguida sin fraternidad, en formas rapaces de neocolonialismo, en imposiciones ideológicas y en todos esos “contactos sin vínculos” que reducen la vida humana al comercio (cf. Comisión Teológica Internacional, *Quo vadis, humanitas?*, 42). La ciencia misma, cuando se reduce a una técnica de poder, ya no sirve para elevar a la persona humana, sino que, por el contrario, corre el riesgo de degradar los frutos de su esfuerzo.

De manera especial hoy, contamos con medios capaces de conectar a las personas y a los continentes de manera instantánea; sin embargo, al mismo tiempo, somos testigos de nuevas formas de aislamiento, de pobreza material y espiritual y de abandono. La comunicación se ha vuelto mucho más rápida, pero no necesariamente más veraz; la información es abundante, pero no es sinónimo de sabiduría. Sin un fundamento ético compartido, los numerosos canales de comunicación corren el riesgo de multiplicar la información falsa y dar vigencia a palabras desprovistas de significado, lo que obstaculiza el diálogo en lugar de fomentarlo.

La inteligencia artificial amplifica este problema: aunque estos sistemas pueden correlacionar datos, no pueden responder a las preguntas sobre el sentido de la vida humana, que tiene sus raíces en la experiencia vivida. No obstante, los seres humanos no pueden vivir sin sentido. El sentido es el oxígeno de la mente. Por esta razón, los desafíos de la comunicación, que son también siempre desafíos de la educación, convierten la búsqueda de la verdad en una cuestión de justicia social y equidad histórica. De ahí que la educación en este ámbito sea esencial, y aplaudo la iniciativa de la UNESCO a través de su

programa de “Alfabetización Mediática e Informativa” (AMI), que promueve el uso responsable de los medios y las herramientas digitales.

Ciertamente, sin la verdad, el lenguaje queda sometido a la lógica de la violencia y a la voluntad arbitraria de los poderosos. Así, se excluye a otros en nombre de la ganancia, y se mata a inocentes en nombre de la libertad. En lugar de respetar la ley, quienes están en el poder la invocan cuando les conviene y la ignoran cuando les limita, tratando incluso a la justicia misma como si fuera una mercancía que se puede comprar y vender. Si comprendemos que la corrupción de la ley comienza con la corrupción del corazón, podemos reconocer cómo toda ciencia corre el riesgo de perder su sentido propio cuando se practica al margen de la ética, dejando así de servir y de reflejar la dignidad humana.

Con respecto a esto, animo a toda la comunidad internacional a prestar especial atención a la protección de los niños y los jóvenes. En la era digital, su vulnerabilidad nunca debe convertirse en una oportunidad para la explotación. Que estas tecnologías apoyen su crecimiento, su educación y sus relaciones, salvaguardando su libertad de pensar y discernir, y permaneciendo siempre al servicio de la dignidad de la persona humana.

La corrupción de la cultura que estamos considerando encuentra su redención en la plaza pública de Pentecostés. Allí, todos los pueblos reciben como buena noticia un mensaje de paz. Ese anuncio proclama la resurrección de Jesús, es decir, la victoria de la vida sobre la muerte y la salvación que da esperanza al mundo. El día de Pentecostés, la plaza pública se convierte en un lugar donde se celebra la paz que sana toda ofensa contra la persona humana. Cada uno de los presentes escuchaba el mensaje en su propia «lengua nativa» (cf. Hch 2,8). La comunión no suprime en absoluto la diversidad. Más bien, permite que la diversidad florezca en la armonía de las voces y los rostros. En el anuncio de la paz, la riqueza de las culturas se convierte en portadora de una verdad universal. La enseñanza bíblica nos muestra así el camino para alcanzar lo que todos buscamos: «esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo»

(Homilía en la Misa del Inicio del Ministerio Petrino, 18 mayo 2025). No es la dominación de Babel, sino la paz de Pentecostés, la que hace posible esta comunión entre todos los pueblos. Cada cultura, por tanto, alcanza su más alta sabiduría cuando busca la paz y el bien de todos, dando testimonio del auténtico significado de nuestra humanidad.

Quienes se dedican a la educación saben que sólo la verdad nos hace libres. Quienes enseñan y quienes investigan saben que el error nos esclaviza a la ignorancia y a la superstición. Cada vez que nos encontremos con obstáculos en nuestra misión, recordemos que hay una sola Tierra para todos y una naturaleza humana común. No se puede comprender al ser humano separando lo que forma parte de un todo: el cuerpo y el alma, la vida personal y las relaciones, nuestra relación con los demás y con el medio ambiente. Todo forma parte de la unidad de nuestra existencia. Por esta razón, cultivar la tierra también significa cultivar la humanidad que la habita. La educación y la ciencia están llamadas a esta tarea. En realidad, no es casualidad que toda cultura, según la propia etimología de la palabra, se refiera al acto de cultivar. Renuevo, por tanto, la llamada de mis predecesores a cuidar juntos de la persona humana y de la creación: el Papa Benedicto XVI habló de la necesidad de una ecología de la persona humana, mientras que el Papa Francisco desarrolló la perspectiva de la ecología integral (cf. Benedicto XVI, Discurso al Parlamento Federal Alemán, 22 septiembre 2011; Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 137–162).

El punto de referencia con el que podemos evaluar nuestro compromiso es el cuidado que prestamos a los más pequeños y a los pobres: los niños en el vientre de sus madres y en los distintos escenarios de guerra; las personas con discapacidades físicas e intelectuales; los adultos mayores; los migrantes y los refugiados; y todos aquellos a quienes la arrogancia excluye por considerarlos improductivos. Ellos son la verdadera prueba de nuestras afirmaciones sobre el respeto a la dignidad humana, y su protección y promoción se extienden también a la creación. En oposición a esto se encuentra una voluntad de explotar y saquear, de extraer lo máximo posible de cada ser vivo, de consumir sin preservar y destruir sin cultivar. Por eso, la actual crisis ecológica es también una crisis antropológica. La Iglesia está convencida, además, de que

cada cultura lleva en sí misma una sabiduría que madura en un ecosistema de pueblos. El hábitat de la persona humana es la sociedad: no un entorno meramente físico como el desierto o el océano para los animales, sino uno moral y relacional. Donde prevalece la paz social, los pueblos prosperan en justicia.

Es ahí, pues, donde la UNESCO encuentra la síntesis de sus altas misiones educativas y científicas: en la paciente tarea de construir la paz. Ante las numerosas y complejas urgencias de nuestra época, el mundo mira a las instituciones internacionales con sentimientos encontrados. Por un lado, están llamadas a afrontar desafíos que ningún Estado puede resolver por sí solo. Por otro lado, estas mismas instituciones atraviesan una crisis de eficacia, sobre todo cuando el diálogo se considera un obstáculo para la acción en lugar de un recurso para la paz; como una forma de hipocresía, en vez de una oportunidad para buscar juntos el bien común. Ante estas desviaciones, es necesario promover una virtud tan escasa como deseada: la confianza; confianza en que las diferencias no constituyen necesariamente una amenaza; confianza en que el diálogo sincero puede generar un bien mayor que aquel que cada uno podría obtener por sí solo. La Santa Sede desea infundir esta confianza en la UNESCO, al igual que en las demás organizaciones internacionales, consciente de que cada pueblo posee una riqueza que compartir en la búsqueda del progreso auténtico que solo la paz puede garantizar. No se trata de proponer un optimismo ingenuo, que ignore las dificultades, sino de perseverar en la esperanza de que el bien siempre es posible. Cada niño que nace trae consigo esperanza. Cada hombre y cada mujer que dedica su vida a la búsqueda de la verdad realiza un acto de esperanza. Que la UNESCO dé, pues, testimonio de esta esperanza al promover el entendimiento entre las naciones, a través del diálogo entre sus respectivas culturas. Creemos, en efecto, que la educación es el instrumento que permite superar los temores recíprocos y que la ciencia puede ponerse al servicio de la vida de cada ser humano, sembrando hoy las semillas de una buena cosecha para el futuro. Esta confianza alimenta nuestra esperanza en la caridad, es decir, en el servicio al bien del prójimo: si todos nos dedicamos con coherencia a nuestra magnífica humanidad, la paz podrá finalmente florecer.

Mientras colaboramos en esta labor, las tradiciones religiosas desempeñan un papel culturalmente necesario e insustituible, y las religiones expresan nuestras inquietudes ante el origen de la vida y su fin, al darle sentido al propósito primero y último de la existencia, lo cual se refleja en las decisiones cotidianas. En verdad, cuando los hombres y las mujeres de buena voluntad orientan sus acciones hacia Dios, el pluralismo de las culturas no se dispersa en el caos de Babel. La humanidad, por el contrario, se reencuentra en una búsqueda común de sentido y hacia un destino que no es la muerte. No caminamos hacia la nada. Por eso, el alma humana, en su relación con Dios, percibe aún mejor la llamada a cultivar la paz mediante una alianza entre pueblos que se reconocen como hijos del mismo Padre y como hermanos y hermanas.

Deseo, por tanto, que nuestro encuentro fortalezca el compromiso de cada uno para trabajar sin descanso para que la conciencia de pertenecer a una sola familia humana se haga más viva, más activa y más justa. Al respecto, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todo el personal de la UNESCO, que cumple con competencia y dedicación esta misión tan noble: edificar la paz mediante el cultivo de todas las ciencias y todas las artes del ser humano.

Dirijo estas palabras a todos ustedes, a los pueblos que representan y, muy especialmente, a los jóvenes. Son, en efecto, las nuevas generaciones las que observan con mayor atención nuestra labor. Mientras que apoyo sus aspiraciones de justicia, con gratitud y estima, invoco sobre todos ustedes y sobre sus naciones la abundancia de las bendiciones de Dios, Creador todopoderoso y misericordioso. Gracias.

Este artículo se publicó en [Vatican.va](https://www.vatican.va). Puede leer [aquí](#) el original.

Celebración de las Vísperas con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los consagrados, las

consagradas y los seminaristas

Homilía del Santo Padre León XIV

Catedral de Notre-Dame de París

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La oración de la tarde nos reúne en este lugar que, desde hace siglos, más que ningún otro, invita a París, a elevar la mirada al cielo. Han pasado siete años desde que el mundo entero, conteniendo el aliento, vio cómo la catedral era devorada por un terrible incendio. Ya en aquel entonces levantamos la mirada, desconcertados, conscientes de la impotencia humana ante lo imprevisible. Aquel dolor no fue únicamente el de los católicos, ni siquiera el de los creyentes. En aquella hora dramática comprendimos que Notre-Dame es mucho más que un monumento. La participación de todos en su reconstrucción y, hoy, el esplendor del resultado, muestran que en este lugar late el corazón de un pueblo; que nos encontramos en el centro vital de una civilización; que aquí el pasado y el futuro se abrazan y el cielo y la tierra se encuentran.

He querido encontrarme con ustedes en este lugar emblemático de la Iglesia en Francia. Es para mí una alegría haber cruzado su umbral hace apenas unos instantes, como lo hacen cada día miles de hermanos y hermanas que llegan aquí desde todos los rincones del mundo. El simple hecho de entrar nos coloca ante una belleza que habla a nuestro corazón inquieto y lo llama a la paz. Al devolverle este espacio a toda la humanidad, se ha comprendido bien hasta qué punto cada visitante puede dejarse renovar por lo que ve, escucha y experimenta. Las instituciones —públicas, eclesiales y privadas— implicadas en la restauración de Notre-Dame han contribuido así, cada una con su aportación específica, a reactivar los caminos culturales, existenciales y espirituales que la catedral ofrece. En este contexto, la Iglesia ha entendido su misión no únicamente en términos de conservación, sino también de creatividad,

haciendo vivir la tradición con la audacia de quienes tienen fe y miran hacia la Esperanza. Quiero agradecer por ello al señor arzobispo, a sus colaboradores y a la comunidad diocesana de París, que han concebido igualmente un itinerario pastoral de primer anuncio y de iniciación cristiana accesible a todos. El baptisterio, situado a la entrada como una bendición y una invitación, es signo de ello.

La reconstrucción de la catedral ha sido ocasión de un encuentro que ha ensanchado los espacios de acogida y participación más allá de las fronteras de la pertenencia eclesial. Queridos obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y seminaristas de Francia: ¡déjense inspirar por lo que ha sucedido aquí! Den prioridad a la *Evangelii gaudium*, es decir, a esa conversión misionera de la que el Papa Francisco nos dio testimonio desde su primera Exhortación apostólica.

En la Carta a los Gálatas hemos escuchado la razón por la que no debemos tener miedo: «Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4). ¡Lo envió entre nosotros, a nuestro mundo! En el texto paulino, el verbo describe un acontecimiento real, histórico, y no unas circunstancias ideales. Los cristianos no huyen de la complejidad, porque Dios mismo los ha llamado a seguir a su Hijo en un mundo ya habitado, ya en movimiento, ya marcado por las miserias y la bondad de los seres humanos. El camino de la cruz revela, ciertamente, las tinieblas que atraviesan el mundo, pero, de manera aún más radical, el amor de Dios que triunfa sobre la muerte.

La planta en forma de cruz de la catedral, donde se funden piedra y luz, evoca el encuentro entre la tierra y el cielo. Reúne y ordena los acontecimientos de la historia, tejida de alegrías y sufrimientos humanos. Los mantiene unidos en una dinámica simbólica que construye un lenguaje vivo a partir de expresiones diversas, integrándolas en una unidad.

Queridos amigos, de la Encarnación —«Dios envió a su Hijo»— brota la identidad de la Iglesia, llamada a estar siempre “en salida”. Como discípulos de Cristo, saben bien que la comunidad cristiana no constituye un refugio en el que replegarse para protegerse de su época. Al contrario, se ofrece, como las

antiguas catedrales, como un espacio de acogida, respeto, revelación y sentido para todos. Ahí reside la fuerza de una Iglesia viva: acoger la periferia que ya se encuentra en su corazón, acoger a quien está lejos, pero en realidad ya está cerca, acoger al extranjero en quien Cristo llama ya a la puerta.

Si Notre-Dame es signo de este encuentro en el corazón de París, con mayor razón las demás ciudades y regiones de Francia, incluso las más periféricas y rurales, podrán ser transfiguradas por una presencia misionera, sencilla y benévola, que contribuya asimismo a armonizar las diferencias culturales y a sanar las heridas presentes en nuestras sociedades. Desde las costas del Norte hasta el Mediterráneo, desde las regiones del interior hasta los Departamentos de Ultramar, sean una Iglesia viva, multiforme y cercana. La pobreza de medios no impide la misión, porque es la gracia de Dios la que hace posibles la libertad interior y la sobriedad de vida, de modo que pueda reflejarse un estilo evangélico. En todo ello, valoren con confianza la presencia misionera de los fieles laicos, que son la avanzada viva de la Iglesia en las encrucijadas de la vida cotidiana.

Hermanos y hermanas: tampoco debemos olvidar que la finalidad para la que fue erigido este templo, como todas las demás iglesias, es la oración y la alabanza a Dios. Es el lugar donde la comunidad cristiana celebra la forma más alta de oración y de alabanza, renovando en la Eucaristía el sacrificio redentor de Cristo. La catedral no es una envoltura de piedra destinada a ser admirada: vive del misterio sagrado que en ella se celebra. Privada de la acción litúrgica, perdería su alma. Aquí, en Notre-Dame, esta verdad queda de manifiesto en la disposición del altar en el centro del espacio. De este modo, la comunidad que alaba al Señor se encuentra en el corazón del edificio y los visitantes, incluso durante las celebraciones, caminan a su alrededor y la contemplan. La Iglesia aparece de este modo tal como es: un organismo vivo, una comunidad creyente, que reúne en la alabanza cuanto la cultura y la Tradición le transmiten. Es un cuerpo que, al celebrar, manifiesta a todos la razón de su existencia.

Hoy más que nunca vivimos en una época que parece privada de plenitud, profundidad y promesas. La noble sencillez del canto, de la palabra y del gesto litúrgico puede representar para muchos un destello de esperanza, un oasis de paz en una sociedad híper-conectada y ruidosa, donde es posible experimentar la presencia del Autor del amor más grande: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4). La celebración del año litúrgico, del domingo y de las fiestas nos hace también contemporáneos de Cristo, atentos a los distintos momentos de su vida, entregada enteramente al Padre por el mundo. De este modo nos hacemos más sensibles y abiertos a los signos de los tiempos. En efecto, la escucha comunitaria de las Escrituras y la oración nos permiten contemplar los acontecimientos históricos a la luz de Dios, volviéndonos más conscientes de nuestras responsabilidades, capaces de desenmascarar relaciones injustas de poder y de preservar las semillas de justicia y de paz. Es, pues, la esperanza la que nos anima, no la resignación. De ahí nacen vínculos de mayor fraternidad y redes de solidaridad, fruto de la comunión en el único Sacrificio de Cristo.

A ustedes, que celebran diariamente la Eucaristía, les pido que velen para que las celebraciones litúrgicas se vivan siempre con dignidad y decoro, también allí donde se reúnen comunidades más pequeñas. Sean herederos conscientes de los Padres y de los Santos de la Iglesia que, a lo largo de los siglos, nos han transmitido el significado profundo y la belleza de la liturgia, dando siempre testimonio de una gran humildad ante el Misterio celebrado. El Concilio Vaticano II, cuya riqueza debe mucho a Francia, recogió y profundizó de manera eminente esta herencia, reconociendo su lugar central en la vida eclesial (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10). Les exhorto, por tanto, a todos ustedes, obispos, sacerdotes, diáconos y consagrados, a cultivar un amor auténtico por la liturgia y a ser testigos y servidores de la vocación profética, sacerdotal y real de todo el pueblo de Dios.

En esto, la liturgia sigue siendo reflejo de la vida. La alegría eucarística se afirma y se difunde allí donde se recupera la armonía, donde renace la dignidad, donde la autoridad se convierte en servicio, donde la libertad vuelve a abrirse camino. Este es el don más grande que podemos compartir. Antepongan, por

tanto, la comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia a sus sensibilidades personales, para cultivar la unidad del pueblo de Dios. Juntos seremos la profecía de que un mundo reconciliado es posible.

Queridos obispos, sacerdotes, seminaristas y consagrados: a ustedes que han sido llamados a seguir a Cristo, les agradezco su respuesta y su fidelidad al Señor. No descuiden jamás esa amistad, querida por el Señor, que ha de cultivarse en la oración personal, fundamento esencial de toda vocación. Como decía Madeleine Delbrêl: «Sin oración, no amaremos a Dios con amor. Quizá seamos sus servidores o sus combatientes, o incluso sus discípulos; pero no seremos ni hijos amantes de nuestro Padre ni amigos [...] de Jesucristo» (La alegría de creer, Santander 1997, p. 213). Cuiden, pues, su vida interior con el Señor a la luz de la escuela de los numerosos santos que les han precedido, bebiendo siempre de la fuente del amor infinito de Dios en la oración silenciosa. Su misión brota ante todo de esa relación íntima con el Señor, que allí les espera.

En el corazón de la ciudad, la catedral abierta es signo de una comunidad que alaba al Señor y vive la hospitalidad como forma misma de su existencia, para que todos puedan sentirse en casa, sin quedar dominados ni marginados en un mundo que muta. «Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, [...] para que recibiéramos la adopción filial» (Ga 4,4-5). Y «si eres hijo, eres también heredero» (Ga 4,7). Herederos por gracia, hermanos y hermanas aquí reunidos, le corresponde ahora a cada uno de ustedes, a esta asamblea orante y viva, hacerse carne y voz de esta promesa. Pastores y consagrados de Francia, están llamados a ser los primeros custodios de esta casa abierta, piedras vivas de una Iglesia que espera y no teme el futuro. Esta catedral ha renacido para que ustedes puedan renacer con ella en un nuevo impulso de santidad y de misión cotidiana. En medio de su pueblo, sean expresión transparente de la maternidad divina de la Iglesia que, dando testimonio del amor de Dios, reconstruye y sana la familia humana.

Levantemos la mirada hacia la imagen del siglo XIV de la Virgen con el Niño, que el incendio no alcanzó y que resplandece de nuevo ante nosotros. Que

María, que llevó al Verbo en su seno, custodie su fidelidad y sea la estrella que guíe la misión de la Iglesia en Francia. Santa María, Notre-Dame de Paris y Madre de la Iglesia, ruega por el pueblo francés, sostén a sus pastores y camina siempre a nuestro lado.

Este artículo se publicó en [Vatican.va](#). Puede leer [aquí](#) el original.

Vigilia de Oración con los jóvenes

Discurso del Santo Padre León XIV

“Stade de France , Saint-Denis

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Diálogo con el Santo Padre

Pregunta de Chloé

Santo Padre, le agradecemos su presencia entre nosotros esta tarde y por este momento de diálogo que nos ofrece.

Me llamo Chloé, tengo 25 años y estoy terminando los estudios en farmacología. Formo parte de un grupo de jóvenes católicos de los barrios populares de Île-de-France: La Cité Céleste. Organizamos en particular eventos ocasionales como noches de adoración y alabanza, que reúnen a numerosos jóvenes del barrio deseosos de vivir y compartir ampliamente su fe. También estoy comprometida en mi parroquia, especialmente con los jóvenes de la escuela secundaria. A través de estos diferentes compromisos, me interesa poner mi energía y mis competencias al servicio de los demás, creando un vínculo entre la fe, los jóvenes y las realidades vividas diariamente en nuestros barrios.

Como dice san Pablo, «para nosotros, vivir es Cristo». Sin embargo, la sociedad en la que vivimos se basa en otros principios y a veces parece incluso ajena a la cuestión de Dios. Queremos anunciar a Cristo, con fuerza y perseverancia, a quienes nos rodean, pero también, naturalmente, con respeto y delicadeza hacia los que encontramos. ¿Cómo podemos conjugar la fuerza de nuestro impulso misionero con la autenticidad de una vida fraterna con aquellos que no comparten nuestra fe?

Queridos amigos, la primera cosa que yo quisiera decir es muy simple : ¡gracias! Gracias a Dios, gracias a ustedes, gracias por su valentía, gracias por su presencia, gracias por su fe. ¡Ustedes son los santos de Francia!

Y gracias Chloé por tu pregunta. La frase de san Pablo que has citado no es una simple afirmación. Es una auténtica síntesis de su vida. En estas pocas palabras, tan breves pero decisivas, escuchamos una alabanza y una oración, un acto de fe y un camino de santidad recorrido hasta el martirio. «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21). Al repetir esta declaración de amor, tratamos de compartir la experiencia del apóstol. Él, de hecho, nos da testimonio de cómo Dios nunca es ajeno a su vida, sino que, al contrario, sale a su encuentro: lo llama junto a sí, lo transforma interiormente y lo envía al mundo.

También hoy, todos nosotros estamos involucrados en esta dinámica espiritual: es verdad, como tú has dicho, que la sociedad en la que vivimos parece indiferente a Dios. Sin embargo, ¡el Señor no es indiferente a nosotros! Esto es lo que cuenta y nos da esperanza. Que muchos sean ajenos a la cuestión de Dios es, en efecto, un problema; pero lo es igualmente que muchos sean ajenos a la cuestión del hombre. Cuántas personas, por desgracia, se desinteresan del prójimo, viviendo de manera egoísta o desprecian a los pobres desperdiciando sus bienes en cosas vanales. Cuántos descartan a los sencillos y a los enfermos, pensando que alguien vale por lo que produce. Pienso particularmente, en tu compromiso en los barrios populares de Île-de-France con La Cité Céleste: es allí, en la concreción de la vida cotidiana, e incluso en las dificultades, que tu fe se vuelve un vivo testimonio de esperanza.

Es el hombre quien se extravía cuando afirma que Dios ha muerto: si Dios no está con él, el hombre ya no tiene salvación y pierde el sentido de su existencia, que queda reducida a un callejón sin salida o a la nada. Experimenta exactamente lo contrario quien dice: «Para mí la vida es Cristo». En Cristo, de hecho, sabemos que Dios nunca es indiferente al hombre. Por medio de Jesús, crucificado y resucitado, dona su propia vida para que nosotros vivamos. He aquí entonces el modo de anunciar a Cristo conjugando valentía y respeto: anunciarlo como Evangelio de salvación, como Palabra de verdad y de vida. Este Evangelio es buena noticia para todos, anuncio liberador y regla de vida nueva.

El Evangelio de Jesús, en realidad, no conduce al conflicto, sino que siempre invita al perdón: mientras ilumina el drama de la historia, nos educa en el cuidado fraterno. El encuentro con Cristo nos abre al diálogo y nos prepara para su paz, porque ofrece a cada hombre y mujer la mayor promesa que cumple todo deseo: la promesa de la vida eterna.

Querida Chloé, queridos jóvenes, la experiencia religiosa de cada persona expresa esa búsqueda de sentido que anima el alma. En Jesús, el Redentor del mundo, Dios se deja encontrar hablando «a los hombres como amigos» (Dei Verbum, 2). Él es la fuente de agua viva, la luz en las tinieblas. Por tanto, con la alegría de la fe, exclamemos juntos esta noche: ¡para nosotros vivir es Cristo! Todos juntos: ¡para nosotros vivir es Cristo!

Gracias a Él podemos unir el celo misionero con la experiencia de la fraternidad hacia quienes no creen o pertenecen a otras tradiciones religiosas. Esta fraternidad, compuesta por la escucha y la estima mutua, hunde sus raíces en la unidad de la familia humana, que a lo largo de la historia ha expresado la dimensión religiosa como una característica vital de todo pueblo.

Cultivar un vínculo fraternal con quienes no comparten nuestra fe contribuye así a la construcción de la sociedad; además, puede convertirse en un ejercicio de fe y caridad, porque es imposible dar testimonio de Cristo sin amar a quienes deseamos anunciarlo. Un signo alentador de esta fraternidad son las

reuniones entre jóvenes de la zona mediterránea que han tenido lugar en los últimos años.

Por tanto, el mensaje cristiano no es un obstáculo para la convivencia fraterna, al contrario, lo promueve, porque invita libremente a cada persona a escuchar una noticia de paz y salvación. Del mismo modo, nuestra misión no contradice el respeto hacia otras religiones, porque la Iglesia no rechaza nada de lo que en ellas hay de santo y verdadero (cf. *Nostra aetate*, 2). Gracias.

Pregunta de François

Santo Padre, gracias por venir a fortalecernos en la fe y en nuestro deseo de dar testimonio del Evangelio.

Me llamo François Bigot, crecí en el campo de Borgoña y actualmente estudio agronomía en la Universidad de La Salle. Me gusta dedicar mi tiempo a la belleza de la liturgia, estoy comprometido a servir a mi diócesis a través de la peregrinación en bicicleta de montaña a Nevers, a la peregrinación en bicicleta de montaña y a la preparación de una nueva peregrinación borgoñona. También soy líder scout y participo en la atención pastoral universitaria de mi escuela.

Al servicio de los más vulnerables, al servicio de la paz en nuestro país y en el mundo, al servicio de la Iglesia de Cristo, ¡los jóvenes queremos comprometernos! Sin embargo, a menudo es difícil entender cómo orientar la vida para entregarse sin reservas, con fidelidad, sin dispersarse ni desanimarse, ni, tanto que la tarea a veces parece inconmensurable. La ansiedad y la incertidumbre a menudo hacen frágil el entusiasmo de nuestra juventud. Beatísimo Padre, ¿cómo podemos discernir dónde el Señor nos espera para servir y ofrecer nuestras vidas?

¿Hay muchos scouts aquí? Ah, ¡muy bien, bienvenidos!

Primero que nada, les agradezco mucho su compromiso. Es una gran alegría para mí ver que son tan numerosos, animados por el deseo de ponerse al servicio de la paz, que nos hace crecer como hombres y mujeres, transformando los miedos en esperanza y las quejas en compromiso responsable. Hoy esta gran misión es más urgente que nunca, pues nos invita a navegar con discernimiento en medio de las transformaciones tecnológicas y digitales actuales, sin disminuir nuestra humanidad. En particular, cuando nos dedicamos a proteger a los más pequeños y débiles, reconocemos nuestra propia debilidad, en la que todos nos encontramos. Esta fragilidad propia de la vida humana no nos asusta, sino que nos une como criaturas que se descubren hermanos y hermanas en Cristo. Él es el primero que se entrega a nosotros; y el signo vivo de esta gracia es la Eucaristía, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (Lumen gentium, 11). De este sacramento, que sostiene nuestra fe, obtenemos la fuerza para entregarnos, a nuestra vez, a nuestro prójimo, imitando la gratuidad del Señor Jesús. La búsqueda de la justicia y la paz nos obliga a constatar los conflictos que nosotros mismos experimentamos y a purificar nuestros corazones. Al comprometernos al servicio de Dios y de los demás, nuestras heridas encuentran consuelo y redención.

En toda la historia, no hay fracaso del que Dios no pueda levantarnos: su misericordia es nuestra alegría. Y, sin embargo, han mencionado la ansiedad y la incertidumbre como obstáculos para su entusiasmo. Son sentimientos muy difundidos, debido a la precariedad de los planes para el futuro, la naturaleza provisional de los vínculos afectivos y la fragilidad de las relaciones. A ellos se suman otros, que pesan sobre su generación, como el cansancio provocado por las pantallas y la ansiedad ante el cambio climático o la situación económica e internacional. Sí, necesitamos prestar atención a estos sentimientos. Invito a todos ustedes, queridos jóvenes, a mantener el corazón abierto ante los sufrimientos de sus compañeros.

Al mismo tiempo, la experiencia de la fragilidad, de cualquier fragilidad, se convierte, para un discípulo de Cristo, en una ocasión para ser su testigo. Quien sigue a Jesús en el camino del servicio humilde y gratuito se libera de la angustia y redescubre un nuevo entusiasmo, al experimentar la alegría y paz

interiores; no como sentimientos fugaces o subjetivos, sino arraigadas en la certeza de la fe de la que damos testimonio juntos como Iglesia.

Sí, juntos formamos la Iglesia: frágil y santa, como vasijas de barro que guardan un tesoro (cf. 2 Co 4,7). Es nuevamente san Pablo quien nos recuerda que precisamente en la debilidad somos fuertes (cf. 2 Co 12,10). Especialmente en tiempos difíciles, Dios sostiene nuestra libertad y nos anima con su gracia. Quiso vivir como hombre, para que pudiéramos vivir con Él para siempre, como testigos gozosos de la esperanza.

Queridos amigos, esta amistad con Jesús es donde se realiza nuestro discernimiento, una reflexión que requiere invocar al Espíritu Santo. Se trata de un ejercicio constante para avanzar de manera ordenada y segura.

¿Cómo podemos discernir bien?

En primer lugar, recuerden que la Palabra del Señor es siempre una lámpara para nuestros pasos (cf. Sal 119,105). A la luz del Evangelio, la formación espiritual pasa a través de la oración y el servicio; la adoración y la acción; el silencio ¿ese silencio tan raro y tan necesario, lejos del bullicio de los medios? y el anuncio.

Luego, miren el ejemplo de los santos: incluso en la persecución, estos hermanos y hermanas nuestros abrieron caminos de paz. Miren a aquellos sacerdotes apasionados por Cristo, como san Eugenio de Mazenod y san Juan María Vianney; contemplen la belleza mística de santa Teresa de Lisieux; a la beata Pauline Jaricot, ferviente en la caridad y la misión; el valor de los cincuenta mártires del apostolado, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, que sirvieron a sus hermanos y hermanas hasta el punto de sacrificar sus vidas. Los santos cambiaron el curso de la historia, haciendo que muchos pasaran del sufrimiento a la esperanza, porque primero cambiaron sus propios corazones, transformándolos a la luz de la fe.

Queridos jóvenes, mientras discernen su vocación, estén seguros de que el Señor no les habla de manera confusa, sino que se dirige a cada uno por su nombre y los invita a seguirlo porque los ama. Acogiendo su Evangelio con la mente clara y el corazón puro, entenderán cómo Jesús los llama a servir. Se trata siempre de un don de vida: pleno, fiel, rebosante de amor. Para vencer la angustia o la incertidumbre, tengan el valor de decir una sola palabra, simple y hermosa: gracias. Gracias, Jesús, por tu amor.

Por eso ahora, sin miedo, pero con confianza y llenos de alegría, ya podemos decir todos todos, todos juntos, siguiendo los pasos de los santos: “¡Heme aquí Señor!”

Todos juntos: “¡Heme aquí Señor!”

Y me dirijo a aquellos de entre ustedes ¿y hay muchos aquí esta noche? que creen escuchar la llamada a seguir a Jesús en el camino del sacerdocio o de la vida consagrada. Queridos amigos, ¡la Iglesia en Francia los necesita mucho! Ella reza por ustedes, los está esperando. Queridos amigos, ¡no tengan miedo de esta llamada! Tengan valor, confíen en Jesús que quiere hacerlos sus amigos más cercanos: Él no los decepcionará y siempre estará a su lado; su vida será maravillosamente hermosa y fructífera.

Para concluir, podemos retomar esta oración que nos dio san Juan Pablo II: «Maestro, tú que amas y respetas la persona humana, tú que has compartido el sufrimiento de los hombres, tu que esclareces el misterio de la existencia humana, ¡haznos descubrir el verdadero sentido de nuestra vida y de nuestra vocación!» (Homilía de la XII Jornada Mundial de la Juventud, París, 24 agosto 1997).

Gracias.

Meditación con el Santo Padre

En la noche, la luz nos parece aún más deslumbrante. Así, queridos jóvenes, hemos escuchado juntos las palabras de san Pablo. Queremos mantenerlas en alto, como una antorcha que ilumine no sólo la oración de cada uno, sino toda la historia de la Iglesia. El apóstol observa su tiempo y acoge la inspiración divina, es decir, al Espíritu Santo, que siempre abre perspectivas luminosas de futuro. Sí, Dios es el Señor de la historia y, pase lo que pase, la conduce hacia la salvación: en Cristo todo mal tiene un término, precisamente porque el final se convierte en el comienzo de una vida nueva y eterna.

Queridos amigos, para iluminar nuestra época y transformar el presente a la luz del Espíritu, recordemos ante todo que nosotros también, al igual que Timoteo, somos hombres y mujeres de Dios. Esta expresión ¿de Dios? elegida por san Pablo, se refiere a una relación, no a una posesión. Quien vive de Dios es libre: libre de todo lo que oscurece la vida, haciéndola vacía y sin sentido. Jóvenes de Francia, ustedes llevan en su corazón un inmenso deseo de libertad, palabra que resuena con fuerza en su cultura. ¿Cuál es, entonces, la fuente de la verdadera libertad? Jesús nos la indica claramente cuando nos dice que la verdad nos hará libres (cf. Jn 8,32); y que la Verdad es Él mismo (cf. Jn 14,6). He aquí, pues, la fuente de la verdadera libertad: la relación viva con Jesús.

La compañía del Señor, de hecho, da sabiduría a nuestros proyectos y belleza a los deseos que llevamos en el corazón. Dios atraviesa nuestra alma como la luz, llamándonos a una renovación permanente, a una conversión que da pleno sentido a la existencia, porque nos convierte en protagonistas de una historia que pasa de la confusión a la búsqueda de la verdad; de la indiferencia al compromiso por la justicia. San Pablo lo expresa con tres verbos que interpelan nuestra libertad: huye, tiende, lucha. El apóstol escribe a Timoteo: ante todo, «huye de estas cosas», es decir, el orgullo, la vanidad, la violencia y la avidez (cf. 1 Tm 6,4.10). Son todos sentimientos que se apoderan de nosotros y nos dominan. El egoísmo que los caracteriza esconde una soledad aterradora. Para disfrutar de la cercanía de Dios y de la fraternidad humana, es necesario, por lo tanto, rechazar esa codicia que consume las relaciones sin dar nada a cambio y que nos llena de cosas sin alimentarnos. Ese estilo de vida nos empuja a tenerlo

todo, pero a no ser nadie; a recibir una gran cantidad de “me gusta”, pero quedándonos solos con nosotros mismos.

Cuando decidimos no seguir ese estilo, entonces empezamos a tender hacia «la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre» (v. 11). Sí, quien vive de Dios tiende hacia lo mejor: está en entrenamiento constante. Busca la virtud, es decir, la fuerza que lo hace bueno y verdadero. Queridos amigos, la dinámica que caracteriza la existencia cristiana tiene un nombre preciso: se llama camino de santidad. Es el camino que el Señor abre ante cada uno de nosotros, acompañándonos a lo largo del trayecto. ¡Y cuántos hijos e hijas de esta amada tierra de Francia se han dejado guiar por este camino! Pensemos, por ejemplo, en el beato Marcel Callo, un joven francés, scout y obrero que, en la oscuridad del campo de concentración, nunca dejó de tender hacia el bien, conservando su libertad interior.

A medida que avanzamos en este camino hacia la santidad, queda claro que no basta con evitar el mal: hay que elegir el bien. No se trata de un principio abstracto, ni de una afirmación obvia: elegir el bien es la acción propia de la libertad, y al llevarla a cabo, la libertad misma se realiza, se corrige y madura. Para tomar la decisión correcta, recuerden este criterio: el bien da vida, nunca la quita; el bien cuida, no toma para sí. El bien no es un concepto bonito, sino el rostro radiante del amor: ¡es Dios mismo! Las virtudes que san Pablo nos presenta como reflejos de su bondad son estas: la justicia hacia la humanidad; la piedad y la fe hacia Dios; la caridad con todos; la paciencia hacia quienes nos hacen sufrir; la mansedumbre que distingue a quienes buscan la paz con un corazón puro. Los principios de igualdad y fraternidad que inspiran a su sociedad encuentran aquí su fundamento: más que simples prescripciones legales, son decisiones radicales y valientes de un corazón libre. Hacer nuestras estas cualidades, no es sólo un compromiso moral: es la decisión de convertirnos en hombres y mujeres auténticos, libres de concesiones. A este respecto, el apóstol nos entrega un tercer verbo: luchar. De hecho, huir del mal y tender al bien implica luchar. Sí, luchar como lo hizo san Pablo, representado a menudo con una espada en las manos, signo de la Palabra de Dios, «la espada del Espíritu» (Ef 6,17). Este verbo resuena con fuerza aquí en Francia, tierra de

santa Juana de Arco, una joven que supo luchar con audacia. Pero cuidado: la lucha a la que estamos llamados es la de la fe, es decir, el compromiso de vivir según el Evangelio, como discípulos de Jesús, el Hijo de Dios que nos hace a todos hermanos y hermanas. Es en su nombre donde tenemos la fuerza de los justos para resistir la tentación. En su nombre tenemos la perseverancia de los mansos, para dedicarnos al bien. Nuestra lucha no es una batalla contra los demás; no recurre a las armas de la violencia, el desprecio o la opresión. Nuestra única arma es el amor que se entrega. Sabemos, lamentablemente, que existen fuerzas contrarias a nuestro vínculo con Dios, potencias que buscan dividir a las personas y a los pueblos, enfrentándolos entre sí. Estos males no sólo tienen un rostro violento, sino que a veces asumen también una apariencia insidiosa, porque prometen precisamente lo que nos quitan: la felicidad. Pero cuando nos sentimos envueltos en su oscuridad, la luz del Espíritu Santo nos ilumina y fortalece: esta noche, por lo tanto, elijamos juntos las virtudes que debemos cultivar para seguir al Señor.

No estamos solos en este camino hacia la santidad, porque lo recorreremos unidos a todos nuestros hermanos y hermanas que nos rodean. De hecho, lo experimentan esta noche y durante los grandes encuentros como las Jornadas Mundiales de la Juventud. Además, contamos con los santos como aliados: son amigos que nos sostienen en las pruebas. Queridos amigos, cuando las decisiones de la vida exijan valentía, recurran a su intercesión e imiten su ejemplo: como hemos cantado en las letanías, el aliento de los santos nos asegura que nunca estamos solos en la oración, nunca estamos solos en la Iglesia. Especialmente en este tiempo, pidamos su ayuda para ser artífices de paz: ¡el eterno deseo de Dios y el constante compromiso de la humanidad! Esta noche he mencionado a algunos de ellos. Pidámosle también a santa Teresa del Niño Jesús que nos enseñe su “caminito” del amor cotidiano, fundamento sólido de toda paz duradera.

El Señor hace realidad esta paz mediante la Alianza que establece con todos nosotros por medio de Jesucristo. Por eso, al señalar el fundamento de nuestra experiencia de fe, san Pablo habla no sólo de lo que podemos hacer al responder a Dios, sino también de lo que Dios hace por nosotros. El apóstol lo

resume en un episodio: Jesús ante Pilato, la verdad del amor frente a la hipocresía del poder. La «buena batalla» coincide, pues, con el “hermoso testimonio” (cf. 1 Tm 6,12-13). Así lo demuestra el uso de un mismo adjetivo: kalos, que aquí quiere decir bien hecho. La obra bien hecha, la que es buena, es la redención que Jesús realiza por nosotros. En su lucha contra el pecado y la muerte, la victoria de Cristo nos libera a todos: nos salva de todo mal, nos invita a todo bien.

Bajo esta luz, contemplemos las dos reliquias que tenemos ante nuestros ojos: la túnica y la cruz. Una fue quitada a Cristo; la otra, le fue dada a Cristo. En este sentido, ambas son signos de su pasión: Jesús es despojado de su túnica para cubrirnos con la vestimenta blanca, lavada «en la sangre del Cordero» (Ap 7,14). Así es como la cruz, de instrumento de muerte, se convierte en signo de esperanza: juntos, por eso, la túnica y la cruz nos representan a nosotros, a nosotros la Iglesia que nace de la vida de Dios entregada al mundo. Queridos jóvenes, para crecer en santidad y mejorar nuestra sociedad, sean testigos luminosos de este Evangelio, es decir, de la buena noticia que es Cristo mismo, nuestro Salvador: «A él honor y poder eterno. Amén» (1 Tm 6,16).

Este artículo se publicó en [Vatican.va](https://www.vatican.va). Puede leer [aquí](#) el original.

Encuentro con los miembros de la Asamblea Sinodal Provincial, los catecúmenos y los neófitos

Discurso del Santo Padre León XIV

Instituto Católico de París

Sábado, 26 de septiembre 2026

Excelencia, queridos sacerdotes y consagrados, estimados miembros de la Asamblea sinodal, queridos catecúmenos y neófitos, hermanos y hermanas

todos:

Me alegra encontrarme con ustedes y poder detenerme, dentro del marco de este Viaje Apostólico, en el camino que están recorriendo como Asamblea Eclesial Provincial.

Agradezco a Su Excelencia Mons. Laurent Ulrich, arzobispo de París, que haya recordado la importancia histórica y espiritual del lugar en el que nos encontramos, evocando también al hermano Lorenzo de la Resurrección, que marcó profundamente mi camino de fe con su mística de la vida cotidiana. Sobre todo, expreso mi gratitud por el Instrumentum Laboris que me han entregado, fruto de un camino eclesial en el que ha participado el Pueblo de Dios, con espíritu de escucha recíproca y de sinodalidad.

El Institut Catholique de Paris nos acoge hoy; una institución situada en la confluencia entre la ciencia y la fe que, desde hace siglos, contribuye a formar las mentes y los corazones al servicio del Evangelio. Saludo a los profesores, a los estudiantes y al personal de esta universidad, así como a todos los miembros de la Asamblea sinodal de la Provincia eclesiástica de París, comprometidos en reflexionar sobre las perspectivas pastorales para acoger a los neófitos y a los catecúmenos, así como sobre la vida de la Iglesia.

Al observar de cerca el trabajo que están realizando, pero principalmente al escuchar los conmovedores testimonios de Josué, Marielle y Sophie, siento ante todo una profunda gratitud por la obra imprevisible de Dios. Como ustedes y junto con ustedes, estoy maravillado por el número de personas que hoy se acercan al umbral de la fe y los numerosos adultos que piden recibir los sacramentos de la iniciación cristiana.

Puede parecer paradójico que este fenómeno de tantas personas que redescubren el Evangelio y abrazan la fe se produzca en el contexto de una sociedad como la francesa, marcada por una cultura fuertemente secularizada. Su experiencia y su testimonio, queridos catecúmenos y neófitos, son un signo tangible de la obra de la gracia de Dios, que supera los análisis estadísticos y

sociológicos. Este fenómeno, que contradice toda actitud derrotista y aquello que el Papa Francisco llamaba el «pesimismo estéril» (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 84-86), debe ser acogido con espíritu de responsabilidad.

Estamos llamados, en efecto, a volvernos hacia nuestros hermanos y hermanas, redescubriendo el estilo propio de Dios, hecho de cercanía, compasión y ternura. Con ternura pastoral y caridad fraterna, debemos reconocer, acoger y custodiar la pequeña llama que el Espíritu Santo ha encendido en la oscuridad de la noche, la pequeña semilla que aspira a crecer, incluso en medio de espinas y zarzas.

El asombro ante lo que está sucediendo a tantos de nuestros hermanos y hermanas no debe encerrarnos en una satisfacción ingenua; debe impulsarnos a comprometernos, a buscar, a interrogarnos y a emprender acciones pastorales concretas. Este es el espíritu que anima su Asamblea sinodal y, más ampliamente, el camino de la Iglesia en Francia: maravillados ante la obra imprevisible de Dios, ¿qué debemos hacer y hacia dónde nos impulsa el Espíritu Santo para acompañar a los catecúmenos, a los neófitos y a quienes retoman el camino de la fe?

En primer lugar, quisiera recordar una expresión utilizada por el episcopado francés hace ya muchos años, cuando exhortaba a imaginar y encarnar una Iglesia «en estado de iniciación», capaz de cuidar de los catecúmenos, de los neófitos y de quienes recomienzan su camino, ofreciéndoles un acompañamiento sólido a lo largo del tiempo. La iniciación cristiana en su conjunto estuvo, en efecto, en el centro de la solicitud de los pastores desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las peticiones eran ya numerosas, y la efervescencia teológica y litúrgica de aquellos años contribuyó en gran medida a la renovación de los itinerarios catecumenales que se produjo después durante el Concilio Vaticano II. Aunque el contexto actual es diferente, pueden remitirse a esta tradición pastoral, bien arraigada, relativa a la iniciación de los catecúmenos. Tampoco olvidemos que esta práctica, ya existente, recibió un nuevo impulso a partir de 1996, año en que fueron

publicados la Carta a los católicos de Francia y, paralelamente, la última edición francesa del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos.

Queridos hermanos y hermanas: estar «en estado de iniciación» significa acoger a quienes comienzan a buscar a Dios descubriendo en ello una oportunidad y una misión. La oportunidad consiste en que, gracias a ellos, la comunidad de los creyentes renueva también su propio camino de fe y descubre de nuevo la alegría del Evangelio. La misión consiste en cuidarlos y servirles de guía, incluso después de que hayan recibido los sacramentos. Conviene acoger con alegría a quienes se acercan, partir de su experiencia espiritual, respetar su historia y favorecer un anuncio esencial del kerigma, especialmente mediante fórmulas conocidas dentro del itinerario personal o comunitario. No olvidemos, sin embargo, que en muchas de estas personas surge después la pregunta que hemos escuchado en el testimonio de Marielle: ¿cómo evitar el «vacío» posterior al bautismo?

Es esencial, entonces, acompañar e integrar plenamente a estas personas en nuestras comunidades y en nuestras asambleas de oración después de su bautismo, ofreciéndoles un ambiente familiar y una formación lo más integral posible, capaz de abarcar los distintos aspectos de la vida cristiana y de favorecer la unidad entre su fe y su vida. Los neófitos, en efecto, suelen tener sed y necesidad de profundizar en los fundamentos de la fe y de la oración cristiana, de recibir una adecuada formación bíblica y teológica, de descubrir cada vez más la riqueza de la doctrina y las distintas dimensiones de la conducta moral cristiana ligada a la profesión de fe.

Necesitan igualmente ser iniciados e introducidos en la vida litúrgica de la Iglesia. En los testimonios hemos escuchado cómo, para algunos, la celebración de los ritos litúrgicos fue una puerta de entrada al misterio de la fe. Una vez atravesada esa puerta, es preciso avanzar y descubrir la riqueza de la liturgia que sostiene toda la vida de fe. Se trata de un ámbito de la vida de la Iglesia que requiere una atención pastoral arraigada en las enseñanzas del Concilio Vaticano II. La liturgia, en efecto, no puede considerarse una realidad “posterior” a la catequesis, como si en ella se pusiera simplemente en práctica lo

aprendido durante el itinerario. La liturgia manifiesta y actualiza el misterio de la Pascua de Cristo y, por ello, es el acontecimiento capaz de revelar el sentido de la Buena Nueva y de comunicar la vida misma de Dios. Con sus ritmos, sus lenguajes y sus ritos, forma parte integrante del propio camino de conversión y de preparación a los sacramentos.

Para llevar adelante esta misión, el papel de los formadores es esencial. Como nos enseña la antigua tradición de la Iglesia, es necesario preparar padrinos y madrinas de la comunidad, especialmente formados para acompañar la iniciación de los neófitos. Dentro de esta formación, recomiendo un conocimiento profundo del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos. Al mismo tiempo, es necesario que los agentes pastorales reciban formación —no sólo en el ámbito bíblico, teológico, litúrgico y de la vida espiritual, sino también en el de las cualidades humanas—, de modo que sepan discernir y orientar a quienes recorren itinerarios vitales más complejos y menos lineales. Lo hemos escuchado hace un momento: algunos llegan movidos simplemente por una sed espiritual, por la búsqueda de sentido y por una atracción hacia el Evangelio; otros están marcados por experiencias dolorosas, situaciones de soledad y heridas profundas. Es ahí donde el estilo de la cercanía, la compasión y la ternura adquiere todo su sentido: es preciso encontrar un sabio equilibrio para acogerlos, escucharlos y, al mismo tiempo, animarlos a afrontar las exigencias de la fe. Es un camino en el que conviene respetar el ritmo del otro, avanzando gradualmente, con atención y en un acompañamiento fraterno. Se trata de asumir el estilo de “caminar juntos”. En los senderos de la fe cristiana nos enriquecemos mutuamente y crecemos juntos: sacerdotes y laicos, padrinos y catecúmenos, agentes pastorales y neófitos.

Y, aun así, esto no sería suficiente. Los nuevos bautizados no están llamados únicamente a recibir: su fe es un tesoro que se ofrece a la Iglesia en Francia y a la Iglesia universal.

Me viene a la mente lo que sucedió con uno de los catecúmenos más célebres de la historia, san Agustín. Fue iniciado en la fe por san Ambrosio, y su fe era apenas una pequeña semilla cuando recibió el bautismo. Pero aquella semilla

creció y se multiplicó, hasta convertirse en un árbol tan grande que, bajo su follaje, todavía hoy podemos encontrar consuelo.

Al mirarlos, queridos catecúmenos y neófitos, veo el fruto del Espíritu que los ha puesto en camino y, al mismo tiempo, una promesa de fecundidad para la Iglesia en Francia. ¡Sean ustedes también misioneros del Evangelio en esta sociedad!

Que los grandes testigos de esta tierra tan querida los sostengan en su camino. Pienso en santa Teresa del Niño Jesús, que con su “caminito” nos enseña cómo la confianza abre las puertas de la gracia; recuerdo a san Martín de Tours, figura emblemática del compartir y de la caridad fraterna. Junto con tantos otros santos y santas nacidos en esta tierra de Francia, nos recuerdan que la misión se construye hoy custodiando ante todo la presencia del Señor en la vida cotidiana.

Acogiéndose unos a otros, formen todos juntos el pueblo vivo de la Iglesia en Francia, capaz de transmitir la fe. Invocando la protección maternal de la Virgen María, Patrona principal de Francia, y la intercesión de santa Genoveva y de san Dionisio, protectores de esta ciudad, les imparto de corazón mi bendición.

Gracias y ¡buen camino!

Este artículo se publicó en [Vatican.va](https://www.vatican.va). Puede leer [aquí](#) el original.

Encuentro con los enfermos y los acompañantes del *Accueil Notre-Dame*

Discurso del Santo Padre León XIV

Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Saludo del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos enfermos:

Es una gran alegría para mí pasar este momento con ustedes aquí en Lourdes, donde desde hace más de ciento cincuenta años, peregrinos de todo el mundo vienen a encomendarle a Jesús, por medio de María, sus sufrimientos, ya sean físicos, psicológicos o espirituales. Aquí la fragilidad no se esconde, sino que se convierte en el lugar de un encuentro sagrado.

Este año, el tema pastoral del Santuario retoma el saludo del ángel Gabriel a María: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28), poniendo de manifiesto este maravilloso intercambio entre dos miradas, la del mensajero del Señor y la de María. En ese cara a cara, la humildad y la generosidad de una joven permiten a Dios realizar su obra de salvación. María no retuvo al Señor para sí, sino que lo ofreció al mundo, al decirnos a cada uno de nosotros: «El Señor está contigo». Esta verdad es el fundamento de nuestra dignidad de personas. Y aquí María nos mira a cada uno como a una persona única, como testimonia santa Bernardita durante las apariciones en la gruta. Esta mirada materna nos confirma que ninguno es invisible a los ojos de Dios.

En una época en la que algunas sociedades tienden a apartar la mirada o a cerrar los ojos frente a la dignidad de la vida humana, «urge ante todo cultivar, en nosotros y en los demás, una mirada contemplativa [...]. Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. Gn 1,27; Sal 8,6). Esta mirada [...] encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad» (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 83), para que el mundo tenga vida.

En el diálogo de la Anunciación, mientras el Señor fija su mirada en María, ella descubre que es la elegida de Dios. En el centro de este encuentro, cada uno de nosotros descubre que está llamado de modo personal y profundamente destinado al amor de Dios, que es fuente de vida. La persona humana es, en efecto, “digna” por el mero hecho de existir y de tener como fin la eternidad. Su dignidad no se mide ni se discute.

Sé que, para algunos de ustedes, que sufren a causa de patologías particulares y de dolores a veces terribles, el horizonte puede parecer oscuro, incierto, sin salida. Pero ninguna ley humana debe hacernos perder la certeza de su dignidad. Por el contrario, precisamente en nombre de esta dignidad inalienable de la persona humana debe rechazarse firmemente la tentación de quitar la vida con el pretexto de una falsa compasión. Es imposible considerar normal el hecho de poner fin a la vida. Lo que es legal no es necesariamente moral.

Aquí en Lourdes, ciudad de los enfermos y de la esperanza, invito a toda la comunidad de los agentes sanitarios a recordar el significado profundo de su vocación: hacerse cargo de una persona que sufre, y no eliminarla. Sí, queridos amigos, ¡sean servidores apasionados de la vida! ¡Ninguno tiene el derecho, nunca, «basándose en algoritmos de laboratorio, de decidir sobre la vida de un embrión determinado o de una persona de la tercera edad determinada! ¡La medicina nunca podrá convertirse en sierva de la muerte programada!» (Discurso a los miembros de la Fundación Jérôme Lejeune, 22 junio 2026). En este sentido, les invito, por un lado, a seguir realizando constantemente estructuras de cuidado paliativo y de investigación; por otro, a acompañar con ternura a los enfermos, como sucede aquí en Lourdes, donde médicos, enfermeros, camilleros, capellanes, equipos de pastoral de la salud y tantos otros ejercitan su vocación al servicio de la dignidad de la persona humana, para que el mundo tenga vida. Cuidando de los cuerpos, ustedes cuidan también de las almas. A ustedes, queridos miembros de las asociaciones hospitalarias, pero también a ustedes, agentes sanitarios, que se dedican al servicio de sus hermanos y hermanas, deseo expresarles toda mi gratitud.

Queridos hermanos y hermanas enfermos, quiero decirles: ustedes no son un peso, son el corazón palpitante de nuestra humanidad y un tesoro precioso para la Iglesia. Acompaño con la oración las pruebas que están atravesando. Mi pensamiento se dirige a todos los que no pueden estar aquí y que, desde sus casas o desde las habitaciones de los hospitales, están unidos a nuestro encuentro. Les encomiendo a todos al amor maternal de la Madre del Señor, pidiéndole que les alcance los consuelos de su Hijo Jesús. ¡Que Dios los bendiga y los proteja!

Palabras del Santo Padre a las asociaciones y a algunas personas en situación de precariedad

Me alegra tener la oportunidad de encontrarme con ustedes, queridos amigos y asociaciones, que trabajan para acoger a personas en situación de precariedad o de fragilidad. Los saludo con cordialidad. Este Libro de la Vida es un hermoso regalo que ustedes me hacen. La vida es maravillosa e inestimable, no se desanimen: Nuestra Señora de Lourdes los lleva de la mano.

Les doy las gracias, queridos amigos, por participar en la vida de este santuario, cuya característica única es acoger cada año a miles de personas que atraviesan momentos difíciles, en busca de sanación. Muchas de ellas se marchan con el corazón en paz, transfiguradas por la gracia, listas para seguir adelante. Ustedes son los instrumentos que Dios utiliza para llevar a cabo esta renovación de la esperanza. Para ellas ¿el primer milagro de Lourdes no es acaso haberlos conocido, haber experimentado su generosidad, su dedicación y su cercanía? El testimonio de fe y de amor que ustedes les ofrecen es insustituible en su camino espiritual, y se lo agradezco.

Estoy seguro de que ustedes mismos, tras haber cumplido su servicio, se van de Lourdes cambiados. Los invito a compartir y a dar a conocer entre sus conocidos esta experiencia única, especialmente a los jóvenes, para que descubran la alegría de la entrega y del servicio en nombre de Jesús.

Gracias de nuevo por su cálida acogida. Los encomiendo a todos a la intercesión de la Virgen María, a quien podemos decir con confianza:

Dios te salve, María...

Les imparto la Bendición Apostólica...

Este artículo se publicó en [Vatican.va](#). Puede leer [aquí](#) el original.

Encuentro Interreligioso

Discurso del Santo Padre León XIV

Centro De Conferencias "Robert Schuman" de Metz

Lunes, 28 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos representantes de las diferentes tradiciones religiosas:

Con una gran alegría, pero también con un vivo sentimiento de responsabilidad espiritual, me encuentro hoy entre ustedes en Metz, ciudad de fronteras y de encrucijadas, en el Centro de Congresos que lleva el nombre de Robert Schuman, uno de los padres fundadores de la Unión Europea. Este hombre de fe y de convicciones supo transformar las antiguas líneas de fractura en puntos de esperanza para toda Europa, y se convirtió en un verdadero embajador de la unidad en la diversidad. Siguiendo su ejemplo, nuestra responsabilidad común en cuanto mujeres y hombres religiosos, es la de testimoniar que, más allá de las fronteras, siempre es posible reencontrarse, establecer la amistad y construir la paz.

Dialogar no disminuye nuestra identidad, sino que la expresa con simplicidad y verdad, abriéndose a la diferencia del otro. Como decía mi Predecesor, el Papa Francisco: «El diálogo entre personas de distintas religiones no se hace

meramente por diplomacia, amabilidad o tolerancia (...). El objetivo del diálogo es establecer amistad, paz» (Carta enc. Fratelli tutti, n. 271). Antes que él, el Papa san Juan Pablo II consideraba el diálogo como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hombre (cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2001, n. 10). Según Paul Ricœur, es el camino por el que reconocemos la alteridad como una promesa y no como una amenaza; es el arte del encuentro, del que nuestro mundo tiene una gran necesidad, en las antípodas de la agresividad y de la violencia.

En efecto, invocar el nombre de Dios para legitimar la violencia o la opresión es una profanación de este nombre. Nada de lo que desfigura la dignidad humana se puede reivindicar como una auténtica inspiración divina. El discurso religioso debe apelar constantemente a desarmar los corazones y las palabras. Esto comporta la responsabilidad directa de cada uno de nosotros, en cuanto guardianes de nuestras respectivas tradiciones.

Por otra parte, si la fecundidad de las tradiciones religiosas se manifiesta, ante todo, en su servicio a la paz y a la fraternidad, ella se expresa de igual forma en su capacidad de proteger, acompañar y servir a la vida. La grandeza de una civilización no se mide por sus éxitos materiales, sino por la manera en la que abraza, protege y eleva la persona humana. Las religiones son guardianas de la vida: ellas afirman su valor sagrado. Su fecundidad se demuestra en su presencia amorosa junto a las personas más vulnerables y más frágiles. Servir a la vida significa envolverla en cuidados, presencia y ternura, sobre todo en la prueba, hasta el final. A nosotros, que estamos abiertos a la trascendencia, se nos encomienda la misión de ofrecer puntos de referencia sólidos, en particular a los jóvenes, para construir una comunión que respete y valore la dignidad de toda persona humana.

Queridos amigos, «la Iglesia considera compañeros de camino a todos aquellos que buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza» (Carta enc. Magnifica humanitas, n. 23). Les agradezco una vez más su proximidad y su presencia. Que la bondad infinita de Dios y su sabiduría nos acompañen y nos enseñen a vivir cada vez más como hijos suyos y como hermanos y hermanas

entre nosotros. Que podamos ser nosotros también, allí donde vivamos, artesanos de paz y testigos de una esperanza que no cese de crecer en nuestro mundo.

¡Que Dios les bendiga!

Este artículo se publicó en [Vatican.va](#). Puede leer [aquí](#) el original.

Encuentro "A las raíces de Europa por la paz y la unidad"

Discurso del Santo Padre León XIV

Centro de Conferencias "Robert Schuman" de Metz

Lunes, 28 de septiembre de 2026

Señor Presidente, Señor Cardenal, distinguidas Autoridades civiles y religiosas, señoras y señores:

Me complace encontrarme en esta ciudad histórica, un cruce en el corazón del continente, para mantener este encuentro con un título tan evocador: «A las raíces de Europa por la paz y la unidad». Les agradezco las amables palabras que me han dirigido.

El título propuesto se inspira sin duda en la figura del venerable Robert Schuman, al que hoy queremos rendir un homenaje particular en este centro que lleva su nombre, y sobre todo aquí, en Mosela, región donde él vivió mucho tiempo, donde reposan sus restos y de la cual fue durante muchos años representante en la Asamblea Nacional. Él se inspiró en esta región, con sus vicisitudes en los siglos XIX y XX, para contribuir a dar forma a la Europa de hoy y del mañana, mediante su célebre Declaración del 9 de mayo de 1950. Este texto señala al mismo tiempo el punto de partida y de llegada de su

compromiso por la reconciliación y la unidad del continente europeo, que marcó toda su vida.

Hoy queremos emprender con el pensamiento, un viaje que parte desde las raíces de Europa para llegar a su presente y mirar hacia el futuro. Nos preguntamos cómo Robert Schuman fue moldeado por la historia de esta tierra, de la que fue hijo, y cómo contribuyó de manera fundamental a dar forma a la Europa moderna, hasta el punto de ser considerado un “padre fundador”.

Siempre es difícil definir a Europa, tanto por el presente como por el pasado. Europa, en efecto, fue tomando conciencia de sí misma gradualmente en las épocas históricas de la civilización helenística, del Imperio romano y, posteriormente, de la difusión del cristianismo, integrando con el tiempo nuevas culturas como las germánicas y eslavas, entre otras, hasta abarcar regiones cada vez más vastas.

Europa debe entenderse, por tanto, como una realidad cultural e histórica antes que geográfica. A lo largo de los siglos, ha adquirido nuevas fronteras y nuevas definiciones, atravesando períodos de crecimiento, profundas crisis y nuevos renacimientos. Un factor constante, que se puede observar en su largo y turbulento recorrido histórico, radica en el hecho de que Europa se ha desarrollado y ha progresado cuando ha sido capaz de asimilar los aspectos positivos de su pasado y de replantearlos de formas nuevas y creativas gracias al encuentro con el otro. De hecho, la civilización europea es también fruto de encuentros seculares, aunque no siempre fáciles. Basta pensar en la presencia de la cultura árabe en la península ibérica, o en la proyección del “Viejo Continente” hacia el “Nuevo Mundo”, que generó, a veces de manera dolorosa, síntesis inéditas en el continente americano.

Para entender esta larga historia, sin embargo, no se puede omitir a otro padre de Europa: san Benito, que san Pablo VI proclamó patrono de Europa en 1964, llamándolo «mensajero de paz, realizador de unión, maestro de civilización»¹. La ayuda a los pobres, a los enfermos y a los ancianos; la educación de los niños

y las universidades; los hospitales y la medicina; la arquitectura y la ingeniería; el desarrollo de las ciencias; el derecho y la organización de las ciudades y de los propios estados: ¡tantos ámbitos, en Europa, han sido profundamente influenciados por san Benito y sus monjes! Sin este acervo monástico, la civilización europea, tal como la conocemos, no existiría. Aquí, en Metz, gracias a la obra, entre otras, de san Crodegango, se respiraba un espíritu benedictino de fraternidad, comunión y vida compartida. Desde aquí, el canto gregoriano se difundió en los territorios carolingios, trayendo armonía y belleza a todo el continente.

No se puede hablar de Europa sin mencionar el cristianismo, como bien sabía Robert Schuman cuando dijo: «El cristianismo ha enseñado la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos del mismo Dios, redimidos por el mismo Cristo, sin distinción de raza, color, clase o profesión. Ha reconocido la primacía de los valores interiores que solos ennoblecen al hombre. La ley universal del amor y de la caridad ha hecho de todo hombre nuestro prójimo y las relaciones sociales en el mundo cristiano desde entonces se apoyan en ella»².

Otro padre fundador de la Europa contemporánea, Alcide De Gasperi, le hace eco al acentuar el “legado común europeo”³, es decir “esa moral unitaria que exalta la figura y la responsabilidad de la persona humana con su espíritu de fraternidad evangélica, con su respeto por el derecho heredado de los antiguos, con su aprecio por la belleza perfeccionado a lo largo de los siglos, con su búsqueda de la verdad y la justicia agudizada por una experiencia milenaria”⁴.

En lugar de ser un criterio confesional exclusivo⁵, la referencia a la deuda de la cultura europea con el cristianismo permite comprender mejor hasta qué punto la apertura a lo trascendente es siempre una dimensión constitutiva de la persona humana y una fuente viva de civilización.

A este respecto, el artículo 17 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea reviste gran importancia. Promueve «un diálogo abierto, transparente y regular» con las Iglesias, siempre en el respeto y sin prejuicio del «estatuto reconocido en los Estados miembros». La laicidad que rige la vida de los estados

no sólo implica el carácter aconfesional de las instituciones civiles, sino que presupone una verdadera colaboración entre las partes, así como el respeto, por parte de las autoridades estatales y comunitarias, de la autonomía de las Iglesias y la promoción de su libertad de organización, de expresión y de culto.

Se trata de remontarse a la fuente de los valores que constituyen el fundamento de la convivencia civil, es decir, a «los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de Derecho» (Tratado de la Unión Europea, Preámbulo).

En el presente contexto multicultural, la afirmación de la universalidad de estos valores, que es esencial para su supervivencia, pasa también por un redescubrimiento de las propias raíces y por la apertura al diálogo con el otro.

Se trata de una necesidad social y política para redescubrir el papel central de la persona humana y dar un significado real a palabras como libertad, democracia, paz y unidad. Para ello, resulta muy valiosa la invitación del Papa Francisco a apreciar la complejidad de la realidad europea en toda la riqueza de sus tradiciones y sensibilidades, acentuando «el reto de una armonía constructiva, libre de hegemonías»⁶.

Este doble movimiento, de redescubrimiento y diálogo, permitirá también encontrar un justo equilibrio entre los derechos mismos, así como entre los derechos y los deberes porque ¿como recordaba el mismo Papa Francisco? el «concepto de derecho ya no se asocia al de deber, igualmente esencial y complementario, de modo que se afirman los derechos del individuo sin tener en cuenta que cada ser humano está unido a un contexto social, en el cual sus derechos y deberes están conectados a los de los demás y al bien común de la sociedad misma»⁷.

De hecho, la Europa contemporánea se enfrenta a una nueva etapa en su larga historia de encuentros, con la llegada al continente de tantos hombres y mujeres que huyen de zonas de guerra y persecución, o que buscan una mejora de vida lejos de la pobreza y la miseria.

Como dije durante mi reciente visita a las Islas Canarias, en España: «La dignidad humana exige vías legales y seguras, rescate y asistencia, cooperación real contra los traficantes, protección efectiva a las víctimas, procesos serios de acogida e integración, y políticas que permitan a cada persona vivir con dignidad en su propia tierra» (Encuentro con las realidades de acogida de los migrantes, 11 junio 2026).

Todo esto, sin embargo, no sería suficiente: acoger a una persona significa integrarla como en la propia familia, ofreciéndole la posibilidad de desarrollar sus talentos, sus capacidades y sensibilidades, pero también de entrar en el espíritu de la casa que la acoge. Hay que captar el alcance histórico de lo que está sucediendo, es decir, un encuentro sin precedentes entre pueblos y culturas que pide un redescubrimiento creativo de nuestras raíces y, al mismo tiempo, una escucha atenta del otro. La universalidad de los valores fundacionales de Europa nos asegura que este diálogo es posible y que podrá dar una base sólida a nuestras sociedades, permitiendo trabajar de manera más eficaz por la paz y por un mundo reconciliado.

Esta lucidez inspiró a hombres como Schuman a superar la oposición entre las identidades culturales y dar vida a las instituciones europeas, al final de la terrible tragedia de la Segunda Guerra Mundial, mostrando lo grande que es el mal causado por el hombre cuando piensa que no tiene obstáculos en el ejercicio de su poder.

Robert Schuman, conoció fronteras en continua evolución, contribuyó a sentar las bases de una Europa consciente de la urgencia de derribar los muros que la desgarraban. Su formación cristiana le educó en el valor de la igualdad, sin distinción de raza o clase social, y le enseñó la dignidad del trabajo. La sucesión de diversas soberanías nacionales le inculcó la importancia del derecho internacional y el valor de la palabra dada. Habiendo crecido en un contexto donde el orgullo y la venganza parecían prevalecer, Schuman se comprometió con la paz y la hermandad entre los pueblos que, después de haber luchado

durante mucho tiempo, finalmente reconocieron que se necesitaban mutuamente.

En consecuencia, ¿cuáles son las enseñanzas de Robert Schuman para la Europa y el mundo de hoy? En primer lugar, un profundo deseo de paz. Lamentablemente, también en Europa, en esta época ha reaparecido la guerra: una nueva «inútil masacre»⁸ que cada día causa innumerables víctimas civiles. Y aún hoy, como en 1950, las palabras contenidas en la Declaración Schuman siguen siendo actuales: «La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas»⁹. Es necesario comprometerse en un diálogo paciente, mostrar audacia en la negociación y estar dispuestos a sacrificar algunas posiciones por el bien superior de la paz.

Sin duda, la búsqueda de la paz en Europa, al igual que en el resto del mundo, no debe confundirse con un irenismo ingenuo. Por el contrario, las palabras de Schuman son más vigentes que nunca: «La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan»¹⁰. Sin embargo, hay que tener cuidado con la ilusión del rearme. «No es casual que los repetidos llamamientos a incrementar el gasto militar y las decisiones que esto conlleva sean presentados por muchos gobernantes con la justificación del peligro respecto a los otros» (Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2026). Favorecer la paz es una obra activa. Hoy, la pregunta es si realmente estamos haciendo “esfuerzos creativos” para promover la paz en el mundo, o si simplemente estamos tratando de “detener la hemorragia de la guerra” y prepararnos mejor para las que suponemos que todavía están por venir.

La Europa de Schuman es un continente en el que se prefiere el diálogo a la lucha armada; en el que se ponen en común los recursos para que «cualquier guerra [...] no sólo resulte impensable, sino materialmente imposible»¹¹.

Según Schuman, Europa se basa en el respeto al derecho internacional que, a diferencia de las legislaciones nacionales, no puede ser impuesto a la fuerza por

un estado, sino que se fundamenta en el principio universalmente reconocido *pacta sunt servanda*. Este principio se conserva celosamente en la legislación específica de esta región, que también abarca las relaciones entre el estado y la Iglesia católica sobre la base del Concordato de 1801 entre la Santa Sede y Francia, aún vigente.

El derecho internacional y el multilateralismo hacen hincapié en la igualdad efectiva de los estados en sus relaciones mutuas y constituyen el mejor antídoto contra la voluntad de dominación, que es la raíz de todo conflicto. Hoy en día, las relaciones humanas y entre los estados se vuelven cada vez más bárbaras. Se menosprecia el valor de la palabra dada; y se presume más bien la mentira y el engaño. Europa puede poner fin a esta espiral gracias al respeto por el otro, que ha sabido cultivar y preservar, pues ha demostrado ampliamente, en los últimos ochenta años, que es posible hacer valer opiniones, reivindicaciones e intereses divergentes, encontrándose en lugar de enfrentarse.

Schuman nos recuerda que siempre hemos de ser realistas y valientes: «Europa -afirmaba- no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho»¹². Nunca debemos perder la fe en nuestra capacidad de progresar, aunque los pasos que demos sean a veces pequeños y casi imperceptibles. La exigencia moderna de “tenerlo todo, ya” no se ajusta a la historia y la cultura europeas, las cuales, por el contrario, enseñan el valor del tiempo y de la paciencia. Sólo con pequeños pasos se puede dar vida a esta solidaridad concreta, que implica que nadie se sienta abandonado u olvidado.

Compartiendo estas reflexiones, pienso ante todo en los jóvenes, llamados a construir la Europa de hoy y del mañana. Como observó Schuman: «Que esta idea de una Europa reconciliada, unida y fuerte sea, a partir de ahora, la consigna para las jóvenes generaciones deseosas de servir a una humanidad liberada al fin del odio y del miedo y que, después de desgarramientos demasiado largos, aprende nuevamente la fraternidad cristiana»¹³.

A los jóvenes les digo: tengan el valor de vivir de manera responsable la misión de construir la paz, en su corazón, en sus relaciones, en su familia, en las escuelas y universidades, en la vida de sus ciudades, de sus pueblos y de toda Europa.

No se sometan a la lógica de la violencia y la opresión.

¡Amen la vida en cada momento y no le teman al futuro!

No tengan miedo de formar una familia, de tener hijos, de defender la dignidad de cada persona, desde el primer instante en el vientre de la madre hasta su último aliento.

No tengan miedo de trabajar incansablemente al servicio del bien de sus comunidades, incluso a través del compromiso político.

¡Sean artífices de comunidad!

Y junto a ustedes, Europa, firmemente arraigada, seguirá floreciendo e inspirando al mundo entero.

Que Dios los sostenga en estas decisiones y que bendiga y proteja a toda Europa.

¹ S. Pablo VI, Carta ap. *Pacis nuntius* (24 octubre 1964): AAS 56 (1964), 965.

² R. Schuman, *Por Europa*, Madrid 2006, 42-43.

³ Cf. A. De Gasperi, *La nostra patria Europa. Discorso alla Conferenza Parlamentare Europea*, 21 abril 1954, en: *Alcide De Gasperi e la politica internazionale*, Roma 1990, vol. III, 437-440.

⁴ *Ibid.*

⁵ Cf. *ibid.*

⁶ Francisco, *Discurso al Consejo de Europa* (25 noviembre 2014).

⁷ Francisco, *Discurso al Parlamento europeo* (25 noviembre 2014).

⁸ Benedicto XV, *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes* (1 agosto 1917): AAS 9 (1917), 423.

⁹ *Declaración Schuman*, París, 9 mayo 1950.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

¹³ R. Schuman, *Por Europa*, 36.

Este artículo se publicó en [Vatican.va](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



Diez años después de Amoris laetitia: Anunciar el Evangelio a las familias de hoy

Del 7 al 14 de octubre de 2026.

Vatican.va

Encuentro del Santo Padre León XIV con los jefes de las Iglesias orientales y los presidentes de las Conferencias Episcopales

Discurso de apertura de Su Santidad el Papa León XIV

Aula Pablo VI. Miércoles, 7 de octubre de 2026

Mis queridos hermanos en el episcopado, queridas familias, queridos hermanos y hermanas:

He querido convocar este encuentro diez años después de la publicación de *Amoris laetitia*, y les agradezco que hayan organizado sus compromisos para que pudiéramos pasar estos días juntos. Doy las gracias de todo corazón a los matrimonios y a todos aquellos que han venido a compartir testimonios de sus vidas en Cristo y que participarán en nuestras conversaciones, así como a los expertos y moderadores.

Permítanme comenzar recordando el largo y fructífero camino sinodal y misionero que la Iglesia ha recorrido en relación al matrimonio y la familia, un camino que estamos llamados a continuar.

La familia siempre ha ocupado un lugar importante en la preocupación pastoral del Sucesor de Pedro y de los obispos que lo asisten mediante su participación en el *Sínodo de los Obispos*. El Sínodo de 1980 retomó un deseo ya expresado por el *Papa Juan Pablo I* durante su breve pontificado, lo que finalmente condujo a la exhortación apostólica *Familiaris consortio* de *san Juan Pablo II*.

Al inicio de su pontificado, el *Papa Francisco* volvió a situar a la familia en el centro de un proceso sinodal, reconociendo la necesidad de continuar el discernimiento de la Iglesia ante los profundos cambios que afectan a un ámbito tan estrechamente vinculado con su misión en el mundo actual. Ese camino llevó, hace diez años, a la exhortación apostólica *Amoris laetitia*.

En este sentido, la Iglesia ha seguido el camino indicado por el *Concilio Vaticano II*. Cuando los Padres conciliares situaron la dignidad del matrimonio y de la familia al principio de la segunda parte de la *Gaudium et spes*, reconocieron que la vida familiar ofrece un punto de acceso privilegiado a las

grandes cuestiones culturales, económicas, sociales y políticas de nuestro tiempo, incluida la labor de promover la paz entre los pueblos. La interdependencia de estas cuestiones se ha hecho aún más evidente hoy, siempre a la luz de la Palabra de Dios: «Pero al principio de la creación, Dios los creó hombre y mujer. Por esto, dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer» (Mc 10,6-7). La familia sigue siendo clave para un enfoque que mantenga unido lo local y lo global, guiado por la búsqueda de una fraternidad universal en Cristo que el Evangelio nos llama a construir con todos. Esta trayectoria de más de medio siglo confiere a nuestro encuentro una responsabilidad especial como pastores, a medida que la vocación sinodal de toda la Iglesia sigue desarrollándose.

En el marco de esta historia, *Amoris laetitia* marcó una etapa importante, y los diez años transcurridos desde su publicación han pasado a formar parte de la vida de nuestras Iglesias particulares. Durante este tiempo, la Exhortación apostólica ha sido acogida en diferentes culturas y contextos pastorales, ha acompañado la vida concreta de las familias y ha inspirado iniciativas y procesos.

Estos son los diez años que han transcurrido y presentamos ante el Señor Jesús. Con la guía del Espíritu Santo, observando con atención lo que ha acontecido puede ayudarnos a reconocer más profundamente aquello que Cristo ha estado enseñando a su Iglesia a lo largo de estos años.

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen una hermosa imagen de lo que estamos a punto de hacer. Al final de su viaje misionero, Pablo y Bernabé reunieron a la Iglesia y «le relataron todo lo que Dios había hecho con ellos» (Hch 14,27). Más tarde, mientras se dirigían a Jerusalén, atravesaron Fenicia y Samaria refiriendo lo que había sucedido en la misión, y su relato llenó de gran alegría a los hermanos y hermanas. Al llegar a Jerusalén, fueron recibidos por la Iglesia, los apóstoles y los presbíteros, y una vez más «contaron todo lo que Dios había hecho con ellos» (15,4).

Hay algo de este movimiento en nuestra propia reunión. Como ya he dicho, la Iglesia ha dedicado estos diez años a la acogida de *Amoris laetitia* y a acompañar a las familias en circunstancias muy diversas.

También traemos historias de lo que Dios ha hecho entre nosotros. Son historias recogidas a lo largo del camino de la misión: historias de conversión, de frutos inesperados y de las relaciones que Dios ha tejido en el seno de las familias mientras nuestras comunidades se han esforzado por acompañarlas, junto con las dificultades a las que nos hemos enfrentado, las preguntas que han surgido y lo que hemos aprendido por el camino. Nos dan confianza al comenzar nuestro trabajo juntos. Presentémoslas ante el Señor y compartémoslas entre nosotros, tratando de reconocer lo que Dios ha estado suscitando en medio de nosotros y hacia dónde su Espíritu está guiando a la Iglesia hoy.

En mi mensaje del 19 de marzo, con motivo del décimo aniversario de *Amoris laetitia*, recordé que «de hecho, hay lugares y circunstancias en los que la Iglesia “sólo puede llegar a ser sal de la tierra” a través de los fieles laicos y, en particular, de las familias». En efecto, *Amoris laetitia* nos invita a tomarnos en serio esta vocación y responsabilidad. Las propias familias participan en la misión de la Iglesia en el día a día de sus vidas, a través del amor y la fidelidad, el cuidado y el perdón, la educación de los hijos, sus esfuerzos por transmitir la fe, la atención a los mayores y a los más vulnerables, y las múltiples formas en que sirven a sus comunidades y a la sociedad. A través de todas estas maneras, las familias dan testimonio del Evangelio y contribuyen a la vida y a la misión de la Iglesia.

Como pastores, hemos recibido la responsabilidad, a tiempo y a destiempo, de proclamar la belleza del plan de Dios para el matrimonio y la familia, así como su llamada al amor y a la ternura. Esto nos desafía a acompañar a las personas en su esfuerzo por vivir su vocación en las circunstancias concretas de sus vidas.

Este ministerio nos sitúa también en una escuela de la escucha. La sabiduría del Pueblo de Dios nos llega a través de nuestra fe común, que ilumina a todas las familias, incluidas situaciones marcadas por dificultades, soledad y, en ocasiones, incluso un aparente fracaso. El propio Señor nos enseña con paciencia cuando nos tomamos el tiempo para escuchar, y sin duda tenemos mucho que aprender de las familias.

Sus vidas también nos plantean cuestiones que merecen ser afrontadas con valentía. En muchos contextos, ha surgido una distancia cada vez mayor entre las formas en que se viven el sexo y la intimidad, y la visión cristiana del matrimonio. Los jóvenes siguen anhelando el amor, la fidelidad y el sentido de pertenencia, sin embargo, a muchos les cuesta aceptar cómo esa visión del amor puede materializarse en sus propias vidas o creer que un compromiso para toda la vida es la condición necesaria para alcanzar lo que desean. La inseguridad económica, la migración, la violencia, la soledad y otras formas de fragilidad emocional también influyen en las decisiones que toman las personas y en las posibilidades que pueden imaginar para su futuro.

Estas realidades plantean una serie de preguntas que debemos afrontar con valentía. ¿Qué buscan realmente las personas tras estos cambios culturales? ¿Qué nos revelan sus alegrías y esperanzas, sus penas y sus inquietudes? ¿En qué aspectos nuestro lenguaje pastoral y nuestras prácticas logran abrir un camino, y en cuáles no consiguen llegar al corazón de las personas ni apoyar sus esfuerzos por hacer el bien? ¿Qué nos enseña la experiencia vivida por las familias, una experiencia de la que aún no hemos aprendido del todo? ¿Qué podemos ofrecer como formación para una vida familiar sana y santa? En particular, ¿qué podemos aprender de los padres que tratan de acompañar a sus niños y jóvenes en estos contextos?

La fragilidad merece una atención especial, ya que puede influir profundamente en la forma en que las personas se ven a sí mismas, ven su futuro e incluso su relación con Dios y con la Iglesia. La experiencia de la fragilidad nos lleva a preguntarnos si somos capaces de mantenernos unidos cuando la vida ya no se corresponde con lo que habíamos esperado, y si podemos reconocer la obra de

la gracia incluso en situaciones marcadas por las limitaciones, las heridas y el aparente fracaso.

También en este sentido, la experiencia de las familias tiene algo que enseñarnos a todos, ya que la fragilidad forma parte de nuestra condición humana común y, por lo tanto, también de la vida de la Iglesia. Todos conocemos la brecha que existe entre el bien que deseamos y lo que somos capaces de vivir. Necesitamos la gracia, el perdón y nuevos comienzos para cumplir la voluntad de Dios, y aprendemos que la fidelidad es en sí misma una gracia que hay que recibir y un camino que hay que renovar poco a poco, a menudo a través de las pruebas. Reconocer este desafío compartido debería marcar la forma en que nos acompañamos mutuamente en la Iglesia. ¿Qué tipo de Iglesia, entonces, encuentran las personas precisamente cuando se sienten más frágiles? ¿Les ayudan nuestras comunidades a descubrir que siguen teniendo un lugar, una responsabilidad y dones que ofrecer? ¿Puede la verdad que proclamamos manifestarse a través de la paciencia, la cercanía y la misericordia de nuestra presencia pastoral? ¿Cómo podemos anunciarles la plenitud de la enseñanza del Evangelio sobre la familia?

Durante estos días, los invito a dar a estas preguntas toda la importancia que merecen. El Espíritu Santo suele hablar a través de las mismas situaciones que nos plantean retos, y nos ilumina para que podamos descubrir cómo la misericordia de Dios y la gracia salvífica de Cristo pueden llegar a nuestras familias hoy, especialmente en su debilidad y su resiliencia, en sus esperanzas y decepciones, en su anhelo de comunión y en su búsqueda de sentido. Nuestra tarea, por tanto, no es sólo interpretar estas realidades, sino dejar que nos interroguen y motiven nuestra responsabilidad pastoral, para que la Iglesia pueda encontrar formas renovadas de anunciar el Evangelio, ofrecer la gracia sacramental, acompañar a las familias y hacer visible la ternura con la que Cristo sigue caminando entre su pueblo.

Que el diálogo entre nosotros esté marcado por la libertad evangélica que vemos en los Hechos de los Apóstoles. Podemos compartir lo que nos ha llenado de alegría en nuestras Iglesias, los retos a los que nos hemos enfrentado

y las preguntas que han surgido con mayor claridad a través de la experiencia. Además, la diversidad de las situaciones de las que procedemos puede convertirse en un don para el discernimiento de toda la Iglesia.

El *Marco Temático* elaborado para esta reunión tiene por objeto mantener presente ante nosotros la amplitud de *Amoris laetitia* y establecer un diálogo entre la Exhortación apostólica y lo que nuestras Iglesias han vivido durante estos últimos diez años. Inspirémonos en la riqueza de la palabra de Cristo y de la tradición de la Iglesia. El programa se ha hecho público para que el Pueblo de Dios pueda acompañar nuestro trabajo mediante la oración y la reflexión sinodal.

Por nuestra parte, escucharnos unos a otros, dejar que lo que oímos resuene en nuestro interior y permanecer atentos a las inspiraciones del Espíritu Santo puede despertar la creatividad pastoral que necesitamos ante los nuevos interrogantes.

Por eso, nuestro retiro juntos de esta tarde y la oración con la que comenzaremos cada día constituyen el núcleo de nuestra labor. Pido al Señor que nos ayude a recoger los frutos que *Amoris laetitia* ha dado en nuestras Iglesias locales, para que puedan nutrir a toda la Iglesia.

Espero que, por las numerosas historias que ustedes traen de sus Iglesias y de los distintos contextos culturales, vaya tomando forma poco a poco una narrativa compartida de estos diez años, marcada por la alegría y la esperanza, y que nos permita afrontar con honestidad las pruebas y dificultades que aún quedan por delante. Esto alimentará el discernimiento pastoral de las conferencias episcopales y de las estructuras jerárquicas de las Iglesias orientales. Asimismo, ayudará a las Iglesias locales a reconocer nuevos caminos y a involucrar más profundamente a todos los bautizados en el camino sinodal de la Iglesia. Pido también que todos mantengamos la discreción y la confidencialidad que exige este tiempo de escucha y discernimiento.

Que el Señor nos conceda la libertad de escucharnos unos a otros, la sabiduría para reconocer su obra entre su pueblo y el valor para seguirle adonde nos guíe, para que, cada día, el Evangelio se convierta cada vez más plenamente en buena nueva para las familias de todo el mundo. Gracias.

Este artículo se publicó en [Vatican.va](https://www.vatican.va). Puede leer [aquí](#) el original.

Santa Misa al término del Encuentro por el 10º aniversario de la publicación de la Exortación Apostólica *Amoris Lætitia*

Homilía del Santo Padre León XIV

(leída por S. E. Rvdma. el Card. Luis Antonio Tagle, Decano del Colegio Cardenalicio)

Plaza de San Pedro. Miércoles, 14 de octubre de 2026

«La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia» ([Francisco, Exhort. ap. *Amoris Laetitia*, 19 marzo 2016, 1](#)). Así, hace diez años, el Santo Padre Francisco iniciaba la Exhortación Apostólica *Amoris laetitia* (Al).

Hoy celebramos la Eucaristía, presentando al Señor los frutos del trabajo que, en este tiempo, hemos realizado en torno a tal documento, tratando de asimilar su riqueza y de poner en práctica sus directrices pastorales.

La liturgia de hoy nos invita a reflexionar sobre este tema. En la primera lectura, escuchamos el “himno a la caridad” de san Pablo (cf. *1 Cor* 12,31-13,13),

que la [Exhortación](#), en su cuarto capítulo, sitúa como base de una profunda meditación sobre las virtudes del matrimonio cristiano, una unión «afectiva, espiritual y oblativa» ([Al](#), 120) e icono del amor de Dios (cf. [Al](#), 121). Es a través de estos valores que los esposos, a imagen de la Trinidad y con la ayuda de la gracia, crecen juntos día a día, madurando cada uno en su propia singularidad y, al mismo tiempo, realizando esa semejanza recíproca que crece a partir del «proyecto estable de compartir y construir juntos toda la existencia» ([Al](#), 123). Así pues, la verdadera alegría del amor es una lenta fusión de ambos esposos, en la que la singularidad de uno florece, en el don, a través de la presencia del otro.

El apóstol, además, dirigió sus palabras a una comunidad rica en dones y carismas (cf. *1 Cor* 12,4-11), pero necesitada de madurar en la caridad. Recordó a los corintios que, sin ella, a pesar de todos los talentos recibidos, el hombre es como «un metal que resuena o platillos que retumban» (*1 Cor* 13,1): una voz desprovista de amor, un oído incapaz de transmitir mensajes al corazón, una individualidad distante, fría e impenetrable.

No estamos hechos para esto. El Salmo responsorial también nos lo recordó, llamándonos “pueblo” y “rebaño” de un Dios cuyo «amor permanece para siempre» y cuya fidelidad se extiende «por todas las generaciones» (*Sal* 99,5), de un Señor que ama sin cesar, sin dejar jamás de buscarnos, de confiar en nosotros y de renovar su amistad con nosotros.

Esta es la caridad que [Amoris laetitia](#) nos invita a establecer como fundamento de nuestras familias. Es por amor verdadero que nos exhorta especialmente a educar a los jóvenes que se preparan para el matrimonio, enseñándoles «la importancia de las virtudes», entre las que se otorga un lugar especial a la castidad, «condición preciosa para el crecimiento genuino del amor interpersonal» ([Al](#), 206). Para ello, son dignos de elogio los programas específicos que se llevan a cabo a nivel parroquial o pastoral. Recordemos, sin embargo, que estos programas por sí solos no bastan si no van precedidos y apoyados por una educación en el amor que acompañe todo el crecimiento del niño, desde la infancia. El [Papa Francisco](#), al respecto, observó que «aprender a

amar a alguien no es algo que se improvisa ni puede ser el objetivo de un breve curso previo a la celebración del matrimonio» ([Al](#), 208). Y explicó: «En realidad, cada persona se prepara para el matrimonio desde su nacimiento» ([ibíd.](#)), y todo lo que un joven experimenta en el hogar debe contribuir a «capacitarle para un compromiso pleno y definitivo» ([ibíd.](#)).

Así, la caridad doméstica —concreta, con sus momentos de dificultad, errores y fracasos, pero maravillosa en su impredecible rutina diaria— es la primera escuela del afecto, el primer aprendizaje precioso e irremplazable en la “alegría del amor”. Por ello, merecen ser valorados y apoyados los esfuerzos de tantas familias en nuestras ciudades y pueblos que viven su vocación y misión día a día, con discreción, pero con una fidelidad a veces heroica. Son una respuesta generosa y universalmente comprensible a las palabras de Jesús que escuchamos en el Evangelio: «No me eligieron ustedes a mí, sino que yo los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, y un fruto que permanezca» (*Jn* 15,16). A través del testimonio de estos padres, hijos, abuelos, jóvenes y mayores, de todas las edades, el mensaje evangélico de verdad y plenitud de vida se difunde eficazmente por todo el mundo.

Juan el Evangelista nos legó el sencillo y claro mensaje que Jesús nos dejó al final de su vida terrenal: «Este es mi mandamiento: ámense los unos a los otros como yo los he amado» (*Jn* 15,12). Pongámoslo en práctica para crecer como una Iglesia que es una «familia de familias» ([Al](#), 87), en un clima de cuidado mutuo del que todos nos beneficiaremos: los jóvenes esposos, que se sentirán alentados al iniciar su vida matrimonial; los padres, que contarán con ayuda para afrontar los exigentes retos de la crianza de los hijos y la vida familiar; los ancianos, que verán reconocido y valorado su papel como testigos de sabiduría y virtud, incluso cuando su fuerza física disminuya. Aquí, incluso los más frágiles, o quienes atraviesan situaciones difíciles y momentos de crisis, encontrarán apoyo y motivación, rodeados de afecto y protegidos del juicio y los prejuicios. Recordemos que, «por muy herida que puede estar una familia, esta puede crecer gracias al amor» ([XIV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, *Relatio finalis*](#), 1).

Esta caridad, fundamental para nuestra existencia y nuestra convivencia como seres humanos, sustenta también los valores de apertura y respeto por la vida, desde la concepción hasta la muerte natural. La familia es depositaria por excelencia de estos valores, faro del bien de la humanidad. El [Papa Francisco](#), en este sentido, subrayó que «ninguna unión precaria o cerrada a la comunicación de la vida nos asegura el futuro de la sociedad» ([Al](#), 52). Sin familias fuertes, abiertas al don de los hijos, atentas a su educación y crecimiento, el mundo no tiene futuro.

En los textos que hemos escuchado, sin embargo, hay una importante invitación de Jesús que quisiera recordar: «pidan al Padre en su nombre» (cf. *Jn* 15,16). Estas palabras nos recuerdan que la familia es un lugar privilegiado de oración. Hay que reconocer, lamentablemente, que hoy, en muchas partes del mundo, el hábito de rezar juntos en el hogar —antes de las comidas, al principio y al final del día, o en ocasiones especiales— se ha debilitado considerablemente. *Amoris laetitia* nos recuerda que esto es fundamental: «Es preciso resaltar la importancia de la espiritualidad familiar, de la oración y de la participación en la Eucaristía dominical» ([Al](#), 223), y recomienda que las familias se reúnan también «regularmente para que crezca la vida espiritual y la solidaridad en las exigencias concretas de la vida» (*ibíd.*). La oración común y los sacramentos desempeñan un papel muy importante en la vida familiar porque, al abrir los corazones a la acción de Dios, nos permiten llegar juntos a lugares a los que nunca llegaríamos solos. Son alimento sólido y medicina sanadora; por lo tanto, exhorto fervientemente a todos a redescubrir y promover esta práctica.

Queridos hermanos y hermanas, tengo además el honor de presidir esta celebración con un mandato especial del [Santo Padre León XIV](#), con el fin de manifestar públicamente la comunión eclesial que Él ha concedido a Su Beatitud Polis III Nona, Patriarca de Bagdad de los caldeos, que participa en esta Eucaristía.

La comunión de un Patriarca con el Sucesor de Pedro remite a una práctica antigua, que consagraba la unidad en la fe y en la caridad de una Iglesia

patriarcal con la Sede de Roma y, en aquella época, de las propias Iglesias entre sí: no representa, por tanto, una mera formalidad, sino una realidad viva, que hunde sus raíces en la comunión eucarística, fuente y culmen de la unidad de la Iglesia en Cristo.

Beatitud, su presencia nos ayuda a comprender mejor nuestro ser Iglesia, comunión en Cristo Señor de Iglesias de diversos ritos y tradiciones en la unidad visiblemente manifestada con el Sucesor de Pedro. Le aseguramos el afecto de toda la Iglesia católica y la oración por los fieles confiados a su cuidado pastoral, que desde hace tiempo son puestos a prueba, pero que se mantienen firmes y, a menudo, heroicos al dar testimonio de la fe en Jesús en medio de muchas adversidades.

Queridos hermanos y hermanas, encomendamos a todas las familias y a toda la Iglesia a la Sagrada Familia de Nazaret, haciéndonos eco de la oración que el [Papa Francisco](#) ofreció al final de *Amoris laetitia*.

«Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas. [...]
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.
[...] haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.
Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.
Amén.»
([Al](#), 325).

Este artículo se publicó en [Vatican.va](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)